

# Ángeles Goyanes

---

## *Inocencia*



# **INOCENCIA**

**Ángeles Goyanes**

\* \* \* \* \*

Inocencia  
Copyright © Ángeles Goyanes, 2011

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la autora. Todos los derechos reservados.

Para cualquier comentario o solicitud visita: <http://www.angelesgoyanes.com>

\* \* \* \* \*

*Dedico estos relatos a los lectores que en alguna ocasión me han escrito con sus amables comentarios tras leer alguno de mis libros; su apoyo y ánimo, en ocasiones, parece providencial. En especial se los dedico a quienes, tan amablemente, se han tomado la molestia de hacer de primeros lectores para alguno de ellos, en busca de fallos y defectos de fondo o forma, y ofreciéndome sus preciados comentarios, o han dejado sus reseñas en blogs o tiendas.*

*Ya considero ciberamig@s a Guille, Magda, Betsy Ann, Rocío, Lilliane, Josep María, Danillo, Erika, Maritza, Larry, Janina y muchos otros (¡por favor, perdonadme por no mencionar a todos!).*

*También quiero manifestar mi enorme agradecimiento a todos los lectores que invierten su tiempo y/o dinero en leer las creaciones salidas de mi –casi siempre poco convencional– mente.*

Este libro contiene dos relatos de estilo, argumento e intención muy diferente, y escritos con una gran diferencia de tiempo, que, sin embargo, he podido hermanar, por razones que se comprenderán al leer ambos, bajo un mismo techo y apellido.

El crudo relato que da título al librito, “Inocencia”, es el más reciente, pues ha sido escrito en junio de 2011. Me preocupa que pueda perturbar a las almas más cándidas. “¡Dejad que los niños se acerquen a mí!”, oculta menos oscuras intenciones, pese a lo cual, puede que contenga alguna escena que no sea del gusto de todo el mundo.

Al final del libro me he permitido incluir amplias muestras de mis tres obras más vendidas, para quien no las conozca y se quiera entretener un rato más.

*“Este lenguaje, entre paréntesis, puede parecer tibio a aquellos que sustentan solemnes doctrinas sobre la naturaleza de los niños y sobre el deber de que los encargados de su educación profesen hacia ellos un afecto idolátrico, pero yo no escribo para adular egoísmos paternos ni para repetir tópicos.”*

*Jane Eyre*  
*Charlotte Brönte*

## Inocencia

Cuando, durante su traslado a una nueva prisión, al preso político Juan Guerrero se le presenta una oportunidad de fugarse, no lo duda. Desorientado, se adentra en un bosque del noroeste de España con la esperanza de llegar al mar, donde podría obtener ayuda. Sin embargo, lo que se oculta en el valle tal vez le haga lamentar su huida.

Relato de 7.980 palabras. Aproximadamente 28 páginas.

## ¡Dejad que los niños se acerquen a mí!

A pesar de hallarse en la hermosa isla de Mallorca, para la joven Elena aquellas están siendo las vacaciones más aburridas de toda su vida. Por eso, cuando el misterioso señor Fosworth le propone ganar algún dinero cuidando de su pequeño y adorable hijo Hughie, ella acepta encantada. Probablemente haya tomado la peor decisión de su vida.

Relato de 7.200 palabras. Aproximadamente 24 páginas.

## Índice

[Inocencia](#)

[¡Dejad que los niños se acerquen a mí!](#)

[Argumentos de otras obras de Ángeles Goyanes](#)

**Primeros capítulos de algunos libros**

[La Concubina del Diablo](#)

[Los Hijos del Ángel](#)

[Herencia Maldita](#)



## INOCENCIA

El furgón de la Guardia Civil en el que Juan era trasladado se detuvo cuatro horas después de la partida. De forma inesperada, el conductor había alterado la ruta programada con el fin de auxiliar a otro vehículo de la Benemérita, cuyo motor se había averiado dejando en el camino a tres presos comunes y a los tres guardias civiles que les trasladaban de penitenciaría. Por los comentarios de sus vigilantes, Juan conocía la razón del desvío. Enfermo de gravedad, el anciano preso político sólo ansiaba tumbarse cuanto antes sobre el lecho de la enfermería de la nueva prisión, donde, tal vez, no viviese para cumplir los últimos días de una pena que había sido reducida y suavizada a causa del tumor que en adelante se encargaría de culminar lo empezado por el régimen dictatorial.

La pareja de guardias civiles que le trasladaban estaba formada por dos jóvenes con poca experiencia que habían acogido con rechazo la orden de desviarse para hacerse cargo de tres presos comunes, probablemente mucho más peligrosos que ningún preso político del que se hubiesen ocupado hasta entonces.

Juan, esposado y sentado al final del furgón, apoyó desmayadamente su cabeza en el frío metal. Se sentía mareado, y el deseo de tumbarse aumentaba de forma irreprimible. No podía ceder a él, pues en unos momentos subirían los nuevos presos y sus guardianes, y trató de distraer su mente con pensamientos reconfortantes. No más tarde de dos días después, recibiría la visita de su hija. Ella y su esposo, un gran empresario afecto al régimen, habían conseguido su traslado a una prisión más cercana a su propia residencia y con mayores medios para asistirle en su enfermedad. También habían solicitado el indulto, que se daba por hecho en su situación, y hasta tenían buscado el hospital y los médicos que tratarían su enfermedad. Normalmente pensaba que sería la muerte piadosa la que antes le indultase, pero hoy necesitaba aferrarse a la idea de un nuevo comienzo. Tras cumplir diez años de una condena que se había dictado perpetua, Juan se había acostumbrado a vegetar sin interés por la vida mucho tiempo atrás. Pero, ¿acaso no valía la pena luchar por conocer a sus nietos? Jamás les había visto en persona, aunque, varias veces al año, recibía cartas con fotos de ellos, que atesoraba. En la penitenciaría, el recibir una carta de la familia era como hallar un cofre lleno de piedras preciosas, pero, cuando en su interior había fotos, fotos de niños.... Entonces se atravesaban los corredores a la carrera en busca de los amigos, y se les mostraban ya desde lejos, como si fuesen su indulto. No pensaba dejarse vencer. No lo había hecho nunca; no lo haría jamás.

El guardia civil que conducía su vehículo se había apeado y hablaba con los compañeros del furgón averiado. La grúa estaba avisada, pero aún tardaría en llegar. Uno de los guardias se quedaría a esperarla.

Minutos después, Juan incorporó la cabeza y abrió los ojos al oír abrirse la portezuela, a través de la cual penetraron, primero los tres presos, y después sus dos vigilantes. Los nuevos guardias saludaron lacónicamente a su compañero, el sargento Santos, e hicieron sentar a sus custodiados de malas formas.

Estrujado entre un convicto y la cabina del conductor, Juan echó una mirada prudente. Sentados frente a él, se hallaban los tres guardias, pistolas en ristre. Incluso el joven, su propio vigilante, el sargento Santos, –a quien el conductor llamaba Tony–,

quien hasta entonces había hecho el trayecto relajado y tranquilo, empuñaba el arma con los ojos clavados en los asientos de enfrente, emulando visiblemente a sus compañeros.

No le miraba con inquietud a él, sin embargo, un anciano enfermo hacia el que había mostrado compasión, sino a los tres reclusos que ahora se hallaban a su izquierda, tres hombres corpulentos, de piel curtida y mal encarados.

El viaje continuó sin incidencias durante más de una hora, luego, Juan cerró los ojos al notar que su mareo se acentuaba.

–¿Está usted bien, Guerrero? –le preguntó el joven sargento Santos.

Sobreponiéndose a unas fuertes arcadas, Juan se esforzó en responder:

–No, señor. Temo que voy a vomitar.

El sargento le miró durante unos segundos sin saber cómo reaccionar. Luego, golpeó la cabina del conductor y le pidió que parase.

Al instante, uno de los guardias invitados lanzó un gruñido de asombro y protesta.

–¿Qué? ¿Más demora por ese rojo de mierda?

Tony Santos le miró sorprendido y, con expresión reprobatoria, espetó:

–Este hombre está gravemente enfermo y recibe una fuerte medicación. Su médico me advirtió que podría ocurrirle esto.

Colocándose en el ínfimo margen derecho de la carretera de montaña de único sentido por la que circulaban, el conductor detuvo el furgón.

El sargento Santos hizo a Juan una seña para que descendiese. Tropezando con las piernas de los presos, que se incorporaban a su paso para sostenerle, llegó a duras penas hasta la portezuela, que el guardia más cercano a ella ya había abierto.

Descendió y se separó del furgón unos pocos pasos, hasta donde fue capaz antes de no poder refrenar más las náuseas y doblarse para vomitar.

A su espalda, el sargento Santos, que se había apeado tras él, preguntó en voz muy alta al conductor:

–¿Por dónde demonios nos estás trayendo?

–He tomado un atajo para recuperar algo de tiempo. Tranquilo –respondió aquél.

Cuando Juan terminó, minutos después, sintió la cercana presencia del sargento a su espalda.

–¿Mejor, Guerrero? –le preguntó en tono amable.

Juan se irguió y dio media vuelta para mirarle. Tony se estremeció al descubrir la extrema palidez de su enjuto rostro.

–Sí, señor –respondió Juan, y, en voz baja, con expresión de embarazo, agregó–: Pero necesito unos minutos para poder defecar. No puedo controlar el esfínter.

El joven resopló ligeramente, se mordió los labios y miró de reojo al interior del furgón.

–De acuerdo, Guerrero. Iremos tras esos árboles.

El sargento informó brevemente a sus compañeros, que acogieron la noticia entre maldiciones, y se alejó con Juan hacia la arboleda, lo que requería subir unos metros por la ladera.

–Allí detrás, Guerrero. Y, por favor, sea lo más rápido posible.

Juan se ocultó donde el sargento le señalaba, y éste permaneció a la espera. Pero, tan sólo un par de minutos después, un tiroteo procedente de la carretera hizo saltar de sorpresa a ambos hombres.

El sargento volvió hacia su mirada nerviosamente hacia el lugar donde se encontraba el furgón, pero la fronda le impedía ver nada. En un primer impulso dio unas zancadas en aquella dirección, pero después se detuvo y miró con agitación hacia el árbol tras el que se encontraba Juan. Indeciso, pensaba que el preso no tendría fuerzas para llegar muy lejos, en el improbable caso de que se le pasara por la cabeza intentarlo.

Mientras tanto, tiros y gritos claramente asustados continuaban llegando, y eso le decidió a correr hacia el furgón, con su arma lista y fuertemente apretada.

Desde donde estaba, Juan escuchaba también el tiroteo y los gritos, adivinando que los presos habían aprovechado alguna oportunidad para enfrentarse a los guardias. Además, acababa de oír un sonido de rápidas pisadas que parecía indicar que Tony Santos había corrido en su ayuda.

Se incorporó un poco para buscarle con la vista, pero no estaba allí. Juan se levantó con rapidez, abrochándose los pantalones. El corazón le palpitaba a toda máquina. ¿Qué hacía? ¿Aprovechaba él también su oportunidad, e intentaba huir? En aquel momento, la adrenalina que corría por sus venas le hacía sentir fuerzas renacidas. No podía pensárselo un solo instante o perdería la escasa ventaja que se le estaba ofreciendo. Echó a correr bosque adentro, ladera abajo. Su corazón latía desbocado mientras las voces y los tiros se hacían más y más tenues. Pero aún los oía, y eso significaba que todos continuaban allí. Mientras tanto, él seguía ganando terreno hacia el corazón de un bosque que le ofrecería múltiples parapetos.

De pronto, una explosión hizo que Juan se detuviese y quedase paralizado en el sitio. El coche había explotado. Eso era. Alguna bala debió de alcanzar el depósito de gasolina. Giró sobre sus talones pensando que vería la columna de humo, pero la densidad vegetal no ofrecía un resquicio que se lo permitiese. ¿Habrían muerto todos? Juan se planteó que, de ser así, le convendría regresar y retomar la carretera. No. Suponía demasiados riesgos. Aunque todos hubiesen muertos, podía toparse con alguien que viniese en su auxilio. Continuó adelante con paso rápido, emocionado por su inesperada suerte, y se acordó del guardia Tony. “Qué pena. Ojalá sólo esté herido. Incapacitado para perseguirme, pero no muerto.”

Descendía por la ladera en una pendiente de unos treinta grados, y esto exigía precaución y esfuerzo. No pudo mantener el paso ágil durante mucho tiempo, pero continuó andando sin tregua durante casi dos horas, cuando, tranquilizado por la paz y la soledad del bosque, se concedió permiso para descansar.

Apoyado sobre un húmedo roble, Juan se preguntó si el camino que había seguido a toda prisa sin pensar, sería el más acertado. Tal vez le hubiese convenido subir hasta la cima de la montaña y descender por la otra ladera. Si no lo había considerado a fondo era porque, en lo más hondo, sabía que no hubiera tenido las fuerzas necesarias para un ascenso.

Como el furgón carecía de ventanas, no había podido ver el trayecto seguido, y al haberse desviado el furgón de la ruta planeada, ahora no tenía ni la menor idea de en qué zona se hallaba. Hasta la noche, cuando pudiese guiarse por las estrellas, no conseguiría orientarse. Sabía que otras personas eran capaces de guiarse en un bosque por cosas tales como el crecimiento del musgo sobre las piedras, y deseó disfrutar tales conocimientos. Pero él era, siempre había sido y siempre sería, un hombre de mar; un pescador que no entendía de musgos, sino de los ciclos de la luna y la posición de las estrellas.

Juan se sorprendió del inesperado vigor que sentía y admiró la capacidad de supervivencia del ser humano. Ahora que había conseguido escapar, el malestar y los pensamientos funestos se habían volatilizado. En el silencio, roto de cuando en cuando por los cantos de las aves, su corazón y sus nervios se iban quietando.

Entonces, proveniente de la lejanía, creyó oír una voz humana.

Alarmado, se separó del árbol, y, en un instante, se situó en posición de huida, con la respiración contenida, todo él convertido en oídos.

De nuevo le llegó la voz, aún muy lejana, demasiado imperceptible para entender qué decía. Luego, cesó.

Habían transcurrido quizá dos minutos sin que volviese a escucharse nada. ¿Se habría desviado quién fuese? ¿Habría regresado? Juan iba a ponerse en pie, cuando, de nuevo, la oyó.

Se trataba de una única voz. Haciéndose cada vez más audible. Aproximándose a gran velocidad.

Ya fue capaz de distinguir la palabra que repetía con más frecuencia: “Guerrero”. Su apellido. Luego, supo a quién pertenecía la voz. Se trataba de Tony Santos, sin duda.

Por un instante, en el cerebro de Juan se cruzaron sentimientos contrapuestos hacia el joven guardia. Había sobrevivido a la explosión, y en otras circunstancias eso le hubiese alegrado, pero si iba a servir para capturarlo... Que no pensase que iba a dejarse reducir fácilmente...

Juan miró a todas partes en rededor. El breve descanso no había sido suficiente como para emprender una nueva carrera. Una carrera con alguien que acortaba la distancia a cada segundo. El sargento era joven y sano, y le alcanzaría en seguida, a juzgar por la rapidez con que se incrementaba la potencia con la que le llegaba su voz.

Miró de arriba abajo el roble sobre el que se había apoyado.

Su tronco era amplio y rugoso. La copa, un refugio extraordinariamente frondoso donde el sargento no le encontraría jamás. Trepar sería más fácil sin el impedimento de las esposas, pero, ayudado por los surcos, las ramas y la áspera corteza, esperaba poder conseguirlo.

Las raíces, que sobresalían de la tierra, le sirvieron de primer escalón. Luego, con ayuda de hendiduras y ramas, consiguió encaramarse hasta un punto donde podría adoptar una posición cómoda y segura por largo tiempo. Desgraciadamente, su vientre se había revuelto otra vez, pero ni siquiera pensaría en ello. Sentía que le faltaba el aire, debido al esfuerzo. Y la falta de alimento durante tantas horas, aumentaba la debilidad producida por su enfermedad y el cansancio.

Cuando estuvo instalado arriba, la voz ya se había acercado lo suficiente como para entenderla con claridad. Hablaba de una medicina. “Tengo tu medicina”. Sí, eso era cierto. Juan recordó que el médico le había encomendado al sargento la toma de su medicina. La medicación era importante, y la voz de Tony Santos nada amenazante, pero Juan no tenía intención de abandonar su cobijo de roble.

Al cabo de un rato, la voz pasó a la altura de Juan, aunque a cierta distancia. Le rogaba que abandonase una huida que sólo serviría para empeorar su salud, le juraba no delatarle. Nadie conocería su intento de fuga, no aumentaría su pena ni estropearía su posibilidad de indulto. Luego, poco a poco, la voz se distanció de nuevo, hasta que, otra vez, el sentido de las frases fue perdiéndose, tornándose incomprensible.

Sentado a horcajadas sobre las ramas protectoras, con bastante comodidad, Juan meditó sobre lo ocurrido. Tal vez el resto de ocupantes del vehículo hubiese muerto o tal vez no. Si alguno de los presos había sobrevivido, al menos un guardia debía custodiarle. El coche había estallado y con él, la radio, luego era improbable que hubiesen solicitado refuerzos. Sin embargo, sería cuestión de horas el que alguien acudiese en busca del furgón que no había llegado a destino y descubriesen lo sucedido.

Era arriesgado partir ya, e ir pisándole los talones al chico, que en cualquier momento podía decidir dar media vuelta, así que prefirió permanecer en su refugio alrededor de una hora. Se acercaba la noche, y nadie, a parte del sargento, le buscaría hasta el amanecer.

¿Qué pretendería Santos? ¿Era normal adentrarse tanto en el bosque, solo y tras lo sucedido, persiguiéndole con tanto celo? ¿O pensaba que llegaría hasta alguna casa con teléfono o coche?

Los nervios, el cansancio y su enfermedad, hicieron mella en Juan, que quedó

transpuesto durante unas horas. Cuando se espabiló, a causa del frío, vio con asombro que ya era noche cerrada.

No debía permanecer inmóvil mientras la temperatura continuaba descendiendo. Era el momento de bajar del árbol y continuar andando. Pero, antes de hacerlo, Juan se abrió un hueco al cielo entre las ramas. Podía ignorar hacia qué punto cardinal crece el musgo sobre una piedra, pero sus años de pescador le habían enseñado a guiarse por las estrellas con precisión. Quería dirigirse al norte, en busca del mar, hacia los suyos, de quienes contaba con recibir ayuda.

Una vez supo hacia dónde se dirigiría, emprendió con cuidado el descenso del árbol, difícil al no poder abrazarse al tronco a causa de las esposas. Lo consiguió, con algunas magulladuras, y luego permaneció de pie durante unos instantes, mirando al accidentado suelo, para que sus ojos se acostumbrasen a ayudarlo a pisar en firme pese a la oscuridad reinante. En cuanto se sintió preparado, emprendió la marcha.

El frío nocturno y la excitación mantenían su mente despejada y su cuerpo más capaz de afrontar los efectos de la enfermedad, pero el pecho había comenzado a dolerle, al no tomar su medicina, y sabía que el padecimiento iría en aumento.

Anduvo despacio y cuidadosamente sobre el accidentado y difícil terreno, lleno de ramas caídas, raíces sobresalientes y resbaladiza hojarasca, descansando tan a menudo como le era necesario y, horas después, cuando ya amanecía, el bosque se abrió dando paso a una aldea en un valle recóndito y minúsculo.

Tres pequeñas casas de madera surgieron ante su vista.

Entre ellas corrían surcos de agua que bajaban de la montaña para confluír en un punto donde nacía un alegre riachuelo. Junto a él, había un tendedero con sábanas blancas colgadas.

No había duda de que el lugar, tan escondido e inhóspito como idílico, según los ojos con que se mirase, estaba habitado. Alcanzó a ver un par de gallinas en las cercanías del riachuelo, y, por detrás de las casas, ganando terreno a la ladera, unas decenas de metros cultivados.

¡Vaya!, se dijo Juan, los habitantes realmente vivían ajenos al mundo. Sin tendido eléctrico, antena de televisión, ni carretera o simple camino de tierra que facilitase el abandonar el valle, ni a pie ni menos en un vehículo. Luego, si el sargento había llegado hasta allí, no habría podido llamar por teléfono. Dudaba, por otro lado, que gente tan humilde se viese inclinada a prestar ayuda a un guardia civil. A él, en cambio, era posible que le concediesen refugio por unas horas, ayuda para librarse de las esposas y, con suerte, algo de comer. Le sabía mal tener que pedirles comida cuando estaban a la vista sus escasos recursos, pero quizá un huevo, o algo de caldo... Se moría de hambre, y la debilidad producida por su enfermedad, sumada a la falta de alimento, pronto le impedirían continuar.

El cielo había comenzado a clarear, pero todavía era demasiado temprano, y Juan temía perturbar a los habitantes, que aún dormirían. Sin embargo, al percatarse del hilo de humo que ascendía desde una de las chimeneas, decidió aproximarse.

Las casas se asentaban en lo que podría definirse como el fondo de un cuenco formado y encerrado entre las montañas, cuyas únicas salidas, confirmó Juan, eran, el bosque por el que había venido, o el difícil ascenso por las laderas.

En el exterior había varias sillas de madera, donde posiblemente los habitantes disfrutarían sus descansos al aire libre, y Juan, tras beber y refrescarse en el arroyo, decidió sentarse, permaneciendo bien visible para quien pudiese salir, dejando patente que no era una amenaza. Pero, pasado largo rato, sintiéndose frío, hambriento y mareado, Juan decidió cambiar de estrategia, y comenzó a pegar voces, presentándose a sí mismo como alguien pacífico necesitado de auxilio, y solicitando la presencia de

alguno de los habitantes.

Los primeros signos de vida no provinieron de la casa frente a la que se había sentado, sino de la contigua. No le fue difícil percibir en el silencio el sonido del seguro de una escopeta. Alarmado, se levantó y dirigió hacia aquella casa una repetición de las frases que ya había pronunciado, de forma aturullada y nerviosa al comprobar que no había resultado convincente.

–Por favor, no teman nada. –Levantó las manos, dejando ver las esposas que colgaban de sus muñecas–. No soy un delincuente, soy un preso político. Tan sólo quisiera un poco de alimento, si me lo pueden dar. Si no, seguiré mi camino.

Inútilmente, Juan trató de descubrir algún rostro oculto tras las ventanas. Continuó hablando, insistiendo en que sólo era gente del pueblo, al igual que ellos, un simple pescador necesitado de ayuda. Si no podían ofrecérsela, se iría sin causarles más molestias, pero, por favor, que alguien le hablase. Transcurrido un tiempo, nadie lo hizo, y Juan, cabizbajo y decepcionado, comprendió que debía seguir adelante. Pero, ¿hacia dónde? Si regresaba por el mismo camino, pronto se toparía con sus perseguidores, si continuaba adelante, debería ascender por la ladera, y el pensar en ello le causaba desmayo.

Se le hacía obvio que su resistencia había llegado a su fin. Con el ánimo derrotado y sin fuerzas, Juan se dejó caer sobre la silla. ¿Querían dispararle? Que lo hiciesen. Simplemente, no podía más.

Entonces los sonidos comenzaron a llegarle confusos, indefinidos. Su visión se tornó borrosa. Luego dejó de comprender lo que oía, después de esforzarse en intentarlo. Cerró los ojos y, al perder por completo el sentido, resbaló de la silla y cayó al suelo.

Unos pocos minutos después, el arrastre de su cuerpo por el suelo hizo que Juan recobrase la conciencia. ¿Qué ocurría? Se esforzó por conseguir que sus sentidos volviesen a funcionar. Le llegaban los sonidos que pronto interpretó como voces, sin entender su significado. Sentía múltiples manos en diversas zonas de su cuerpo. Intentaban deslizarle por el suelo, alzarle en el aire. Lucho por conseguir enfocar las imágenes borrosas. Sus voces se hicieron también más definidas. ¿Niños? ¡Eran niños! Entre todos trataban de llevarle a algún sitio. Sin duda se habían apiadado al verle desmayarse. Juan se sintió aliviado, a salvo.

El niño más alto tiraba de sus hombros, dos, intentaban auparle por los costados, dos más alzaban sus piernas. Se removió entre sus brazos, queriendo levantarse por sí mismo, liberar de su carga, demasiado pesada, a los niños. Pero un fuerte mareó atravesó su cerebro, amenazando con un nuevo desmayo. Cejó en su esfuerzo, que sólo había dificultado la tarea a sus pequeños benefactores.

–Mis ángeles –susurró, sumergiéndose en la semiinconsciencia.

Cuando despertó, tumbado en la cama de una de las viviendas, Juan vio a una niña al pie, lo que le ayudó a recordar de inmediato lo sucedido.

Se incorporó con dificultades, a causa de las esposas, y habló con ella.

–Cariño, gracias por ayudarme. Yo soy Juan. ¿Tú, cómo te llamas?

La delgada niña aparentaba seis o siete años. Tenía el cabello pajizo, alborotado, la piel muy blanca. Llevaba un vestido lleno de desgarrones, pero limpio. Le observaba sin miedo, con intriga y curiosidad. Le respondió:

–Libertad.

Si Juan hubiese sido creyente, pensó que habría visto una revelación en su nombre. Pero no lo era.

–¡Qué nombre tan bonito! Es mi nombre favorito, ¿sabes? Tengo una nietecita de tu edad. Se llama Esperanza. También es muy bonito, ¿no crees?

Libertad asintió

En ese momento, un niño alto y flaco, tal vez de unos doce años, a quien Juan reconoció como a quien le había sostenido por la cabeza durante el traslado de su cuerpo, entró en la habitación y se situó junto a Libertad. Llevaba el pelo algo largo, cortado a trasquilones. Pero su rasgo más destacado eran sin duda los ojos penetrantes que traspasaban a Juan, evaluándole como una fiera salvaje que aún no sabe a qué atenerse.

Juan le repitió su nombre, le explicó su situación y agradeció su ayuda. Le preguntó luego por los adultos. El niño, que dijo llamarse Inocencio, se encogió de hombros.

–En la guerra, en la cárcel... –contestó displicente–. No sabemos.

Juan se estremeció.

–¿La guerra? La guerra hace años que terminó.

Con desdén, el chico apostilló:

–Siempre hay alguna guerra.

El niño tenía la voz demasiado grave y áspera para su edad, átona y carente de emoción. Tratando de comprender la situación, Juan le miraba con fijeza. Las casas, según había observado, no eran antiguas. ¿Las habrían construido sus familias, como refugio, al inicio de la guerra?

–Mi abuela murió el año pasado –explicó de repente Libertad.

–¿Y desde entonces vivís aquí solos? –Juan vio que la niña asentía. No salía de su asombro–. ¿Cuántos niños sois?

–Seis –respondió Inocencio–. Yo, Libe, Florián, Eulalio, Sara y Miguel.

–Escuchad: Estoy seguro de que vuestros padres os dijeron que debíais permanecer aquí, escondidos y a salvo, mientras la guerra durase, pero hace años que terminó, aunque tú abuela, Libe, no lo supiese. Ahora es seguro para vosotros abandonar el valle. Os ayudarán. Os buscarán un lugar para vivir donde no tengáis que preocuparos por nada. Donde podáis ir al colegio y jugar...

Inocencio le interrumpió con hosca brusquedad.

–No necesitamos nada. Nos bastamos los unos a los otros. Somos felices aquí.

Juan comprendió que la idea de abandonar el valle donde habían vivido gran parte de su vida, para ser, probablemente, separados los unos de los otros, debía aterrorizar a los niños. Seguramente los adultos les habrían instruido al respecto.

–Estoy seguro de eso –contestó, apacible y diplomático–. Sólo quería que supieseis que existía esa posibilidad. Por si algún día os conviniese.

Inocencio continuó mirándole con irritación.

En aquel momento, una nueva niña entró en el pequeño cuarto. Caminaba despacio, manteniendo el equilibrio para que el contenido del cuenco que llevaba en las manos no se vertiese. Odiando la incomodidad de las esposas, Juan giró para doblar su almohada, de forma que pudiese apoyar la espalda. Ella, Sara, le tendió el cuenco. Era sopa caliente y olía muy bien. Juan se lo agradeció vivamente de todo corazón.

–¡Está buenísima! ¡Y hasta tiene tropezones de carne! –exclamó. Sara sonrió, feliz por el cumplido–. De modo que os apañáis para cazar. ¿O tenéis a alguien que os trae alimentos?

–Dios nos provee –dijo Sara. Su voz era apacible y encantadora.

Juan miró con infinita compasión y agradecimiento a aquellas desgraciadas víctimas del hombre.

–Estoy seguro de que sí, cariño. Dios cuida siempre de sus ángeles.

Luego les preguntó si habían visto a alguien en las últimas horas. Un hombre vestido de uniforme. Se trataría del malo que le perseguía.

Las niñas se miraron una a otra.

–Nadie vino –declaró Inocencio.

Entonces, el sargento Santos no había llegado hasta el valle. Una suerte para todos.

Mientras rebañaba el cuenco, Juan preguntó a los niños acerca del huerto y de su forma de vida. Sara recogió el recipiente y regresó en seguida con un plato, mientras conversaban sobre esos temas.

–¿Más! –exclamó Juan, sonriéndole agradecido–. ¿Qué me traerá ahora esta increíble cocinera? Sin duda, algo delicioso.

La niña le tendió el plato, riendo, ruborizada de placer.

Juan escudriñó el aromático contenido. Parecía un puré con trocitos de carne y de frutas silvestres. Bajo la atenta mirada de la niña, Juan lo degustó y paladeó entusiasmado.

–Mmm. ¡Delicioso! –Sara sonrió complacida–. Debéis de saber muchas cosas del bosque, ¿verdad? Me refiero a que sabéis distinguir las cosas comestibles de las que no lo son, y todo eso. –La carne parecía cerdo, más magra y quizá algo más dulce. Estaba muy buena y le reconfortaba–. ¿De qué animal es esta carne?

Sara se volvió hacia Inocencio, como si no lo supiera. Éste se encogió de hombros.

–De uno que se ve por aquí de cuando en cuando.

–¿Grande y con cuernos?

–Sin cuernos.

Jabalí, tal vez, pensó Juan. Si era así, estaba siendo la primera vez que lo probaba. No era entendido en carnes, era hombre de pescado.

Cuando acabó de comer, Inocencio, con voz autoritaria que no admitía contradicción, le ordenó permanecer en cama, descansando.

Él, que sentía recobrar sus fuerzas poco a poco, agradeció los cuidados, y también poder quedarse a solas para meditar sobre la situación.

Los niños habían tenido suerte, si así podía decirse, al no haber sido molestados en aquellos años en su santuario natural durante los duros años de la guerra, pero ahora que él iba a ser activamente buscado por aquella zona, no podía contar con que el refugio continuase siéndolo mucho tiempo más. Ni para él ni para los niños. Ellos saldrían ganando, probablemente. Él, no.

Aunque su dolor en el pecho se había incrementado ligeramente, se sentía con fuerzas y ganas de levantarse, y eso hizo. Quería buscar el modo de desligarse de las esposas, y averiguar cuál era la mejor ruta de huida, pues debería partir cuanto antes. Cuando estuviese a salvo, ya pensaría qué debía hacer respecto a los niños.

Al salir de la cabaña, las sábanas colgadas junto al riachuelo y los surcos de tierra labrada le parecieron conmovedores.

Pobres criaturas. Asistiendo al abandono de sus padres, a los últimos días de su abuela y de quien sabía cuántos familiares más, hasta acabar viviendo completamente solos en tan remoto lugar. Sorprendía ver lo limpios que iban, lo organizados que estaban. Inocencio, severo y endurecido a tan temprana edad, a cargo de los críos aún más pequeños que él, acostumbrado a su papel protector, paternal. ¡Qué pesada carga para un niño de doce años!

El sonido de unos golpes le indicó el camino hacia un nuevo niño al que todavía no conocía. Estaba cortando leña con un hacha, lo que de inmediato trajo a la mente de Juan una oportunidad de liberación de sus esposas.

El niño, delgado, pecoso y de cabello rojizo, detuvo su tarea para mirarle con interés. Sonriendo amablemente, Juan se presentó. El niño era Florián, hermano de Miguel y de Eulalio, quienes estaban recolectando frutos en alguna parte de los alrededores. Florián miró con fijeza las esposas de Juan cuando este le pidió ayuda para romper la cadena. Sin decir nada, se apartó un paso del tronco donde partía la leña, para que Juan pudiese poner sobre él sus manos.



Al acuclillarse junto al tronco, Juan vio restos abundantes de sangre reseca. Debían usar aquel mismo lugar para despedazar animales.

Separó lo más que pudo sus manos y, no sin cierto temor, observó al chico, de unos diez años, levantar el hacha fríamente con la vista clavada en la cadena. El pesado filo cayó sobre ésta, que se rompió al instante.

Sintiéndose libre, Juan se levantó, felicitando al muchacho por su tino y puntería. El niño no se inmutó.

Animado, Juan trató de sonsacarle información aprovechando la ausencia de Inocencio. Consiguió arrancarle unas pocas palabras, que le confirmaron lo que había supuesto y añadieron unos datos más. Todos los niños eran primos. Los varones de la familia habían marchado a la guerra, quedando ellos con sus madres y la abuela de Libe, Sara e Inocencio, quienes habían ido muriendo sin que pudiera especificar de qué. Él no sabía cómo era el mundo más allá del valle.

Cansado de la desgana de Florián, Juan le dejó en paz y continuó andando. Se le vino a la cabeza el que él, como muchos otros, como los padres de aquellas criaturas, también había antepuesto la consecución de un ideal a la entrega y cuidado de sus hijos. ¿Se lo reprocharía Berta, su hija? A ella no le había ido mal en la vida, pero creció sin padre, igual que estos niños. ¿Y todo para qué? ¿Qué había cambiado su lucha? ¿Qué mejora dejaba al mundo en herencia que compensase su sacrificio y el de su familia? Su único legado eran los recuerdos de un padre ausente en el corazón de su hija, y de un abuelo inexistente en el de sus nietos. Nunca, como aquel día, lo había visto tan clara y dolorosamente. Ahora, más que nunca, deseaba ver a Berta, hablar con ella, oírle decir que se equivocaba o lograr el consuelo de su perdón.

Juan dejó atrás la casa de Florián y pasó junto a la ventana abierta de la tercera cabaña.

Inocencio estaba hablando.

—No te acostumbres —decía—, en invierno nos hará falta para comer.

—¡Tenemos a éste! —La voz de Sara le llegó rabiosa, llena de ira.

—No durará siempre —le contestó su hermano en tono tranquilo y conciliador.

De pronto, abrieron la puerta y encontraron a Juan husmeando a escasos metros.

Inocencio pareció recibir un puñetazo en la cara.

—¿Qué hace usted aquí? —le increpó al instante—. No le dimos permiso para levantarse.

Por un instante, Juan no supo si debía asustarse, poner al chico en su sitio, o aceptar que la reprimenda era resultado del paternalismo de Inocencio. Optó por esto último y respondió:

—Me sentía mucho mejor, y quería conocer al resto de vosotros.

Inocencio le sostuvo la mirada fieramente, inquisitivo, y luego cogió la mano de su hermana y echó a andar hacia él.

—Pues aquí no hay nadie más —espetó—, así que camine.

Al pasar junto a él, arrastrada por Inocencio, Sara le dirigió una mirada amable.

Juan permaneció en el sitio mientras ellos se alejaban, diciéndose que el niño se excedía en su papel, cuando un ruido procedente del interior de la casa le hizo dirigir la vista hacia la ventana. ¿Qué había sido? ¿Algo mal colocado se habría caído? Permaneció con el oído atento hasta que Inocencio, girándose al ver que no les seguía, le preguntó por qué continuaba allí parado. Juan no quiso responder y se limitó a echar a andar tras ellos. Pero, al cabo de unos segundos, sin poder remediar sentirse molestó por la conducta del niño, les hizo saber:

—Voy a aliviarme y a refrescarme al río.

En la cabaña no había nada semejante a un baño, por lo que Inocencio se limitó a

emitir un gruñido de aceptación.

La última de las casitas, de la cual procedía, lindaba con una arboleda que ascendía ladera arriba. Según pudo ver al acercarse más, ascender por aquella zona, algo menos escarpada que el resto, era su mejor posibilidad de huida. Y debía hacerlo de forma inminente. ¿Por qué no ahora mismo? Se encontraba a punto de aprobar esta propuesta cuando oyó, a su espalda, que uno de los niños le llamaba. Se volvió y vio al pelirrojo Florián. Le estaba avisando de la comida. Juan se preguntó qué debía hacer. Estaba demasiado inquieto, imaginando el avance de la Guardia Civil a través del bosque. Le preocupaba que apareciesen de un momento a otro. Sin embargo, le vendría bien acumular la energía de una nueva comida. Echó a andar en dirección a Florián. Se iría nada más comer.

La cocina era la habitación más amplia, vivida y agradable de la cabaña donde había descansado, y a donde ahora había regresado. En ella habían dispuesto un cubierto más en la gran mesa donde cotidianamente comían juntos todos los niños. Había una chimenea enorme donde Sara y otro niño daban vueltas a un asado, una cocina de leña donde se calentaba una olla, y sartenes y otros útiles colgaban de las paredes.

Aunque un poco apretados, cupieron los siete en la gran mesa de madera. Ésta, y cualquier otro de los escasos muebles que había en la casa, sin duda habían sido contruidos por los padres de los niños.

Le presentaron al pequeño y silencioso Miguel, y a Eulalio, un chico brusco, de complexión fuerte y piel tostada, algo menor que Inocencio, que era quien más sabía sobre los cultivos, y se ocupaba de ellos.

–Hay asado –anunció Sara un rato después, colocando una fuente en el centro de la mesa.

–Huele delicioso. ¿Es carne del mismo animal que me diste antes, Sara?

Ella asintió. Luego salió de la cocina y regresó con un grueso libro.

–Mi abuela nos leía cuentos –afirmó, poniendo ante sus ojos la portada del grueso volumen. Se trataba de las fábulas de Esopo–. ¿Nos leerás tú ahora? ¿Esta noche?

La niña le miraba con la ansiedad e ilusión reflejada en sus ojos. Juan se sintió incómodo. Ni siquiera estaría allí un par de horas más tarde.

–Naturalmente –aseguró, desviando la mirada. No pensaba despedirse de ninguno de ellos. Regresaría o les enviaría ayuda en cuanto él mismo se encontrase a salvo. Aunque, para entonces, la Guardia Civil ya les habría descubierto–. ¿Queda algo más? – Los niños había dado cuenta del contenido de la fuente tan rápido que él sólo había llegado a servirse un par de pequeños trozos. Sara asintió, e iba a levantarse cuando Juan la detuvo–. No, tú sigue comiendo. Yo traeré más para todos.

Se dirigió a la chimenea, ya apagada, sobre la que el asado continuaba colgado.

Sara había cortado los pedazos de una misma zona y aún se advertía la forma de la pieza, que a Juan le resultó tan llamativa que, asombrado, se detuvo frente a ella para examinarla con atención.

¿Acaso no era aquello... no parecía ser... una pierna... humana? La rodilla, perfectamente identificable, unos treinta centímetros de muslo, deformado por los cortes de Sara pero aún reconocible... ¿Qué otro animal tenía una rodilla como aquélla? Un mono, un chimpancé, probablemente podrían confundirse... Pero no había ese tipo de animales en aquel bosque.

Unos instantes después otro detalle había llamado su atención. Entre las cenizas destacaba un pedazo de plástico ennegrecido que se agachó para recoger. Claramente, se trataba de un tubo, medio derretido, de los que contienen cápsulas y pastillas. En color verde y dorado figuraba el distintivo de la prisión de la que Juan procedía. Algunas letras permitían deducir el nombre del contenido. Se trataba del mismo medicamento

que su propio médico había entregado al sargento Santos para serle administrado durante el traslado. Sin duda alguna.

Juan miró instintivamente hacia atrás, presa de repugnancia y horror.

Como fuese, tenía que cortar algo de carne y llevarla a la mesa cuanto antes. Debía evitar que Inocencio se percatase de su hallazgo.

El filo del cuchillo se deslizó suavemente por la carne que él ya había degustado, cocinada en diversas recetas. Uno tras otro, fue colocando los pedazos sobre la fuente, hasta que supo que no podría contener mucho más tiempo el ansia de vomitar.

Recogió la fuente y la llevó a la mesa, depositándola en el centro.

—Tengo que salir fuera a hacer de vientre. No os preocupéis —anunció.

Varios de los niños se rieron. Inocencio ni siquiera pareció oírle, ocupado en devorar la nueva remesa de carne.

Juan dobló la esquina de la casa y vomitó. Después se introdujo dos dedos hasta el fondo de la garganta, por tres veces, hasta que ni siquiera bilis salía de su cuerpo.

¿Qué habrían hecho con el sargento? No habían tenido tiempo de enterrarle.

Decidió escapar en aquel mismo instante. Mucho más asustado de los niños que de la aparición de la Guardia Civil, echó a andar hacia la zona de la ladera que antes había juzgado apropiada para la huida.

Pero, al pasar por la tercera cabaña, recordó el ruido que había escuchado cuando salían los niños, y se detuvo. Miró hacia atrás. Nadie venía ni le observaba.

Se encaminó a la puerta y la abrió. Despacio, la traspasó.

La distribución de los espacios parecía idéntica a la de la otra cabaña. A la izquierda, la cocina y cuarto de estar, en la pared de enfrente, los dormitorios. Lentamente, abrió la puerta que supuso daría al primero y asomó la cabeza al interior. Con un estremecimiento, vio a un hombre yacente en la cama. Una pierna le había sido amputada a la altura del muslo, y el muñón estaba envuelto en una sábana que se había teñido de rojo. Sobreponiéndose al escalofrío que le recorría, Juan avanzó hasta ver el rostro de la víctima. Era el de quien esperaba: el del joven sargento Santos. Su pecho subía y bajaba pesadamente. Estaba amordazado, y tenía las manos atadas entre sí y a una pata de la cama. En la mesilla había un cuenco de sopa fría. La misma sopa, con tropezones de carne, de la carne de Tony Santos, que habían dado a comer a Juan. Horrorizado e impotente, Juan se inclinó sobre él, le sacudió y le habló en voz baja, tratando de despertarle. Hubo de insistir hasta que los ojos vidriosos del joven se abrieron y lucharon por enfocarle. Inundado de emoción al reconocerle, se humedecieron y comenzó a sollozar. Con cuidado, Juan le quitó la mordaza.

—Se lo suplico, sáqueme de aquí —gimió.

—Sus compañeros nos están buscando, sargento. No tema. La ayuda no tardará en llegar.

—No me deje. No permita que vuelvan. ¡Busque mi arma!

—¿Dónde está?

El sargento agitó la cabeza, sollozante.

—No sé dónde la llevaron. La tienen con ellos.

—También tienen una escopeta. Y quién sabe qué más. —Juan lo lamentaba, pero no había nada que pudiese hacer. El pobre joven tendría que rezar para que la carne de su pierna amputada no se agotase antes de que llegase la ayuda—. Sea como sea, le juro que no me olvidaré de usted. Haré que le envíen socorro en cuanto encuentre un teléfono.

Cuando Juan se incorporó, con la evidente intención de marcharse, el sargento enloqueció y trató de agarrarse a él para impedirlo, pero las cuerdas que sujetaban sus manos le frenaron.

Cada vez en voz más alta, mientras Juan retrocedía marcha atrás hacia la puerta,

rogándole que no gritase y jurando enviarle ayuda, el sargento le suplicaba que no le dejase. Y entonces, Juan sintió contra su espalda un objeto pequeño, redondeado, frío y duro, y al girar levemente la cabeza vio a Inocencio hundiendo el cañón de la escopeta en su cuerpo.

Muy despacio, Juan levantó las manos y se volvió hacia él, intentando pacificarle con cada gesto y entonación de la voz. Pero estaba tan asustado que no encontraba nada que decir, salvo el nombre del niño, que repetía una y otra vez.

Al poco vio a Sara acercándose a su hermano. Estaba seria, defraudada, molesta.

—¿Por qué has tenido que venir aquí? Tú no ibas a servirnos de alimento, pero ahora...

Juan tragó saliva.

—¿Y qué ha cambiado? —se apresuró a decir él—. ¿Es que creéis que no comprendo vuestra situación? ¿Pensáis que voy a delataros sólo porque habéis luchado por sobrevivir? ¡No! Y aunque quisiera hacerlo, no podría sin exponerme. ¡Yo saldría peor parado que vosotros!

Florián, Eulalio y Libe fueron entrando en medio de su discurso. Parándose frente a él, analíticos, decepcionados, furiosos.

Juan sudaba, atrapado como no recordaba haberse sentido, escuchando tras él el llanto de Tony Santos. No llegaba la iluminación que trajese más palabras a sus labios, y era evidente que las anteriores no habían logrado hacer mella en sus jueces.

Entonces oyeron las voces del pequeño Miguel. Corría hacia la cabaña gritando:

—¡Gente! ¡Gente! ¡Viene gente!

Como si sintiese de nuevo la tierra bajo sus pies, una oleada de alivio recorrió a Juan. Sin duda se trataba de la Guardia Civil. Jamás hubiese podido creer que se alegrase de volver a ser capturado.

Miguel entró en la casa, y, señalando a la habitación donde Santos yacía, informó:

—Hombres vestidos como él. Acaban de salir del bosque.

—¡Vienen a por mí! —exclamó Juan—. Por favor, dejad que me vaya.

Durante un instante esperanzador, Inocencio bajó la mirada en actitud pensativa. Luego, sin que Juan pudiese siquiera sospechar lo que iba a hacer, apartó de él la escopeta, la dirigió al interior de la habitación, y disparó contra Santos. Juan se llevó las manos a la cabeza, horrorizado, al tiempo que profería un espantado grito de negación.

Apuntándole de nuevo, Inocencio retrocedió hacia la puerta.

—Salid corriendo y pedid auxilio —ordenó a sus primos y hermanas—. Este hombre ha matado al guardia civil y ahora intenta asesinaros a nosotros.

Sara y Eulalio comprendieron en seguida, y empujaron a los demás hacia la puerta. Anonadado, Juan les vio salir a la carrera, oyó sus gritos suplicantes, y, al poco, las respuestas provenientes de hombres adultos.

Sin dejar de apuntarle, Inocencio alcanzó la puerta, y luego, arrojando al suelo la escopeta, la cerró tras de sí y salió corriendo, uniéndose al coro de súplicas de los demás.

Inmovilizado por la incredulidad de lo vivido, Juan simplemente dejó caer la vista hacia el arma.

—¡Tiene una escopeta! Ha matado a su compañero y quiere matarnos a nosotros. ¡Ayúdenos! —seguían gritando las voces en el exterior.

Se giró para mirar a Santos, que ya no podría explicar la verdad de lo sucedido, y luego, reaccionando, abrió a toda prisa las pocas puertas de la cabaña. El segundo dormitorio daba hacia la montaña, la misma ladera por la que Juan había pensado ascender. Abrió la ventana, saltó por ella, e, histérico, comenzó a subir a cuatro patas por la pendiente.

Apenas había conseguido distanciarse cuando oyó los horribles gritos amenazantes de los compañeros de Santos tras descubrir su cuerpo sin vida. Supo que había hecho lo correcto huyendo, que jamás se habrían parado a escucharle si hubiese cometido el error de permanecer en la cabaña.

Según la ladera ascendía, se hacía más escasa en vegetación. No había árboles a su alrededor, y los arbustos no eran capaces de ocultarle a la vista de sus perseguidores, cuyas voces amenazantes ya eran atterradoramente nítidas y cercanas.

Los guardias le habían visto; Juan lo supo porque los insultos y amenazas se habían redoblado. Aunque era consciente de que estaba perdido, no se detuvo. El esfuerzo pronto consiguió multiplicar el dolor que se había aplacado con el descanso. Pero, aunque no dudase que pronto le atraparían y le molerían a palos, no se rendiría a ellos.

Tal como Juan temía, sucedió. El primer guardia que le alcanzó le derribó sin la más mínima dificultad. Luego se puso en pie, encañonándole, y le asestó una patada en el estómago. Juan se retorció de dolor, encogiéndose sobre sí mismo, y el guardia, profiriendo toda clase de amenazas y exabruptos, pateó los brazos con los que Juan defendía sus órganos. No había transcurrido un minuto antes de que un segundo guardia se uniese en la venganza, y entonces comenzó a recibir patadas por todas partes.

Juan gemía y aullaba de dolor, rogando que aquello acabase, cuando dos disparos consecutivos pusieron fin a su tormento.

Los guardias, malheridos y asombrados, miraron a su espalda, donde un niño y una niña les apuntaban con una pistola y una escopeta. Tras ellos llegaban el resto de los infantes que les habían pedido auxilio, impassibles sus rostros menudos.

Uno de los guardias cayó al suelo, tendido. Gemía, y se desangraba rápidamente. El otro, herido de menor gravedad, cruzaba los brazos bajo su pecho, mirando a los muchachos con perplejidad.

—No lo habéis entendido... —balbuceó.

Inocencio se acercó más a él, con la escopeta sostenida con displicencia, y le contestó:

—Siempre lo hemos entendido.

A poco más de un metro de distancia, Inocencio alzó la escopeta repentinamente y le descerrajó un tiro en la cabeza. El guardia cayó muerto en el acto.

En medio de los cuerpos de ambos hombres, el maltrecho Juan miraba a los niños con pavor, esperando a que Inocencio apretase el gatillo una vez más.

—¿Lo ves? —le preguntó el niño bajando el arma—. Siempre hay alguna guerra.

Juan tragó saliva.

—Vendrán más y en mayor número. No podréis vencerlos a todos. Debéis iros. Yo podría llevaros a un lugar seguro. Estaríais juntos, lo mismo que aquí. —Los rostros impertérritos le observaban sin interés. Desesperado, con voz implorante, añadió—: Libe, sabes que tú y yo nos hemos cogido cariño desde el primer momento. No te traicionaría, lo sabes, ni a ninguno de los demás. Partamos ahora. En este mismo instante.

—¿Te sacrificarías por nosotros, como hizo mi abuela? —preguntó Libe.

Sin vacilación, Juan le respondió:

—Naturalmente.

Todos se rieron. Juan les miró aturdido, inquisitivo.

—No, no lo harías —aseguró Eulalio—. No nos ordenarías amputarte partes de tu cuerpo para que pudiéramos alimentarnos, como ella hizo.

Una exclamación de horror se ahogó en la garganta de Juan. Cerró los ojos, derrotado. Tan sólo quedaba esperar la bala que Inocencio le tenía destinada.

—Lárgate.

Juan había escuchado incrédulamente la severa orden y alzó su mirada para hundirla

en los penetrantes ojos del niño, escrutando en busca de sus razones. En el rostro severo no había compasión, sino muestras de hacer honores a la protección debida entre soldados que luchan en un mismo bando.

–¿Quieres que me vaya? –se cercioró Juan. Temía escuchar sus carcajadas, o recibir un disparo en la espalda tan pronto se alejase unos pasos. Inocencio asintió, la escopeta, laxa en su mano derecha–. ¿Y vosotros? ¿Qué haréis?

–Recogeremos algunas cosas y nos iremos también.

Juan se puso en pie, sin atreverse todavía a sentirse aliviado. Paseó su mirada por cada rostro infantil. En algunos se adivinaba la tristeza y la preocupación. La pequeña Libe no había podido sostenerle la suya. De no haberles temido tanto, habría repetido su oferta de acompañarles.

Se despidió, y ellos, lacónicamente, le dijeron adiós.

Juan les dio la espalda y echó a andar, apenas sin atreverse a respirar, atento al más mínimo movimiento de los niños, que aún le observaban, temeroso de escuchar el sonido de las armas al amartillarse.

Sin embargo, cuando se había alejado unos cien metros y volvió su mirada atrás, comprobó que los niños, silenciosos, también se alejaban en dirección al hogar que pronto iba a dejar de serlo.

FIN

## ¡Dejad que los niños se acerquen a mí!

La protagonista de este relato, Elena, contaba quince años de edad, y era una chica muy animosa, alegre, valiente y desenvuelta. Sus padres habían alquilado un bonito chalé, alzado en la ladera de una montaña mallorquina, que gozaba, sí, de maravillosas vistas sobre el mar, pero que impedía disfrutar de cualquier otra diversión distinta a su contemplación a quien no dispusiese de un vehículo con el que salvar los demasiados kilómetros que lo separaban del pueblo o de la playa más cercana. Por tal motivo, aunque todavía llevaba pocos días de estancia, aquel estaba siendo el verano más aburrido en la vida de Elena, quien dejaba pasar las horas recostada a la sombra de un pino, escuchando música en su reproductor de MP3, escribiendo letras de canciones, y levantando de cuando en cuando su mirada oscura al deslumbrante mar, en busca de inspiración. No es de extrañar, pues, que cuando alzó la cabeza y se tropezó con la sonrosada carita de su joven vecino, se sintiese abiertamente emocionada. Elena adoraba a los niños, y más si eran tan preciosos como aquel que la sonreía a pocos metros de distancia. El pequeño tenía los ojos azules más intensos y brillantes que ella hubiese contemplado jamás. Le sonrió a su vez y le llamó. El niño, que la pareció tendría unos cinco años, no vaciló en acercarse a ella, sin dejar de iluminar su rostro con aquella encantadora sonrisa. La joven le dispensó toda suerte de mimos y carantoñas mientras con sus preguntas trataba de averiguar su nombre y el paradero de sus padres. Como él no respondía, a Elena, tras observar atentamente su fisonomía, se le ocurrió que tal vez fuese extranjero y no conociese su idioma, así que probó a repetir sus preguntas, esta vez en inglés.

–¿Cómo te llamas? –inquirió en esa lengua.

–Hughie –respondió él con una vocecita tierna y encantadora.

–Es un nombre precioso. ¿Dónde están tus padres, Hughie?

A través de los sonrosados labios de Hughie fluyó una larga y complicada respuesta de la que Elena únicamente fue capaz de entender, o más bien colegir por la mímica del niño, que aquellos se encontraban en algún punto de la ladera opuesta. La joven, temiendo que el pequeño no pudiese regresar solo, le cogió de la mano y le rogó que la llevase junto a ellos. Él no lo dudó un instante, dio media vuelta y la guió sin vacilar, montaña abajo, hasta un camino de grava.

–Al final del camino –señaló en aquel, y continuó arrastrándola con su infantil vigor.

Anduvieron alrededor de veinte minutos antes de que el vanguardista chalé en el que Hughie dijo habitar surgiese ante los impresionados ojos de Elena. El edificio, de dos plantas, lucía una curiosa ornamentación cuadrangular en su blanca fachada, que partía de los laterales de las ventanas del piso superior y descendía hasta el suelo. Ocupaba una superficie de unos trescientos cincuenta metros cuadrados, a los que se podía sumar otro tanto de la planta de arriba, y, probablemente, un sótano. Disponía de un desmesurado porche, cubierto por vigas de madera de pino, que se extendía sobre el jardín unos diez metros, como una enorme visera que lo protegiese del fuerte sol mediterráneo. Puertas y ventanas estaban cerradas, incluso con las persianas completamente bajadas, como si estuviese deshabitado, y no se oía ruido o movimiento alguno.

–¿Seguro que es ésta tu casa? –preguntó Elena sorprendida.

–Sí –aseguró él.

–¿Y dónde están tu mamá y tu papá? –inquirió.

–Mi papá está durmiendo –respondió él, mirándola con su bonita sonrisa.

–¿Durmiendo? ¿A estas horas? –Elena miró su reloj y vio que era mediodía–. Vamos, Hughie, ¿no me engañas? ¿Estás seguro de que vives aquí?

Hughie se rió con una risa tierna y cristalina que acentuó su encanto. Luego corrió hacia la puerta de entrada, se detuvo en el umbral y tecleó sobre el panel del sistema de seguridad. La puerta se abrió. Antes de traspasarla, se giró y levantó su manita en señal de despedida. Luego desapareció en el interior.

En el fondo, sin saber exactamente por qué, Elena no se había quedado del todo tranquila. Además, le atraía la perspectiva de conocer a la familia de Hughie, después del aburrimiento de los últimos días. Seguramente estaba divorciado, pues el niño no había mencionado a su madre al preguntarle por ella. Pero puede que tuviese alguna hermana de su edad, o, mejor aún, un hermano mayor tan guapo como él. Así que decidió volver a visitarle aquella misma tarde.

Salió alrededor de las ocho y media y tardó algo más de media hora en atravesar la montaña y divisar las luces que iluminaban el interior del chalé. Se sintió confortada al observar indicios de actividad y aceleró el paso.

Abrió la pequeña portezuela de madera de la cancela y penetró en el jardín. Atravesando el sendero, llegó hasta la puerta de entrada y, no sin un creciente nerviosismo, pulsó su timbre. Nadie acudió a la llamada, así que volvió a pulsarlo y aguardó pacientemente. La noche había comenzado a caer y el silencio era extrañamente absoluto y envolvente. Durante un fugaz momento, Elena se arrepintió de haber obedecido al impulso que la había llevado hasta allí. ¡Ahora tendría que regresar sola a casa en la oscuridad, y ni siquiera había traído su linterna!

Pulsó el timbre una vez más –la última, se dijo–, deseosa de sentirse tranquilizada por una aparición humana que rompiese aquel penetrante silencio. De pronto, se sintió observada a través de la mirilla. Incómoda, agachó la cabeza. ¿Debía decir algo, demostrando que se había percatado de la presencia, o debía callar? Decidió permanecer en silencio y esperar a que fuese su observador quien decidiese si deseaba o no conocerla.

La puerta se abrió.

Todas las alegres presentaciones que Elena había ensayado en su rudimentario inglés se borraron de su mente. Quedó muda, fascinada. El hombre que tenía ante sí no era demasiado joven, ni siquiera exactamente guapo, pero poseía la mirada azul más misteriosa y seductora que ella hubiera contemplado en su vida. Tenía el pelo bastante oscuro y cuidadosamente cortado y peinado con un estilo clásico. El fino trazo de las cejas destacaba en un rostro marcadamente varonil y agradable. Su estatura era elevada, aunque no fuera de lo común, pero su erguido porte, sus anchas espaldas y su visible robustez lo hacían extraordinariamente atractivo, en especial, a los ojos de una jovencita tan romántica como Elena. Quedó sorprendida cuando él, en un peculiar español, le preguntó lo que deseaba. Mirándole, comprendió que era, indudablemente, el padre de Hughie. Hizo un esfuerzo para explicarle en inglés quién era y cómo había conocido a su hijo aquella misma mañana y que, extrañada al ver todas las persianas bajadas, no se había quedado tranquila al verle perderse en el interior de la vivienda.

–Soy escritor, y me gusta trabajar de noche –explicó él.

Elena se sintió inmediatamente azorada por haberle obligado a justificarse.

Ruborizada aseguró:

–Oh, es muy lógico. En fin, sólo quería asegurarme de que Hughie estaba bien.

El hombre la sonrió amablemente. Dijo:

–Está perfectamente, pero ya se ha ido a la cama. Has sido muy amable



acompañándole esta mañana y recorriendo ahora otra vez tan largo trecho para preguntar por él.

Elena se ruborizó aún más.

–No tiene importancia. Me encantan los niños, y él es adorable –respondió turbada.

El hombre la sorprendió con una espontánea carcajada.

–¿De veras? –preguntó–. Es un gusto que compartimos.

–Bueno, tengo que ir a cenar, será mejor que me vaya –balbuceó ella torpe y agitadamente–. Quizá pueda ver a Hughie otro día.

–Desde luego.

Elena se despidió y echó a andar hacia la cerca sintiendo la mirada del apuesto hombre clavada en su espalda. De pronto, una llamada de él la hizo detenerse. Se estaba aproximando a su lado, y cuando se encontró junto a ella, dijo:

–¿Sabes? Creo que tu aparición ha sido providencial. Como te he dicho, yo duermo casi todo el día, y la madre de Hughie murió hace menos de dos meses...

En la sutil inflexión en la voz, el posterior silencio y su mirada perdida, Elena vio la revelación de su hondo dolor.

–Lo siento mucho –murmuró sinceramente.

–Gracias. Un desgraciado accidente... En fin, el caso es que yo no dispongo de tiempo para sacar a pasear a Hughie y no me gusta que ande por ahí solo. Pero se pone tan pálido cuando le retengo en casa... Necesita hacer ejercicio... Me preguntaba si te gustaría ocuparte de él; darle un paseo por las mañanas y prepararle luego una comida sencilla. Por supuesto, tendrías una compensación económica. Claro, comprendo que estás de vacaciones y que probablemente no te apetezca verte sujeta a una ocupación. Es sólo una sugerencia que se me ha ocurrido de repente.

–¡Oh, no tengo nada mejor que hacer, de verdad! –aseguró ella entusiasmada–. Aquí me aburro soberanamente. Estaré encantada de cuidar de Hughie.

–Perfecto. Muchas gracias. Entra conmigo en casa y te daré una buena gratificación. Prefiero hacerlo ahora ya que cuando tú vengas yo estaré siempre durmiendo.

Edward Foxworth, así dijo llamarse, rogó a Elena que sus padres le visitaran aquella misma noche si no tenían otro compromiso. Sin duda, dijo, ellos querrían conocerle, y para él sería un placer recibirles. Desde luego que los padres de Elena no hubieran consentido que su hija acudiese diariamente a la casa de un completo desconocido. Había que tomar ciertas precauciones. Tomaron el coche y Elena se encontró allí de nuevo poco más de una hora después de haber partido.

El señor Foxworth les esperaba con una tabla de quesos y unos vinos, preparados sobre la mesa del confortable salón. Resultó ser un anfitrión perfecto: atento con sus invitados y ameno, pero discreto, en su conversación. La madre de Elena sólo lamentó el que no se hubiera ofrecido a enseñarles el resto de la que, sin duda, prometía ser una impresionante casa. Pero, a pesar de las sutiles insinuaciones de ella, y para su desilusión, no lo hizo. De todas formas, toda la familia convino en que el señor Foxworth era una de las personas más simpáticas y encantadoras que habían conocido. Y, en cuanto a Elena, ya soñaba despierta con su nuevo amor...

Al día siguiente comenzó su trabajo. Llegó al chalé del señor Foxworth (ya Edward, en sus pensamientos), a las nueve y media de la mañana, y, como éste le había indicado que ocurriría, Hughie le abrió la puerta, primorosamente vestido y aseado, y luciendo los mismos bonitos colores sonrosados que iluminaban sus mejillas el día anterior.

–Buenos días, cariño. ¿Estás contento de que venga a llevarte a pasear? Me gustaría mucho ser amiga tuya. ¿Y a ti?

Él asintió, sonriendo.

–Papá dijo que te daría el desayuno antes de acostarse, ¿te lo ha dado?

–Sí –respondió él niño dulcemente.

Vestía un polo de rayas blancas y azules y un pantalón corto de color azul marino, todo limpio y bien planchado, a través de cuyas mangas y perneras sobresalía su pálida y suave piel.

–Qué guapo estás. Pero necesitas tomar el sol. Dame la manita.

Elena pensó que Hughie era la criatura más linda que había visto en su vida, y su padre el hombre más misterioso y atractivo que existía en el mundo. Indudablemente debía ser un gran escritor, con aquel espíritu que se manifestaba sensible y se adivinaba sublime y elevado por encima de los demás mortales... La pérdida de su mujer debió de ser algo tremendamente duro para Edward. Estaba segura de que la echaba de menos muchísimo. No había más que observarle cuando hablaba de ella. ¡Cuánto debió amarla! Pero, a pesar de ello, se sobreponía a su dolor para cuidar de su pequeño. Le vestía como a un príncipe, se ocupaba de su bienestar, de que fuera feliz y creciese sano. ¡Qué gran padre era!

A las doce y media regresaron al chalé. Elena tenía que prepararle la comida a Hughie. Descubrió que la nevera estaba llena de alimentos congelados y precocinados, pero también había huevos y alguna verdura de sencilla preparación, así como abundante fruta. Edward (ya casi siempre Ed o Eddie en sus pensamientos) sabía lo que convenía a su pequeño.

Elena, esforzándose por hacer el mínimo ruido a fin de no despertarle, hirvió un par de huevos, sacó un tomate, lechuga, abrió una lata de maíz y otra de bonito y le preparó una succulenta ensalada al pequeño. Él salió a despedirla cuando se marchó, horriblemente apenada por dejarle solo, y agitó su manita, también entristecido. Elena le lanzó un beso desde la distancia. Ahora se sentaría él solito en el salón y vería la tele hasta que su padre se levantara, hacia, supuso Elena, las cuatro de la tarde.

De este modo transcurrió una semana. Hughie y Elena se adoraban, y, más de un día ella se quedó a comer en su chalé, acompañándole hasta cerca de las cuatro, hora en que empezaba a temer que Edward se levantara de la cama y la encontrara allí, desprevenido, envuelto en una bata de seda, con cara de sueño y el pelo alborotado, lo cual podía resultar una situación embarazosa.

Sin embargo, las románticas fantasías que Elena había comenzado a tejer alrededor de Ed, no habían dejado de crecer. El amor había nacido y el deseo de volver a verle surgió impetuosamente. ¡Si sólo pudiese contemplarle en el jardín jugando con el niño, o quizá bajo el porche, leyendo un libro! ¡Si pudiese verle besando a su hijo! ¡Oh..., llevaría esa imagen grabada en su recuerdo hasta la muerte!

Desde el momento en que la idea apareció, no se pudo resistir a ella. Sólo hacía falta un poco de valor para hacer realidad la pequeña excursión nocturna que se le había ocurrido, y a ella le sobraban éste y las ganas de realizarla. ¿Por qué postergarla, pues? Partiría aquella misma noche.

Decidió atravesar la montaña en lugar de seguir la carretera de grava que acababa en la propiedad del señor Foxworth, pues el camino escogido, aunque más difícil y peligroso, era también el más corto. Por suerte, el espíritu aventurero de Elena no le había permitido olvidarse de meter en la maleta su brújula y su pequeña linterna de exploradora. Se colgó la brújula al cuello, aunque sólo como juego, ya que, aunque le emocionaba la posibilidad de perderse “un poquito”, sabía que su conocimiento del camino a seguir lo hacía del todo imposible. Tomó, así mismo, la linterna y, con total sigilo, abandonó la casa a escondidas, no bien sus padres se acostaron, a eso de la medianoche.

Al principio, la emoción y las fantasías que dominaban su cerebro la impidieron percatarse de la noche tan oscura, ventosa y desapacible que había escogido para su excursión. Cuando quiso darse cuenta, y la preocupación comenzó a invadirla, ya había recorrido casi la mitad del camino, y parecía tan peligroso continuar adelante como dar media vuelta y regresar, y encima, sin visión alguna con la que alimentar sus fantasías románticas.

El viento, que soplaba montaña abajo azotando los árboles en la oscuridad, apagó su exclamación cuando, a causa de la abrupta pendiente, se torció el tobillo derecho y se cayó, lastimándose además los nudillos por no soltar la linterna. Se fue sentando despacio, apoyándose en el húmedo suelo con las palmas y enderezando su pierna lastimada, al tiempo que emitía un quejido y una mueca de dolor deformaba su rostro. Permaneció sentada en la tierra durante algunos minutos, con las afiladas piedrecillas hincándose en su carne, masajeando su tobillo y haciéndolo rotar en el aire para evitar la inflamación, mientras el viento revolvía su cabello en todas direcciones y ululaba entre los árboles. Después, muy lentamente y apoyándose en un pino cercano, se puso en pie, de espaldas al viento, y con extrema precaución, muy despacio, empezó de nuevo a caminar, afrontando con valor las violentas embestidas de aquél, luchando contra la pendiente del camino y contra el dolor que padecía. Diminutos fragmentos arenosos azotaban sus mejillas. Cojeando, entrecerrando los ojos y protegiéndolos del viento y la arenilla con las manos, continuó su camino, en liza constante contra las ráfagas que intentaban derribarla. Las nubes recorrían velozmente el cielo, cada vez más tupidas y oscuras. Elena tiritaba. La amplia camiseta se ceñía a su costado derecho y revoloteaba en el lado opuesto, sacudido por la violencia del aire, lo mismo que sus cabellos. El viento arreció, forzándola a andar acuclillada y asiéndose a la vegetación, temerosa de perder el equilibrio y caer rodando por la ladera.

Tenía las manos cortadas y ensangrentadas y los desnudos brazos arañados y sucios cuando, por fin, desde el alto en que se encontraba, distinguió el final de la carretera de grava, que anunciaba la entrada al jardín del señor Foxworth. Se detuvo y observó, desilusionada, la absoluta oscuridad y silencio que reinaban en él. Ni las numerosas farolas, ni las lámparas del gigantesco porche, estaban encendidas. No obstante, una tenue luz indicaba vida en el salón de la planta baja. Los árboles apenas sí se agitaban suavemente en el jardín. El viento soplaba con menos fuerza en él y en la carretera, protegidos como estaban por la pared montañosa. Se dejó resbalar cuidadosamente por la suave pendiente del corte de la montaña que descendía a la carretera, y, agachada, amparada por la oscuridad, se deslizó, arrastrando la pierna herida, hasta detrás de uno de los pilares de ladrillo encalado en que se unían las verjas. Apoyada en él, levantó unos centímetros la pernera del pantalón de deporte y se palpó el dolorido tobillo. Lo notó extremadamente hinchado, pero no había nada que pudiese hacer hasta regresar a su casa.

Se irguió, sorprendida, cuando llegó hasta ella un débil murmullo de voces. Asomó la cabeza por la verja de red metálica y escrutó en la oscuridad del jardín. Durante largo tiempo no vio nada, pero persistió en su inspección, ya que el murmullo continuaba llegando hasta sus oídos. Por fin, los descubrió en un rincón del jardín. Tres niños jugando sentados sobre el césped. Elena intentó distinguir entre ellos a Hughie, pero, a pesar de las evidentes dificultades que la oscuridad y la distancia la imponían, pronto estuvo segura de que su pequeño no estaba entre aquellos. Reparó enseguida en que uno de ellos era una niña de melenita rizada, muy pequeña, frágil y silenciosa, mientras que los otros dos, serían un par de años mayores que Hughie, y vestían ropas pasadas de moda y sin gracia, muy distintas a las que él solía usar. Elena imaginó que Edward habría recibido visita, y permaneció allí durante largo rato, esperando ver salir a algún

adulto, o quizás a Hughie.

Mientras se entretenía observando a aquellos niños, fue invadiéndole la extrañeza. Le resultaban sorprendentemente apacibles. Se diría que estaban acostumbrados a jugar en absoluta oscuridad, sin efectuar el menor movimiento, sin alzar la voz ni por instante, y parecían capaces de permanecer rígidos y silenciosos como estatuas durante horas. Aunque Elena continuó a la espera durante casi cincuenta minutos, mientras recobraba fuerzas para emprender el camino de vuelta, no descubrió indicios de visitantes, pero, fugazmente, pudo vislumbrar la silueta de Edward Foxworth atravesando la ventana del salón de la planta baja. Arrepentida de su excursión, dado el cansancio que sentía, el dolor de su tobillo y la pereza que le causaba emprender el largo, difícil y peligroso camino de vuelta, Elena se dispuso a caminar a gatas, esta vez por el menos ventoso camino de grava, hasta que desde éste se perdiese de vista la casa. Sin embargo, cuando había iniciado el movimiento, el sonido de la puerta del chalé al abrirse la detuvo. Se volvió de nuevo, prudentemente, para mirar a través de la verja, y vio a Edward en el umbral, llamando a los niños:

–Niños, la hora de la cena –dijo en inglés, con voz poderosa y profunda, aunque no exactamente alta, y en un tono firme y autoritario.

Los tres pequeños rompieron a llorar.

–¿Tendré que repetirlo? –se irritó rápidamente.

Los niños se levantaron del césped e incrementaron su aterrado llanto. Pero el señor Foxworth no tuvo necesidad de añadir una palabra más.

–No quiero –sollozaban desgarradoramente mientras caminaban hacia la casa–. Por favor, no.

La pequeña, una criatura que parecía hallarse en un estado extremadamente débil, cayó al suelo no bien hubo dado cinco o seis tambaleantes pasos. Mientras los niños penetraban en el chalé sin cesar de llorar, Edward Foxworth fue hasta ella, la tomó en sus brazos y, consolándola con dulces palabras, la llevó hasta la casa, cerrando la puerta tras ellos.

La imaginación de Elena trabajaba a toda velocidad. Los padres de los niños no estaban allí, al parecer. Quizá estos fuesen sobrinos Edward, o hijos de algún amigo que le hubiera encomendado a éste su cuidado durante aquella noche, o puede que durante más días. De cualquier forma, ¿a qué se debían aquel llanto y aquel terror? ¡Qué niños más extraños!

Reptó sobre la grava, sufriendo cómo ésta se clavaba en sus manos y en sus piernas, y, antes de doblar el recodo, echó un último vistazo. Una nueva luz se había encendido en la planta de arriba. Sin embargo, la de la cocina permanecía apagada. Seguramente Edward les había llevado a asearse antes de cenar. De cualquier manera, estaba comenzando a llover y Elena, que se sentía ahora tremendamente mal, sólo deseaba recorrer cuanto antes el interminable trecho que la separaba de su comfortable cama.

A los pocos segundos llovía de forma torrencial. Su ropa y su pelo estaban completamente empapados y ella, encogida, tiritaba.

Echó a correr por el camino, habiéndose olvidado, a causa del frío y de la lluvia, de la torcedura de su tobillo, pero el dolor volvió de inmediato a recordársela. Lanzó un gemido y se detuvo. Elevó la pierna y se masajó suavemente la zona inflamada. Con cuidado, la apoyó de nuevo en el suelo. Ahora su cojera se había acentuado y debía caminar más despacio. Se sentía mareada y agotada. Hubiera dado cualquier cosa por el milagro de aparecer súbitamente en su lecho. Se vio obligada a detenerse numerosas veces a causa del dolor, pese a que la fuerte lluvia continuaba rompiendo sobre su rostro. Tardó algo más de una hora, la peor que había padecido jamás, pero, finalmente, consiguió llegar hasta su chalé.

Tiritó toda la noche y, a la mañana siguiente, despertó con bastante fiebre. Su estado no la permitiría levantarse de la cama en, al menos, dos o tres días, y, como el señor Foxworth carecía de teléfono al que poder avisarle, su padre le visitó al anochecer para disculparla, recalcando, a su regreso, lo encantador que el extranjero resultaba y los deseos de una pronta mejora que había reiterado para ella.

Hasta el cuarto día Elena no se sintió lo bastante bien como para volver a su ocupación, pese a que estaba deseando hacerlo.

Al abrirse la puerta del chalé de Edward Foxworth y aparecer Hughie al otro lado, a Elena se le encogió el corazón.

—¡Hughie! —exclamó conturbada—. ¿Es que no te ha dado de comer tu papá? ¿Por qué estás tan pálido? ¿Qué te ha ocurrido? ¿No has dormido suficiente? ¿Qué te ha pasado?

—No sé —musitó él débilmente.

Elena supo que debía alejarle de la casa si deseaba obtener alguna respuesta. Le cogió de la mano y le llevó consigo. Cuando hubieron perdido de vista la casa, volvió a preguntarle:

—¿Qué comiste ayer, Hughie?

El niño lo pensó unos instantes y luego contestó, alzando hacia ella sus inocentes ojos azules:

—Carne con patatas.

—¿De verdad? ¿No me engañas?

—No —contestó él dulcemente.

—¿Y por qué tienes tan mal aspecto? ¿Has estado malito?

—No —repitió él sacudiendo la cabecita.

Ocurrió que la noche anterior había estado lloviendo, y el suelo de la montaña estaba húmedo y resbaladizo, y Hughie, tan débil como estaba, cayó en él por dos veces, manchándose de barro, hasta que Elena, profundamente apenada, decidió llevárselo a casa, darle un baño caliente, cambiarle de ropa, y prepararle urgentemente algo de comer.

Subió por primera vez las escaleras que conducían al piso superior de la casa del señor Foxworth, ya que el dormitorio y el cuarto de baño del niño se hallaban en él. Todas las puertas de la planta estaban cerradas, y Elena jamás se hubiese atrevido a abrirlas, pues tras una de ellas descansaba el dueño de la casa.

Preparó la bañera y desnudó al niño. Fue entonces cuando descubrió las dos pequeñas punciones en sus tiernas, suaves y diminutas nalgas. Apenas pudo reprimir una exclamación:

—¡Dios santo! ¿Qué es esto? ¿Cómo te has hecho esto, Hughie? ¿No te duele?

—Sí —contestó él—. Me duele.

—¿Cómo te lo has hecho?

Él vaciló unos instantes, y luego susurró tímidamente:

—Papá.

—¡Papá? ¿Papá te ha hecho esto?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Cómo te ha hecho papá esto? ¿Por qué te lo ha hecho? —preguntó ella colérica, disponiéndose a cambiar el concepto que tenía de Eddie.

—Por salir solo a la calle —susurró él—. Está prohibido.

—¿Te castigó así? ¿Y cómo te lo hizo? —volvió a preguntar ella, comenzando a sentir un odio profundo hacia el señor Foxworth.

El pequeño vaciló de nuevo.

—No puedo decírtelo. Está prohibido.

—Dime, Hughie —pidió ella, nerviosa—. ¿Tu papá te hace esto a menudo? ¿Te pega?

–No –negó él–. Nunca me pega. El día que te conocí a ti también había salido solito, y no me castigó, pero me advirtió que lo haría la próxima vez.

Elena decidió comunicarles a sus padres aquel espantoso descubrimiento no bien los tuviese delante. Había que proteger a Hughie de aquel horrible monstruo que era su padre.

Apenas se podía creer que el hombre que ella había admirado, a quien había entregado su corazón y convertido en su príncipe azul, fuese capaz de infligir semejante daño a una criatura tan pequeña y adorable. ¡Monstruo! ¿Con qué horrible objeto punzante le habría provocado aquellas heridas? Elena lo hubiera sacado de aquella casa en ese mismo instante, pero como su padre había quedado en ir a buscarla con el coche, determinó esperar a contárselo. Estaba segura de que él mismo resolvería llevarse al niño con ellos y comunicarles luego el caso a las autoridades.

Tras bañarle, vistió al pequeño con la ropita que había encontrado en el armario de su habitación y bajó a prepararle la comida.

En cuanto oyó el sonido del motor, salió corriendo hacia el automóvil y le contó nerviosamente a su padre lo que había visto, y sus temores. Para su pasmo, éste se rió. Atribuyó las marcas a algún juego infantil, o a cualquier piedrecilla que se le hubiera incrustado al caerse. Elena sintió la mayor frustración de toda su vida. Tras muchas protestas, acabó por subir al coche, según se le ordenaba, y, durante todo el trayecto, lloró de rabia, enfado e impotencia.

Aquella noche no pudo salir, como hubiera deseado, pues el color cárdeno del firmamento presagiaba una nueva tormenta. Durmió intranquila, despertándose a menudo con el rostro del niño ante ella, y deseando que llegase la hora de acudir a visitarle.

A la mañana siguiente, Hughie tenía bastante mejor aspecto que el día anterior, lo que alivió a Elena, que había temblado mientras esperaba a que la puerta se abriese. Más tarde, lejos de la casa, Elena trató de averiguar si el castigo había vuelto a repetirse, cosa que el niño negó convincentemente. Ella se sintió más tranquila al comprobar que Hughie iba recuperando las fuerzas rápidamente. Después de tomar un poco de sol y de dar algunas carreras, el color había vuelto a sus mejillas.

Al atravesar el jardín, de regreso a la casa, Elena le llamó la atención sobre un juguete, algo parecido a un trenecillo, olvidado en medio del césped.

–No es mío –contestó Hughie.

–¿No es tuyo? ¿Pues de quién es, entonces?

–Es del segundo de papá.

Elena se rió ante la expresión.

–¿El segundo? ¿Qué clase de segundo? ¿El segundo de a bordo?

Hughie se rió.

–¡El segundo plato, tonta!

Luego se soltó de su mano y echó a correr.

Elena se quedó mirándole con perplejidad y luego meneó la cabeza. “No hay que darle vueltas. Son cosas de críos”, se dijo.

Ya en la cocina, al cabo de un rato, recordando a los niños que había visto en el jardín unas noches antes, Elena preguntó:

–Dime, Hughie, ¿quién es el segundo de papá? ¿Alguno de esos niños que os visitaron la otra noche?

Él levantó la cabecita y respondió:

–Aquí nunca viene nadie más que tú.

–Pero yo vi a tres niños la noche antes de ponerme enferma. Eran tres. Tú no estabas con ellos. Quizá estabas durmiendo y no te enteraste de su visita.

Hughie se encogió de hombros.

—¿Y quién es el primero de papá? —preguntó Elena—. ¿Tú?

Hughie se rió como si eso fuese impensable.

—¡No! —exclamó—. ¡A mí no va a comerme papá! ¡Yo soy su hijo!

Semejante respuesta la confundió aún más.

Aquella noche, el cielo estrellado ofrecía una invitación que Elena no pudo rechazar. Partió de su casa alrededor de la medianoche. Escarmentada, tomó el tranquilo camino de grava que conducía directamente a la entrada del jardín del señor Foxworth. Al doblar el recodo desde el cual se divisaba el chalé, se agachó y fue andando acuclillada hasta el mismo punto de la cancela tras el que se había ocultado en la anterior ocasión. Y las circunstancias en que se hallaba la propiedad en nada hubiesen diferido de las de aquella, de no ser porque el número de niños que jugaban en el jardín se había reducido a dos.

Al principio no los vio, pero, aunque esta vez ningún sonido los delataba, por alguna razón, Elena los buscó. Se encontraban exactamente en el mismo punto en que los había descubierto la otra noche. Aún más quietos y silenciosos; como si ninguna vida los animase. Una vez más, la oscuridad los envolvía. Pero la niña no estaba entre ellos. ¿Por qué? ¿Y quiénes eran esos niños?

Sin saber cómo, observando a los niños y reflexionando sobre su suerte, la joven se había quedado dormida. Fueron la voz del señor Foxworth llamando a los niños para la cena, y los gritos y llantos de estos, los que la despertaron, más allá de las cinco de la mañana. Aturdida y asustada, Elena atisbó a través de la valla. Pese a la evidente resistencia que manifestaban y el horror que parecía producirles entrar en la casa, al igual que la otra noche, el señor Foxworth no tuvo necesidad de mover un músculo para imponer su autoridad y obligarles a hacerlo. Elena permaneció inmóvil, rígida e irresoluta durante largo tiempo después de que la puerta se cerrara. ¿Qué hacían los niños en el jardín a aquellas horas? ¿Y les había llamado para cenar! ¿Qué clase de vida les estaba dando?, se preguntó.

Llevaba días planeando lo que habría de hacer llegado el momento. Pero con la oscuridad, el terror, el cansancio y la sorpresa causada por su inesperado sueño, su valor parecía haberse esfumado. No obstante, allí seguía la curiosa ornamentación cuadrangular de la fachada que, de forma tan sencilla, podía conducirla a la ventana de Hughie..., o a cualquier otra. Poco a poco, la idea fue retomando su fuerza primitiva. ¡Si pudiese averiguar qué era lo que tanto atemorizaba a aquellos niños! ¿Y si Foxworth los sometía también a malos tratos? ¿Por qué los tenía despiertos casi hasta el amanecer? ¿Es que acaso los obligaba a dormir de día, como él? Como único medio de asegurarse de que Hughie estaba a salvo, Elena necesitaba conocer la relación que unía a aquellos niños con Foxworth, así como los motivos del terror que les inspiraba lo que quiera que fuese, y que, tal vez, pudiese amenazar también a Hughie. Así pues, recuperando su valor y su carácter, saltó la cancela y, deslizándose sobre su vientre como un soldado en plena campaña, logró llegar hasta la fachada. Una ventana, contigua a la del dormitorio de Hughie, se había iluminado. Aunque se sentía excesivamente emocionada, e incluso temblorosa, y a pesar de que su tobillo aún estaba resentido, el ascenso a través de aquella decoración era tan sencillo que no halló dificultad en trepar hasta ella. Con muchísima cautela, fue asomando poco a poco su mirada a través de la ventana iluminada. Enseguida distinguió tres pequeñas camitas en lo que, indudablemente, se trataba de un dormitorio infantil primorosamente decorado. La débil y amarillenta luz de dos lámparas de mesilla, aunque velada por los finísimos visillos entreabiertos suavemente agitados por la brisa, la permitió vislumbrar los tonos

pastel del papel que cubría las paredes, en las cuales se encastraban algunos estantes con libros y objetos infantiles. En un rincón, junto a la ventana, decenas de muñecos de peluche sobresalían de un enorme contenedor de juguetes. Dos de las camas, las dos cuyas lámparas estaban encendidas, se alineaban en la pared que quedaba a la izquierda de Elena, mientras que la cabecera de la tercera partía de debajo de la ventana, y, a su pie, un pequeño televisor descansaba sobre una cómoda lacada a juego con las camitas, cubiertas todas por blancas colchas de ganchillo, y con el armario del fondo de la habitación. Salía luz de una puerta que se abría junto a la cama más alejada de la ventana, y que probablemente daba el cuarto de baño. Uno de los niños yacía acostado en esta cama, y, con toda su apabullante anatomía inclinada sobre él, de espaldas a Elena, el señor Foxworth, sentado en la cama sobre su propia pierna, parecía susurrarle algo al oído, o quizá besarle. La joven apenas se atrevía a respirar mientras observaba la larga escena. El niño, cuyas escuálidas formas marcaba la fina colcha como un guante ajustado a ellas, estaba rígido como un cadáver. El hombre deslizó su mano izquierda por el cuerpecillo y la detuvo entre los rubios cabellos, mientras su diestra parecía aferrarse por el delgado bracito derecho. Entretanto, el otro pequeño, de cabello oscuro y piel macilenta, salió del baño y, llorando y temblando, se detuvo inmóvil junto a la cama, contemplando la escena con ojos desorbitados.

Un estremecimiento sacudió el cuerpecito del niño tumbado, y los labios de Foxworth ascendieron lentamente por su mejilla y su frente, cubriéndolas de besos. Se incorporó después y lo arropó, besándole por última vez antes de dirigirse a la otra criatura, que lo miraba aterrada.

–Vamos, ve a sentarte a tu cama –le indicó, moviendo sus labios enrojecidos.

Las palabras de Foxworth resonaron en la noche con tanta claridad que Elena se percató con alarma de la facilidad con que el menor movimiento podía delatarla. Contuvo el aliento, mientras se arrepentía de su intrepidez, y hubiera escapado sin dudar de no ser porque el menor ruido la habría descubierto.

Los sollozos del niño moreno se incrementaron, entremezclándose con quejas ininteligibles, pero, pese a ello, obedeció la orden recibida. El señor Foxworth entró en el baño y salió de él con una taza de desayuno y su plato, así como con unas tijeras, vendas y esparadrapo, todo colocado sobre una pequeña bandeja. Al cruzar frente a la cama del niño dormido, miró hacia él. No tenía un color más humano que el de una figura de cera. Dejó la bandeja sobre la cama del otro pequeño, que, tras haber retirado la colcha, aguardaba sentado sobre su cama, y regresó al cuarto de baño. Elena, perpleja y crecientemente aterrada, observó los hipidos que dominaban el frágil cuerpecito, que, por alguna razón, se subía ahora la manga de su brazo derecho. Pero el señor Foxworth no tardó en volver. Traía dos vasos altos en sus manos, llenos de un líquido que bien podría ser un zumo de frutas. Los dejó sobre una de las mesillas y volvió a sentarse sobre la cama del niño rubio, zarandeándole con suavidad e instándole a despertar con tranquilas palabras. El niño, desfallecido, parecía carecer de las fuerzas necesarias incluso para respirar. El señor Foxworth le levantó la cabeza con su mano y le forzó, despacio y con cuidado paternal, a tomarse el zumo. Cuando lo hubo logrado, de nuevo lo arropó y le besó en la frente. Dejó el vaso en la mesilla y se levantó.

Dio media vuelta y tomó la taza de desayuno de la bandeja sobre la cama. Dijo:

–Tu brazo.

Y el niño, gimiendo, extendió hacia él su brazo tembloroso.

El señor Foxworth, tras sentarse en la cama, lo cogió con su mano izquierda, mientras en la diestra sostenía la taza. Inclino su cabeza hacia el brazo, blanco y huesudo, y paseó sobre él, lenta y deleitosamente, su gélida lengua. Cerró los ojos. Unas notas de placer surgieron de su garganta. La taza cayó sobre la alfombra y la



mano libre se aferró a la carne desnuda. Sus labios iban y venían sobre el tierno antebrazo, pegados a él, restregando contra él incluso el interior de su boca. Se detuvo en la muñeca. Era tan minúscula que la aprisionó entre sus mandíbulas sin ningún esfuerzo. Durante una eternidad permaneció así, en éxtasis, con la tierna muñeca entre sus dientes, sintiendo la suave y cálida piel y el firme palpitar del corazón del niño bajo su lengua. El niño, angustiado, gemía con los ojos fuertemente apretados, esperando el momento del dolor.

El corazón de Elena se paralizó cuando éste llegó. Foxworth apretó violentamente sus colmillos contra la carne y las finas venas se rompieron. El niño gritó. Foxworth, aferrado al bracito con instinto salvaje, comprimía sus labios contra la fuente vital. Y la sangre manaba de ella incontenible, arrancándolo gemidos de placer. Horrorizada, Elena lo comprendió todo. Foxworth había estado bebiendo del primer niño lo mismo que ahora se alimentaba de éste segundo. Éste era su “segundo”; “el segundo de papá” que Hughie había mencionado. ¡Su segundo plato! Aterrada, habiendo obtenido la respuesta que de otra forma nunca hubiese creído, el impulso de huir, incluso lanzándose al vacío, dominó a Elena. Giró su cabeza y miró hacia abajo. Si saltaba, lo mínimo que podría ocurrir sería que él la oyera. Y aun en el mejor de los casos, no rompiéndose nada en la caída, con su maltrecho tobillo no podría escapar del jardín sin que él la reconociera, y, aunque lo consiguiera, él apenas tendría trabajo en capturarla, ya huyese por la carretera o atravesando la montaña. El sudor corría por su frente y sus húmedas manos comenzaban a resbalar. Volvió la mirada a la habitación. De improviso, el vampiro separó bruscamente sus labios de la muñeca del niño. Levantó la cabeza hacia el cielo con los ojos cerrados y las fauces abiertas, mostrando unos enormes colmillos nacarados.

–Aaaahhgg –gruñó de satisfacción.

La sangre se estaba desperdiciando. Bajó la mirada, recogió la taza y la puso presurosamente bajo la muñeca. El niño perdió el conocimiento y su tronco inerte cayó sobre la cama. El vampiro no se inmutó. Esperó a que la taza alcanzara el nivel deseado y luego la depositó sobre su plato. Después, tomó con rapidez las vendas y el esparadrapo y le envolvió con ellas la muñeca herida. Cogió luego la bandejita, en la que había vuelto a colocar la taza ahora llena y, con ella, salió de la habitación.

El corazón de Elena parecía ir a explotar. Se secó las palmas en los pantalones y comenzó a rezar mentalmente una oración. Pero, entonces, la luz del dormitorio de Hughie se encendió. “No, Dios mío –suplicó ella–. Por favor, no lo permita.” Dos metros la separaban de la nueva ventana iluminada. Tan sólo dos metros. ¿Se arriesgaría? ¿Sería lo bastante estúpida? ¿O aprovecharía para descender silenciosamente y huir de aquel infierno, con mayor sensatez? Sólo unos instantes, se dijo, sólo desde el borde de la ventana.

En unos segundos tuvo al alcance de su vista, nuevamente, el rostro del vampiro. Había dejado la bandeja encima de la mesilla de noche y zarandeaba suavemente a su hijo.

–Despierta, Hughie –le decía–. Tómate el desayuno antes de que se enfríe.

El pequeño rezongó, adormilado.

–Vamos –insistió su padre–. Está calentito.

Mientras el niño se incorporaba, el vampiro sacó de un cajón un paquete de bizcochos y una servilleta. Anudó ésta al cuello de su hijo y colocó la bandeja, con la taza y su plato, sobre sus piernas.

–Estos son blanditos –aseguró, sacando un bizcocho de la bolsa e introduciéndolo en la taza–. Verás qué ricos se ponen al mojarlos.

Con la taza debajo para que cayese en ella la sangre que chorreaba, llevó el bizcocho

a la boca de su hijo, y éste lo comió a pequeños bocados. Elena sintió un vahído.

–¿Está bueno? –preguntó tiernamente el vampiro.

El niño asintió, deleitado.

–Cómete otro. Mañana le pondremos cereales.

Ya desvelado, el pequeño devoró con fruición un segundo bizcocho.

–Bébetelo el resto. Qué pena, ya debe estar frío; pero es muy nutritivo. ¿Verdad, mi pequeño? –preguntó el vampiro, tomando entre dos de sus dedos la naricita del niño y zarandeándola cariñosamente.

El niño asintió, riéndose.

Cuando Hughie hubo apurado la taza, su padre le limpió la boca con la servilleta, puso la bandeja sobre la mesilla y, arropándole, le dijo:

–Duerme un rato más, mi vida. Ahora papá va a tomar el postre.

Y sus ojos se dirigieron a la ventana, al punto exacto desde el que Elena, paralizada de horror, le observaba, y se relamió.

Elena había sido descubierta. Aterrada, sin perder un instante y sin razones para preocuparse del ruido que pudiera hacer, descendió los dos pisos tan rápido como pudo, pero, cuando puso el pie en el suelo y se dio la vuelta, la imponente figura de Foxworth la estaba esperando.

–Vaya, preciosa, qué contratiempo –fingió lamentarse–. ¿Quién pasará ahora a Hughie?

Elena lanzó un grito aterrado e intentó escapar, pero fue imposible. El abrazo del vampiro la aprisionó de inmediato. Ella gritaba y pateaba con todas sus fuerzas mientras el vampiro la arrastraba sin esfuerzo hasta el interior de su hogar. Una vez dentro, cerró la puerta y la subió en volandas por las escaleras. En el rellano, la propinó dos bofetadas y la arrojó al suelo. Enojado, gruñó:

–Por tu impertinente curiosidad, voy a quedarme sin niñera para mi hijo. Pero, no hay mal que por bien no venga. Anoche consumí la última ración de mi postre, una débil niñita que apenas me duró una semana, pero, ahora, providencialmente, has llegado tú para sustituirla.

Y, lanzándose sobre ella, clavó los punzantes colmillos en su garganta.

Para el paladar del señor Fosworth, acostumbrado a disfrutar del suave y exquisito buqué emanado por criaturas más tiernas, y a su dulce, puro y descontaminado sabor, una joven de quince años no era un sustituto de calidad suficiente, y esto, sumado a las muchas complicaciones que su presencia podía traerle, le llevó a apurar aquella misma noche hasta la última gota que Elena podía ofrecerle, tras lo cual se deshizo de su reseco cuerpo, arrojándolo por el acantilado, mientras exclamaba:

–¡Ternos niños! ¿Dónde estáis? ¡Dejad que los niños se acerquen a mí!

FIN



## OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

### LA CONCUBINA DEL DIABLO

Poco antes de la hora de su ejecución una mujer narra, en una fascinante confesión a su sacerdote, la historia de su apasionado amor por un ángel caído. La novela arranca en la Francia de 1212, en medio de las luchas de los cátaros. La familia de la joven protagonista ha sido asesinada y ella y un amigo huyen hacia Marsella, donde tomarán un barco rumbo a Tierra Santa para participar en la histórica Cruzada de los Niños. Engañada y vendida como esclava, pronto será liberada por el ángel caído protagonista de la historia, un ser fascinante, bello, misterioso, que desea ansiosamente el reencuentro con el Dios que lo ha expulsado pero que es a veces también profundamente cruel. Esto es sólo el comienzo de una historia que se desarrolla a través de diversos escenarios geográficos y temporales ágilmente descritos, fundamentalmente la Francia de las Cruzadas, Egipto, el París medieval, la Florencia renacentista y la América precolombina.

[Leer el primer capítulo](#) (al final de este mismo libro)

[Amazon](#)

## LOS HIJOS DEL ÁNGEL

Alemania, 1940. En su afán purificador de la especie humana, el régimen nazi proyecta el nacimiento de una raza superior fruto de la unión de los líderes del Tercer Reich con las descendientes de los ángeles.

Sesenta años después, un ángel caído acoge bajo su cuidado a un niño de origen incierto, buscado por unos como mesías y por otros como la encarnación del mal.

[Leer el primer capítulo](#) (al final de este mismo libro)

[Amazon](#)

## **HERENCIA MALDITA**

Habiendo vivido una existencia difícil y abrumado por el terror a una nueva vida tras de su inminente fallecimiento, un multimillonario, firme creyente en el budismo y la reencarnación, empleará sus últimos días en planificar su próxima vida. Obsesionado con la idea de encontrar el modo de transmitir a su yo futuro sus bienes actuales, buscará la ayuda de un conocido, un prestigioso experto en doctrinas orientales, con la intención de que, a su muerte, sea el encargado de buscar a la criatura en quien se haya reencarnado, de procurarle un hogar perfecto y de conseguir que su fortuna vuelva a pasar a sus manos. El joven se mostrará reticente a aceptar la proposición, considerándola producto de una mente enferma. Sin embargo, años después, el destino hará que la propuesta haya de ser reconsiderada. Suspense, intriga y terror psicológico marcan esta novela de original argumento y sorprendente final.

[Leer el primer capítulo](#) (al final de este mismo libro)

[Amazon](#)

## **EL MAESTRO ENVENENADOR**

Una mañana de 1470 el joven Ghezzo Bardi entabla amistad en Florencia con un pintor callejero llamado Leonardo da Vinci. Con su ayuda Ghezzo podrá estudiar a su lado en el taller del reputado maestro Verrochio. Cuando el padre de Ghezzo muere de forma misteriosa, junto con todos los demás cocineros de la taberna en la que trabaja y a la que se había incorporado Leonardo como camarero, Ghezzo se adentra en el estudio de las sustancias venenosas en un intento de descartar sus temores de que su amigo Leonardo, ascendido a jefe de cocina tras la muerte de todos los cocineros, haya tenido alguna responsabilidad en el suceso. La hermosa Florencia, Venecia con su insólito Consejo de los Diez, y el Milán de Ludovico el Moro son algunos de los escenarios que el libro recorre.

Puedes adquirirlo o leer el primer capítulo en [Amazon](#)

## **SOBRE LA AUTORA**

Ángeles Goyanes, nació en Madrid, ciudad donde reside cuando no está viajando, su gran afición. Es diplomada en Turismo e historiadora, así como experta en nuevas tecnologías.

Además de diversos relatos y artículos de prensa y de investigación, ha publicado las novelas *La Concubina del Diablo*, *El Maestro Envenenador*, *Herencia Maldita*, *Los Hijos del Ángel* y *Misterio en el Nilo*, con gran reconocimiento de público y crítica. Su pasión por ahondar en las distintas culturas junto a sus conocimientos históricos marcan fuertemente sus obras.

<http://www.angelesgoyanes.com>



## La Concubina del Diablo

*“Cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la Tierra y tuvieron hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron de entre ellas por mujeres las que bien quisieron”*

*“. . . los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres y les engendraron hijos. Estos son los héroes famosos muy de antiguo”.*

*Génesis VI*

–I–

–Así que ha venido a salvar mi alma –susurró, desde su lecho, la impasible voz de la mujer, quien permaneció, pensativa, con sus fríos ojos azules clavados en el techo.

El padre DiCaprio recorrió, tímida e indecisamente, la distancia que mediaba entre la puerta de la celda y la litera donde la mujer yacía, pálida y lejana como una figura de cera. Dio un respingo cuando oyó el fuerte sonido de la puerta al cerrarse con violencia tras de sí y giró brevemente la cabeza, con la asustada expresión de un animal acorralado. La mujer no se inmutó. Su semblante acartonado parecía incapaz de expresar emociones.

–Seguro que usted desea la paz con Dios –acertó él a decir.

Una extraña risilla irónica escapó de la mujer.

–Ha dado en el clavo, padre –dijo, sin volver la vista hacia él.

Las manos del sacerdote caían laxas y se cruzaban sobre una pequeña Biblia. Sus oscuros cabellos y ojos resaltaban sobre una piel muy blanca y joven de marcadas y hermosas facciones contraídas en un constante gesto de alerta.

–¿Querrá entonces que la escuche en confesión? –preguntó.

La mujer dirigió con lentitud su acerada y vacía mirada hacia él.

–¿Por qué? –preguntó en un tono airado–. ¿Acaso no lo ve todo Dios? ¿Por qué habría de explicarle lo que no ignora?

Se incorporó despacio, sin dejar de mirarle un solo instante con sus incitantes ojos azules, y se situó cuan cerca pudo de él. Era alta, de modo que sus ojos se miraban frente a frente. Su voz era apenas un murmullo cuyo hálito él podía sentir sobre su rostro cuando le habló de nuevo.

–¿No será su morboso cerebro el que ansía regodearse en la horrenda visión de aquellos cuerpos infantiles acribillados a puñaladas? ¿Quiere que le describa detalladamente cómo lo hice? ¡Apuesto a que con eso le bastaría para darme la absolución!

El sacerdote se sintió recorrido por un escalofrío que le enfureció de súbito.

–¡Basta! –prorrumpió–. ¡Es usted...!

–¿Qué? –inquirió la mujer inclinándose aún más sobre el rostro de él y obligándole a retroceder–. Dígamelo, padre. ¿Qué soy? ¿Un demonio, tal vez?

El sacerdote miraba al suelo, evitando por todos los medios el contacto visual con la mujer, aferrándose a la Biblia que estrechaba ahora contra su pecho.

–No iba a decir eso –murmuró cohibido.

–¡Falso!– exclamó ella, y de un violento movimiento le precipitó sobre el camastro.

Por un momento se sintió aterrado ante la mirada colérica de aquella asesina con quien había pedido entrevistarse a solas. Quiso gritar. Sintió abrirse su boca y el rígido movimiento de la lengua en el interior. “Socorro”, decían sus labios, pero ni un sonido

ahogado escapó de ellos.

Ella permaneció de pie, observándole allí tumbado, con la expresión tan impávida y serena ahora como si nada la hubiese alterado. Luego, dando media vuelta, lentamente, se dirigió al ventanuco, desde el que podía verse el patio de la cárcel. El sol, impasible, penetraba a través de él a raudales, como cualquier otro día, como si no estuviese irrumpiendo en el habitáculo de un condenado a muerte. Un charco de su luz iluminaba la sencilla mesa circular y las dos sillas que, junto con la litera y un lavabo, constituían todo el mobiliario.

El padre DiCaprio se levantó vacilante, poniendo la mano sobre su acelerado corazón, y contempló la espigada silueta de la mujer y la rubia y ondulada melena que caía sobre su espalda, bellamente iluminada por el sol. Su mirada vagaba por el patio, absorta en sus pensamientos.

—¿Quiere saber cuándo fue la última vez que me confesé? —inquirió, contemplando las escasas y algodonosas nubes que ornamentaban el brillante y límpido cielo azul.

Precavido, el sacerdote había dado algunos silenciosos pasos y se encontraba ahora cerca de la puerta. La mujer continuó hablando en el momento en que él abría la boca para contestar.

—Tenía quince años —explicó en voz queda—. Acababa de cometer un terrible pecado: había besado a Geniez.

Dio media vuelta para enfrentar su mirada, plena de ironía, con la del sacerdote, y quedaron en silencio unos instantes, sin poder apartar la vista el uno del otro.

—Le extraña, ¿no es así? —prosiguió ella—. No es lo que usted llamaría un pecado. Pero entonces sí lo era. Un pecado que me hubiera conducido al infierno. Yo era joven, ingenua e ignorante. Era fácil llenar mi cabeza de falsas promesas y castigos eternos. Tenía que confesarlo. Lo necesitaba.

El padre DiCaprio la había escuchado atentamente, pero, extrañado y receloso ante sus palabras, había acortado aún más la distancia que le separaba de la puerta. Los ojos de ella le contemplaban ahora como un mar de terciopelo; suave, bello, pero frío y punzante terciopelo azul.

—¿Tiene el estómago fuerte, padre? —le preguntó—. Debería tenerlo si en verdad está dispuesto a oírme en confesión. Y me gustaría que lo hiciera. Me gustaría mucho que lo hiciera.

—Y yo deseo hacerlo —contestó el sacerdote, y avanzó unos pasos irreflexivamente hacia ella hasta que, de pronto, como apercibiéndose de su imprudencia, se detuvo.

—Nos llevará largo tiempo. Tendré que comenzar por el principio, casi por el inicio de mi vida, para que usted me comprenda y pueda así absolverme de todos mis pecados. —De nuevo se hizo en ella patente aquella malévola e irónica sonrisa—. ¿Cree que podrá, padre? ¿Seré acreedora del perdón de mis pecados?

El sacerdote pareció ponerse en guardia nuevamente.

—Lo será —contestó—, si realmente está arrepentida de haberlos cometido.

La mujer se deslizó por la habitación, acariciando con sus finos dedos la pequeña mesa circular. El sacerdote la seguía con la vista, aunque ahora no podía ver su rostro.

—¡Oh! ¡Si fuese tan sencillo como eso! —exclamó ella—. ¡Si mis crímenes pudiesen medirse por baremos humanos! He aquí la ironía, padre. Usted ha venido a salvarme de un pequeño crimen que no cometí, ignorante de las verdaderas atrocidades que me condenan irremisiblemente, las que no tienen posible perdón, aquellas que le harían abominar de mi compañía.

De pronto, se dio media vuelta encarando su rostro, ahora afligido, con el del sacerdote.

—Merezco la muerte —musitó—. Es cierto.

Él permanecía inmóvil, abrumado por sus contundentes palabras.

–¿Aún insiste en escuchar mis pecados? –le preguntó.

El padre asintió, pero parecía mareado, como si se encontrase inmerso en una atmósfera asfixiante.

–¿Me promete que, oiga lo que oiga, rezará por mí? No creo que tenga mucha importancia la oración de un mortal, pero, al menos, le daré a usted ese trabajo. Al fin y al cabo, muchos pagarían por oír lo que voy a contarle.

–Lo haré –aceptó él–. Se lo prometo.

–Entonces, por favor... –rogó ella, y extendió la mano con elegante gesto, instándole a tomar asiento en una de las dos sillas junto a la mesa.

Mientras él lo hacía, ella se dirigió de nuevo hacia la ventana. Fijó su mirada en un punto cualquiera y se sumió en sus pensamientos. Pronto se escuchó su voz, suave y confidencial.

–Mil doscientos doce fue el año en que todo empezó. Vivíamos en el Languedoc, Francia, en un lugar a medio camino entre Narbonne y Béziers.

–Perdone –la interrumpió el sacerdote con timidez, pero en voz suficientemente alta como para llamar su atención–. ¿Qué fecha ha dicho? –preguntó, cuando ella se volvió para mirarle, inquisitiva y molesta por la interrupción–. He creído entender mil doscientos doce –dijo, con una sonrisilla que se burlaba de su propia torpeza.

–Ésa es exactamente la que he dicho –respondió ella hoscamente–. Tómeme por loca o mentirosa si quiere, pero, por favor, no vuelva a interrumpirme. –Y clavó su mirada en la de él hasta que le vio asentir levemente. Luego, volviendo otra vez su rostro hacia la ventana, continuó su relato–. Aunque nadie nos hubiera llamado otra cosa que campesinos, mi padre había sabido aprovechar a nuestro favor la introducción de la moneda en el campo, a la que otros de nuestra misma condición, e incluso grandes señores, no habían conseguido adaptarse. Contábamos con la ayuda de Monsieur de Saint–Ange, un gran feudatario pariente lejano de Felipe II y amigo de la infancia de mi padre, a quien no sólo había facilitado la propiedad de las tierras que trabajaba, sino que, además, le había guiado con sus conocimientos y sagaz instinto para los negocios durante los últimos y cambiantes años. A instancias suyas, mi padre se había convertido en prestamista de los campesinos con menores recursos. Él les facilitaba las monedas, súbitamente imprescindibles para la compra de semillas, animales y aperos de labranza, y ellos le entregaban sus tierras como garantía de unos préstamos que nunca conseguirían devolver. Esto era, en realidad, una práctica muy frecuente.

»De este modo, en poco tiempo nos hicimos propietarios de un extenso lote de tierras, espoleados tanto por la incapacidad de los demás para adaptarse a los nuevos tiempos como por la bondad de Monsieur de Saint–Ange, quien, en numerosas ocasiones, nos prestó sin cargo las monedas necesarias para negociar.

»Ese año, Geniez, el hijo de Monsieur de Saint–Ange, acababa de terminar sus estudios en la escuela catedralicia de Reims. Tenía quince años, la misma edad que yo, y era mi gran amigo. Su padre pensaba enviarlo a Montpellier al curso siguiente. Decía que había mostrado inclinación a la ciencia desde que era un niño y que allí se concentraban las mejores escuelas de medicina del mundo occidental.

»Cuando regresó de Reims, casi no le reconocí. Su universo parecía limitarse al obsesivo fervor místico que le había sido inculcado durante sus estudios en la escuela catedralicia, y a su también enfermiza admiración por su hermano Paul, quien se había convertido en un famoso héroe de la cruzada contra Constantinopla.

»A menudo disertaba conmigo durante horas, haciendo alarde de aquella maravillosa dialéctica que había tenido la oportunidad de aprender y que ahora dominaba, convenciéndome de la necesidad de continuar la lucha contra la herejía antes de que

todos pereciésemos aplastados bajo su peso.

»Aunque existían diferentes movimientos reformistas en el seno de la Iglesia, era el catarismo, que había nacido en Albi, muy cerca de nosotros, la herejía por antonomasia, la que había arraigado fuertemente entre las clases populares del Languedoc gracias a sus promesas de igualitarismo y tolerancia respecto al cumplimiento de los preceptos.

»Se puede decir que, a pesar del poco entusiasmo que yo mostraba por la religión, había llegado a resultarme atractiva y misteriosa aquella visión que propugnaba de un mundo concebido como un eterno enfrentamiento entre dos principios igualmente poderosos, el bien y el mal. Geniez me lo recriminaba continuamente. Pero su padre, sin embargo, no sólo era tolerante con la innovación religiosa, sino que más de una vez convirtió el castillo de Saint-Ange en lugar de predicación de los prefectos del catarismo.

»Mi padre temía por él, pues hacía tiempo que Roma ya había tomado las armas, alarmada ante la expansión de la herejía. Un ejército internacional de cruzados había caído sobre el Languedoc, y, tras el incendio de Béziers la situación se había convertido en una auténtica guerra. Todos sabíamos que no tardarían en tomar Provenza.

»Pero Monsieur de Saint-Ange era obstinado. No porque, en realidad, le importase un comino el erigirse en valedor de la doctrina albigense, sino, más bien, porque no estaba dispuesto a consentir ningún atentado contra su propia libertad, contra su derecho a expresar sus ideales o a compartirlos con los campesinos, con quienes, a menudo, se le podía ver confrontando opiniones de igual a igual, tras haber escuchado al prefecto o a alguno de los profesores a quienes hacía venir desde París para explicarnos los nuevos avances científicos o las nuevas tendencias filosófico-culturales. Quizá pensaba que su parentesco con Felipe II le dotaba de cierta protección, de cierta inmunidad ante las hordas católicas. En cierto modo es posible que así fuera, puesto que hubieron de pasar tres años desde la toma de Béziers hasta la noche de la tragedia.

»La recuerdo perfectamente. Geniez me había rogado que le acompañara al sermón antiherético que se había instaurado la costumbre de celebrar semanalmente en el cementerio o en el atrio de la iglesia. Aunque en absoluto me interesaba y ya había asistido aquella mañana a la obligada misa diaria, acudí por el placer de estar en su compañía.

»Aquella noche el sermón tuvo lugar en el cementerio. Aún puedo ver los esfuerzos del enjuto predicador intentando volver al redil a las ovejas descarriadas mediante un discurso enardecido y terrorífico: el dragón cayendo sobre nosotros, el lago de azufre y fuego abriéndose para devorarnos, los diablos arrancándonos pedazos de carne con sus enormes tenazas... Y todo esto, ¡sólo por leer las Sagradas Escrituras en provenzal o por no venerar a los santos!

»Hacía frío cuando regresábamos al castillo, donde mi familia y yo habíamos sido invitados a cenar por Monsieur de Saint-Ange. Llegábamos tarde. Yo caminaba deprisa y en silencio, sobrecogida todavía por las horribles imágenes sugeridas en el sermón. Geniez, por el contrario, no paraba de hablar excitadamente, mostrando su admiración por el predicador y su deseo de subir él mismo al púlpito un día a arengar a los fieles.

»Tardamos más de veinte minutos desde que dejamos el cementerio hasta que las tenues luces del castillo se hicieron visibles. Se oían extraños ruidos y voces lejanas que parecían provenir de él. Los sonidos se hacían más audibles y las luces parecían titilar, sacudiéndose nerviosamente, según nos acercábamos. Geniez seguía ajeno al mundo, absorto en un insoportable discurso que en aquel momento me aturdí y disgustaba. Traté de hacerle ver mis temores, pero no me escuchó. Cuando estuvimos lo bastante cerca, los sonidos comenzaron a hacerse reconocibles. Objetos arrojados con violencia estrellándose contra el suelo o las paredes, hombres gritando presas de un paroxismo

colérico. Nos detuvimos en seco, tratando de vislumbrar algún movimiento en el interior del castillo.

»Los vigías no estaban en sus puestos, ni tampoco los centinelas. Un grupo de diez o doce caballos desconocidos esperaba a la puerta. Corrimos hacia el interior asustados, ciertos ya de que algo terrible estaba sucediendo, y sin detenernos a pensar en nuestra propia seguridad.

»Entramos justo a tiempo de ver a Monsieur de Saint–Ange siendo arrojado contra el suelo del comedor por un hombre de barba roja y descomunal barriga. Geniez lanzó un chillido y corrió en auxilio de su padre.

»–¡Padre! ¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué quieren? –gritó, ayudándole a levantarse.

»Había al menos cinco hombres en aquella estancia, todos ellos ataviados con las vestiduras, armas e insignias de los cruzados, pero se oían ruidos y voces provenientes del piso superior que indicaban la presencia de más. Sus espadas estaban desenvainadas, sus rostros rabiosos. Uno de ellos sujetaba a mi madre de espaldas contra su pecho, asiéndola por el cuello y por la cintura, mientras mi padre, sentado sobre una silla, la miraba desesperado y sintiendo la aguda punta de una espada hundiéndose en su garganta con cada oscilación de su pecho.

»Yo temblaba aterrada, aún al otro lado del umbral, contemplando las sangrantes figuras de dos de los criados del castillo yertas al pie de la escalera. Nadie se había dado cuenta de mi presencia. Quise esconderme tras una de las enormes columnas a sólo unos pasos de mí, pero mis músculos se negaban a obedecer. Seguí de pie, petrificada, escuchando los quejidos de angustia de mi madre y las protestas, pronto acalladas con un golpe en la nuca, de Geniez. Sentía mi corazón latir y latir y la sangre se agolpaba en mi cerebro anestesiado por el terror. Contuve un grito al percatarme de que otros hombres descendían por la escalera. Si me quedaba donde estaba me verían. Conseguí dispararme hasta la columna y me apoyé con todas mis fuerzas, deseando poder fundirme en ella y desaparecer así de aquel horrible tormento.

»Los hombres bajaban arrastrando unos grandes sacos que producían un ruido metálico al saltar sobre los escalones. El de la barba roja, el que había luchado con Monsieur de Saint–Ange, los esperaba, impaciente, en el comedor.

»–¿Qué habéis encontrado? –les preguntó, con una voz ronca y desagradable.

»–Sólo plata –respondió uno de ellos, dejando ver, rabiosamente, sus dos únicos y negros dientes–. Candelabros, roscas de frascos de perfume, peines, cepillos..., pero ni rastro de joyas.

»–Entiendo –dijo el barrigudo mesándose la barba.

»Eché un perezoso vistazo a la enorme mesa de roble que nos había sido preparada. Había restos de comida sobre tres de los platos. Sin duda, mis padres y Monsieur de Saint–Ange habían empezado a cenar sin nosotros. Tomó una copa de plata y, lentamente, vertió en ella el vino hasta que se derramó por los bordes. Luego, con toda parsimonia, se acomodó en una de las macizas sillas de roble y alcanzándose la fuente del cordero se sirvió un gigantesco pedazo, desgarrándolo con sus propias manos. Comenzó a masticarlo flemáticamente mientras se sabía el blanco de todas las miradas. Sus hombres se reían al oírle eructar cuan ruidosamente podía. Bebió, y el vino resbaló de sus labios, colándose por los entresijos de su barba roja, que parecía absorberlo como si fuese una esponja.

»No podría decir cuánto tiempo duró la angustia de aquel terror, de aquel atenazante silencio. Segundo a segundo se hacía mayor, como niebla caliginosa cuyo espesor aumenta conforme avanza la noche.

»–Excelente comida, chevalier –se burló, pasándose la manga por el escondido

espacio que ocupaban sus labios—, digna de un rey. —Y sus hombres prorrumpieron en carcajadas.

»Luego, tomó el enorme cuchillo de trinchar la carne y, mirando a mi madre, que seguía sujeta e inmovilizada, se levantó y se aproximó a ella, blandiéndolo en un juego malévolos. Mi madre se retorció aterrada, gritando, al tiempo que un hilillo de sangre empezaba a brotar de la garganta de mi padre.

»—¡Callad a ese maldito perro! —bramó súbitamente el jefe, y, al darse la vuelta, la grasa de cordero brilló sobre su barba alumbrada por la mortecina luz de las velas.

»Fue entonces cuando me di cuenta de que Deacon, mi perro, ladraba desde uno de los salones opuestos al comedor, a mi espalda.

»—Yo iré —dijo uno de los hombres, uno con aspecto de deficiente, mientras desenvainaba la espada.

»No tardé en oír cómo se incrementaban los ladridos de Deacon, y, luego, sus gemidos de dolor. Me lo imaginé atado, indefenso, luchando por liberarse y sufriendo por su impotencia para defender nuestras vidas y, en aquel momento, la suya propia. No lo dudé. Me deslicé sin respirar, sobre las puntas de los pies, los pocos metros que me separaban de la puerta. Nadie se dio cuenta.

»Cuando llegué a la estancia, vi a Deacon ladrando ferozmente, atado a una de las columnillas clásicas que decoraban la chimenea, con la espuma derramándose entre sus fauces, los ojos centelleantes y todo su cuerpo en tensión, tratando, vanamente, de lanzarse sobre el hombre, que, a prudente distancia de él, se desternillaba con una risa grotesca mientras le amenazaba con el atizador del fuego.

»—Se acabó el juego —dijo, y, tras arrojar el hierro, desenvainó su espada y la alzó en el aire por encima de su cabeza.

»Miré desesperada a todas partes buscando algo que pudiese servirme para atacarle, pero no lo encontré. Inconscientemente, me abalancé sobre él con las manos extendidas y le empujé con todas mis fuerzas. Perdió el equilibrio, tropezó con Deacon, y cayeron él y su espada. Se levantó, sobrecogido, al sentir el morro de mi perro entre sus piernas, y se apartó velozmente de él, asustado. Cuando se recuperó, me miró con sus ojos bovinos. Lejos estaba el pánico que antes me invadiera. La ira, el odio y la repugnancia habían tomado posesión de mí.

»—¡Vaya, vaya! —exclamó—. ¡Mira por donde voy a tener una fiestecita privada!

»Consiguió alcanzarme él antes que yo el amparo de Deacon que, deshecho en ladridos, custodiaba la espada. Me apretó contra sí, dejándome sin posibilidad de movimiento. Sentí su repulsiva baba enfriándose en mi cuello y mis mejillas, sus manos adiposas tratando, excitada y torpemente, de levantar mi larga falda, posándose luego sobre mis muslos. Atrapé su labio inferior entre mis dientes y mordí y mordí hasta que, tirando frenéticamente de mis cabellos, consiguió apartarme de sí, blasfemando.

»Volé entonces hasta Deacon y, tomando la espada, asesté un golpe contra la cuerda que le aprisionaba. ¡Y qué placer sentí entonces al ver sus agudos colmillos aferrados al cuello de su enemigo! ¡Y cómo me decía a mí misma con el corazón palpitante, “No lo sueltes, Deacon, no lo sueltes”, al ver al hombre luchando inútilmente, exhausto ya, por apartarle de sí, sintiendo como su cuello se desgarraba, aumentando su tormento, al intentarlo! Y entonces la ira que me arrebatava habló por mi boca rogando: “Mátalo, mátalo, mátalo”, y yo misma apretaba mis dientes, enfurecida, como si también los tuviese clavados en su garganta, por el enloquecido afán de animar a Deacon a acabar con él, a destrozarlo, a retorcer sus colmillos en aquella nauseabunda carne. Y qué orgullosa me sentía de él, que había sabido hallar el punto exacto de la yugular, que se había prendido a ella, ignorando el dolor que aquel hombre trataba de infligirle, hasta que, tendidos ya en el suelo, supo que aquel cuerpo inerme había perdido todo hálito de

vida y se apartó de él.

»Entonces vi la sangre manando de la herida del hombre y a Deacon con el lomo humedecido por la suya. El terror me invadió de nuevo. Quería huir, a toda costa, de aquella pesadilla. Deseaba desaparecer, que la tierra se abriera para tragarme antes que afrontar la muerte de mis seres queridos y, luego, mi deshonra y mi propia muerte. Presa del pánico, corrí hasta la trampa del pasadizo en el que tantas veces habíamos jugado Geniez y yo, y, levantando el tapiz que ocultaba la portezuela, la abrí y me agaché dispuesta a penetrar en el angosto agujero. Pero no lo hice. No me pregunte por qué. Creo que, en el fondo, siempre fui valerosa. Sí, estoy segura de ello. O quizá era sólo que las pasiones me arrebataban el juicio... Recogí la espada del suelo, ignoro con qué intención ni sé qué pensamientos pasaron por mi cabeza en aquellos momentos. ¿Qué podía hacer yo por ayudarles? Tal vez preferí morir junto a ellos antes que padecer la angustia de su muerte y la conciencia de mi cobardía.

»Sosteniendo el enorme peso de la espada con ambas manos, anduve, temblorosa y aún indecisa, hasta la puerta del comedor, rogando a Dios por nuestras vidas. Me oculté tras la columna sujetando a Deacon por la cuerda que había quedado alrededor de su cuello, instándole al silencio, y observé la cruenta escena.

»Mi padre y Monsieur de Saint-Ange estaban sentados y con las frentes apoyadas sobre la mesa. Detrás de cada uno de ellos, un hombre con la espada ya alzada amenazaba con decapitarles. No pude encontrar a mi madre. Geniez estaba de pie, cerca del cerdo de la barba roja. Los otros dos desconocidos habían desaparecido del comedor.

»—¡Canallas! —gritaba Geniez—. ¡Condenados asesinos! ¡Pagaréis por esto!

»Los hombres se mofaban de él y bebían de sus siempre colmadas copas de vino.

»—¡Usurpadores asesinos. —Continuaba gritando—. ¡Usurpáis el sagrado nombre de los cruzados! ¡Lleváis puestas sus ropas y portáis sus símbolos y su pendón, pero no su conciencia. ¡No sois más que vulgares ladrones, aves de rapiña escudadas tras el nombre de Cristo! ¡Él os hará pagar esta ofensa!

»—Acabemos con esa lengua —dijo uno de ellos, avanzando hacia Geniez.

»—Todavía no —dijo el jefe calmadamente, y el otro se detuvo y le miró, impaciente y molesto. Luego, se dirigió a Geniez—. Y bien, jovencito, ¿quieres ver morir a tu padre? Te lo preguntaré una vez más y sé que ahora no me defraudarás. Porque ahora sabes de lo que soy capaz, ¿verdad?

»Y, con su bota, dio la vuelta a un cuerpo en el que no había reparado, al estar medio oculto a mis ojos por la mesa, y pude ver que era el cadáver de mi madre, y yo misma me sentí morir. Pero el horror continuaba sin detención, sin dejarme siquiera un segundo de paz, un instante para pensar o llorar. Mi temblorosa mano flaqueó y Deacon escapó de mi lado entre roncós y desquiciados ladridos de cólera.

»Lo que vino después fue muy rápido. Deacon se abalanzó sobre el hombre que estaba a punto de asesinar a mi padre tan sorpresivamente que su espada cayó al suelo.

»—¡Detened a ese perro! ¡Detened a ese perro o mataré a este hombre! —gritó el que estaba tras Monsieur de Saint-Ange.

»Entonces, éste, valientemente, trató de darse la vuelta para enfrentarse a él, pero la espada cayó sobre su cuello cercenándolo de inmediato. Mientras, Geniez, que había estado esperando la oportunidad de tomar uno de los pesados candelabros de plata, aprovechó la confusión para golpear con él, una y otra vez, hasta que cayó al suelo, muerto, al asesino de Monsieur de Saint-Ange.

»Entretanto, mi padre había tomado la espada del suelo y luchaba contra el jefe. Pero mi padre, aunque fuerte y valeroso, no era un espadachín. Pronto perdió su espada y vio la cruel sonrisa del enemigo mientras hacía oscilar la suya como un péndulo

mortal que, alcanzándole en el cuello, segó su cabeza. Las llamas de la chimenea se avivaron y, crepitando, lanzaron diminutas chispitas azules y rojas como minúsculos fuegos de artificio, cuando cayó dentro de ella. Su cuerpo permaneció de pie, aún vivo aunque decapitado, durante algunos segundos. Sus brazos se elevaron como si, asombrados, quisieran cerciorarse de que la cabeza ya no estaba allí, mientras, sobre él, el león del escudo de los Saint–Ange, lloraba lágrimas de sangre. ¿Se encuentra usted bien, padre? –preguntó la mujer, viendo que el sacerdote se enjugaba la frente con un pañuelo.

–Sí, sí –murmuró él débilmente–. Es sólo que hace calor aquí, ¿no le parece?

–No mucho, en realidad –le contestó ella, con una tenue pero dulce sonrisa, y tomando asiento frente a él–. Pero no se preocupe. Ya queda poco. Pronto abandonaremos para siempre el castillo de Saint–Ange. Aguante sólo unos segundos más. Geniez gritaba desgarrado –siguió narrando–. No es preciso que le explique cuáles eran mis sentimientos en aquellos instantes. El pánico, la angustia, el dolor, la furia... Vi la abominable faz del hombre, sonriendo zumbona y amenazante a Geniez mientras comenzaba a perseguirle alrededor de la mesa, y a él, que, como toda defensa, esgrimía el ya sangriento candelabro.

»Por fin consiguió acorralarle en una esquina de la estancia, sosteniendo horizontalmente su espada contra el cuello de Geniez. Pero he aquí que aún quedaba una vela encendida en el candelabro y que su llama prendió en la barba roja del asesino. Sus ojos vieron el ardiente fulgor que ascendía hasta ellos, su olfato percibió el extraño efluvio de su pelo derritiéndose, y, soltando la espada, trató, enloquecidamente, de apagarlo con sus propias manos, que, abrasadas, iban y venían palmeteando sobre su barba, mientras todo él parecía poseído por una danza frenética. Mas, cuando se dio la vuelta separándose de Geniez, ciego de miedo, su vientre encontró la aguda punta de una espada sujeta por mis manos, que deslizaban su filo, firmemente, en sus entrañas.

»Cuando, en nuestra huida, me detuve un instante en el umbral para llamar a Deacon, que seguía prendido al cuello de su víctima, contemplé, mareada, el tétrico modo en que la convulsa y humeante antorcha en que se había convertido su cabeza, iluminaba los cuerpos de nuestros seres queridos. De pronto, sentí la mano de Geniez que, aferrada a mi brazo, tiraba de él obligándome a correr. Las ebrias voces de los hombres se alzaban desde la bodega. “El pasadizo”, susurré.

»Reptamos penosamente por él, a ciegas, durante más de una hora, sin descanso, siempre temerosos de que pudieran seguirnos a pesar de haber cerrado la trampilla tras nosotros.

»Cuando alcanzamos el final del túnel, bendijimos la fría claridad nocturna. Corrimos, mudos y entre lágrimas sin fin, hasta llegar a la cumbre de uno de los montes que rodeaban nuestro valle y, desde allí, miramos hacia Saint–Ange.

»Apenas había estrellas en aquella fría noche de luna llena, pero en la faz del cielo un brillo púrpura resplandecía como si el firmamento hubiese encendido un fuego, abajo, en la Tierra, para calentarse. Todo Saint–Ange ardía en llamas. La poderosa solidez del castillo, las frágiles casitas de madera, los viñedos que trepaban por las colinas, las tierras de labor... Todo. No sé si fue obra expresa de aquellos malnacidos o si, simplemente, el fuego que había comenzado en el castillo se había extendido. No lo sé.

»Caímos exhaustos, embriagados de dolor y agotamiento. Dos huérfanos angustiados observando, bajo la luna, cómo cuanto amábamos se convertía en cenizas. Recuerdo haber pensado en las penas del infierno con que el predicador nos había amenazado y que, en ningún modo, me parecían peores que las terrenas. Recuerdo los amados aromas desprendiéndose, como cualquier noche, de las jaras, retamas y



tomillos, envolviéndonos con su invisible manto. Hasta que, ya incapaz de resistir más, toda consciencia me abandonó.

»La tierna caricia de Geniez sobre mi mejilla me despertó con las suaves luces del alba. Debíamos abandonar el Languedoc, me decía, llegar hasta Montpellier, donde vivían sus tíos. Yo le escuchaba vagamente, sumida todavía en un sueño que hubiera deseado eterno. Y, a pesar de todo, debía dar gracias a Dios. Gracias por no haberme dejado absolutamente sola en el mundo. Por haber conservado a Geniez y a Deacon a mi lado.

»Emprendimos el camino hacia Montpellier en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos. Llorando. Repasando las escenas vividas aquella noche, que cada vez pasaban por mi cerebro de forma más escueta, concentrada y fugaz, como si éste hubiera conseguido pensarlas hasta el límite, para que ocuparan el mínimo espacio, pero sin omitir ningún detalle ni una sola pizca de dolor. Pensé que nada conseguiría acabar jamás con aquella agonía.

»Tras caminar cinco o seis horas, mi cuerpo comenzó a sentir sus inextinguibles e inoportunas necesidades. Tenía hambre y sed, y estaba agotada física y anímicamente. El sol refulgía, inmutable y esplendoroso, en lo más alto del cielo, provocando un calor abrasador desconocido para nosotros. Quizá usted también conozca las delicias del benigno clima Mediterráneo. Incluso un poco adentrados en el interior, como nosotros estábamos, el verano solía ser, aunque seco, suave y apacible, sin las bruscas oscilaciones propias de París, por ejemplo. Pero aquel año el calor parecía solidificarse a nuestro alrededor. Respirábamos una pesada mezcla de fuego gaseoso y polvo del camino que incrementaba insufriblemente nuestra fatiga. Las venas se inflamaban, nuestros ojos, ya de por sí hinchados por el llanto, ardían enrojecidos incapaces de soportar la intensidad de la luz.

»Conseguimos llegar a un pequeño pueblecito llamado La Flèche cuyas gentes se apiadaron de nosotros y nos dieron alimentos y cobijo. Fueron ellos quienes nos hablaron de Etiénne de Cloyes y la cruzada infantil que había emprendido.

»Los ojos de Geniez brillaban exultantes, ansiosos de saber, mientras escuchaba la historia del nuevo Moisés, pero mi corazón aceleraba su ritmo, angustiado, lo supe después, por un presentimiento fatal.

La mujer se interrumpió mientras observaba la atenta expresión del padre DiCaprio.

–Estoy segura de que usted conoce bien los hechos de esta cruzada, padre –afirmó.

–Sí, desde luego. He leído sobre ella –contestó él.

–Entonces conocerá el final de la historia. Sabrá porque no eran infundados mis, aparentemente irracionales, temores.

–Sí, lo sé. Recuerdo lo que ocurrió. Fue... dramático, espeluznante.

–Eso es. Un drama que la historia reduce a dos líneas sin importancia en un libro de texto. No obstante, no puedo pegar un salto. Debo ir paso a paso en mi relato incluso aunque usted pueda predecir su final. De un lado, por el plácido gozo que me causa el desprenderme de mis recuerdos, el convertirlos en palabras que jamás había compartido con otro ser humano; y, de otro..., bueno, no se lo diré, o acabará por saberlo todo antes de tiempo, y entonces mi historia carecería de interés y emoción y usted dejaría de mirarme con esa expresión estupefacta con que lo ha hecho hasta ahora.

La mujer le dirigió una leve sonrisa. Sus sonrisas tenían un deje mágicamente ambiguo. Cierta velo de melancólica ironía mezclado con un halo de superioridad.

El padre DiCaprio la miró azorado y esbozando, a su vez, un amorfo conato de sonrisa.

–La vida y milagros de Etiénne de Cloyes se fue desgranando de entre los labios de los labradores –prosiguió ella, sentada relajadamente frente al sacerdote–. Había nacido en Cloyes, Orleans. Era un humilde pastor de no más de doce años. Cristo, decía, se le había aparecido en el monte mientras cuidaba de sus ovejas y le había dado sus divinas instrucciones. “Hijo mío –le habría dicho–, tú has sido elegido para la más grande empresa que hayan visto los pueblos pasados y podrán ver los venideros. Esto es lo que te ordeno: Ve a París y allí solicita audiencia con el rey Felipe Augusto, a quien entregarás la carta que he de darte. Si él no te escuchara, habrás de predicar mi palabra por cada pueblo de Francia hasta que hayas conseguido reunir un ejército de niños. Os dirigiréis luego hasta la ciudad de Marsella, sin más armas o bienes que el verbo con el que te instruyo. Y yo te digo que, al igual que las aguas del mar Rojo se abrieron para permitir el paso del pueblo elegido, así se separarán las aguas del mar Mediterráneo para permitir el vuestro; que llegaréis a Tierra Santa, donde el milagro habrá tornado a los lobos en corderos y rendirán a vuestros pies mi Santo Sepulcro. De este modo logrará la inocencia de mis bienamados niños lo que las armas de los guerreros no han conseguido”.

»Vi la envidia asomar a los ojos de Geniez al escuchar las palabras de encomio, las interminables alabanzas que los campesinos dedicaban a Etiénne de Cloyes. Cuando acabaron de hablar supe que Geniez ya no estaba allí. Que estaba en Jerusalén recuperando, enfebrecido, el Santo Sepulcro. Geniez, el héroe de las cruzadas, el émulo de su hermano Paul. No veía la hora de partir hacia Marsella.

»El iluminado había obedecido las órdenes de Cristo. Recorrió toda Francia predicando su mensaje, de tal forma que la popularidad y leyenda que rápidamente le rodearon le facilitaron una entrevista con el rey Felipe Augusto cuando llegó a la corte de París, dispuesto a entregarle la carta que le había sido encomendada. Pero, ni sus palabras ni el mensaje divino consiguieron convencer al rey. Etiénne abandonó la corte y, sin ningún desconsuelo, continuó su predicación, como Cristo le había indicado, estableciendo una cita en Vendôme para el veinticinco de Junio. Eso había sido cinco días atrás, y, según las últimas noticias, había conseguido reunir nada menos que a treinta mil niños. Desde allí se dirigirían todos juntos a Marsella, donde tendría lugar el milagro, pasando por Tours y Lyon.

»Eso, me dijo Geniez aquella noche con los ojos encendidos como por la lujuria, nos daba un margen de tiempo suficiente. Nuestra parada en La Flèche había sido providencial. ¿Es que yo no lo veía? Llegaríamos el mismo día que ellos, tal vez un poco antes, si partíamos enseguida. Me opuse con todas mis fuerzas. Que no iría jamás, que le abandonaría e ingresaría en un convento, le dije, sin la menor intención de cumplir aquella amenaza contra mi propia persona.

»–¿Qué perdemos? –insistió, inclinándose ansioso y voraz sobre mí, de forma que me pareció tan detestable como una caricatura burlesca de sí mismo presentándole arrebatado por su loco frenesí religioso–. Si las aguas se abren será un milagro y no correremos ningún riesgo. Si no se abren daremos media vuelta hacia Montpellier y no habrá pasado nada irreparable. De cualquier forma, será bonito ver la cantidad de chicos y chicas que acudirán a Marsella. Merecerá la pena sólo por ver el ambiente, sin duda será una fiesta. ¿No lo ves? ¡Será un acontecimiento histórico!

»No es que él me convenciese a mí. Es que a mí me fue imposible convencerle a él. Tanto si las aguas se separaban como si no, me parecía abominable la idea de sumergirme entre los cuerpos histéricos de treinta mil fanáticos religiosos con quienes nada tenía en común, salvo, quizá, un inconsciente deseo de encontrar la muerte. Deseaba morir, sí. Y cuanto más tiempo transcurría, el ansia se hacía mayor, más nítida y tangible. Pensé que me había equivocado al pensar que no estaba sola: desde luego

que lo estaba. Si hubiera tenido un solo familiar en el mundo, alguien a quien recurrir en busca de consuelo... ¿A qué venía esa locura de querer abandonar Francia? Al menos no estábamos en la miseria. Yo sabía que el abogado de mi padre y de Monsieur de Saint-Ange vivía en Montpellier. Habíamos perdido el castillo y mi casa, pero no las tierras. Las tierras siempre tendrían un valor, aunque las cosechas se hubiesen malogrado. Estaba segura de que, económicamente, no debería depender de nadie, no pasaría penalidades en ese aspecto. El pariente de Geniez en Montpellier, una buena persona a quien yo conocía, había sido nombrado mi tutor en caso de fallecimiento de mi familia. ¿Por qué caminar diez días más bajo aquel sol torturante? Yo no quería ir a ninguna parte. De hecho, ni siquiera a Montpellier. Sólo deseaba caer en una fosa y morir. Y, cuantos más problemas me planteaba, cuanto más tiempo transcurría y más clara se hacía mi conciencia de lo que había sucedido, más lo deseaba.

»Pero, dos días después, cogí el gran hatillo que nos habían preparado, con alimentos suficientes para al menos una semana, me abracé llorando a nuestros amables anfitriones y me despedí de ellos para siempre. Mi agonía era tal que actuaba como si no estuviese viva. Simplemente me dejaba llevar como un ser en trance, me dejaba arrastrar por Geniez.

»No podría describirle de forma completa las angustias de aquel viaje. Un verano señalado por el Cielo para la tragedia. Tal vez fuera una artimaña de Dios para disuadir a los jóvenes franceses de su loca hazaña, y así evitar su fatal destino. Nadie había conocido un calor como aquel. Sólo cuando alcanzamos la costa se hizo más soportable. O menos cruel. Dormíamos al raso, cuando ya no podíamos más y caíamos desfallecidos. Cuando teníamos más suerte y lográbamos llegar a algún pueblo o aldea, solicitábamos cobijo a cualquiera de los vecinos.

»Geniez no cesaba de perturbar mis pensamientos con sus oscuras peroratas. Le encontraba estúpido, fastidioso. Me hubiera complacido desligarme de él. Pero, ¿a dónde iba a ir una joven de quince años sin una moneda en el bolsillo? No me veía mendigando yo sola hasta llegar a Montpellier. Por tanto, me limitaba a caminar a su lado, respondiendo algo de vez en cuando, sin saber siquiera de lo que hablaba.

»Caminamos tanto que al noveno día llegamos a Marsella. Habíamos recorrido más de trescientos kilómetros. Apenas me tenía en pie. Mi piel estaba abrasada, mi estómago demasiado vacío, mi cuerpo agotado, mi mente ausente.

»Pero Geniez tenía razón. Marsella era una ciudad engalanada que esperaba impaciente la llegada de los jóvenes cruzados. Me pareció una ciudad muy agradable, muy viva, y capaz de despertar mis adormecidos sentidos. Dos grandes vías la dividían en cuatro secciones surcadas por anchas calles y avenidas que se dedicaban cada una de ellas por completo a una sola rama específica del comercio. Mercaderes y artesanos se extendían a lo largo de ellas ofreciendo a voces sus mercancías. Paños, algodones recién teñidos, sedas y telas delicadas en una avenida; muebles tallados sobre maderas preciosas en otra; vinos exquisitos de cualquier parte del mundo en otra de ellas: joyas maravillosas, sal y ricas especias, perfumes elaborados con el preciado ámbar gris, objetos de adorno orientales, en las demás. Todo parecía grande y espacioso, como si estuviera pensado para recibir usualmente gran afluencia de gente. Era lógico, Marsella era un puerto de extraordinaria importancia comercial. El barullo de la gente me hizo sentir mejor, menos a solas conmigo misma.

»Etiénne de Cloyes no había llegado todavía. Pero sí había muchos jóvenes que, al igual que nosotros, habían acudido a esperarle directamente a Marsella. Se les veía tan agotados como a nosotros, tumbados en cualquier rincón de la calle dormitando, a veces en grupos numerosos. Geniez no tardó en acercarse a uno de ellos, formado por cinco o seis muchachos, muy jóvenes y desastrados, que charlaban animadamente sentados en

el muelle. Era muy sociable. Yo no, en absoluto, y no tenía ninguna gana de entablar conversación con ninguna de aquellas pandillas de locos. No tenía nada que decirles.

»Me quedé a prudente distancia, simulando interesarme por las baratijas de un puesto callejero, para evitar que me importunasen.

»La brisa marina resultaba un alivio delicioso. Paseé por el puerto, sin rumbo fijo, observando la azul inmensidad que se rompía en blancas espumas al chocar suavemente contra el malecón. Varios puestecillos vendían chucherías adecuadas para los niños, y también algunas baratijas y alimentos sencillos. Me moría de hambre. No comía nada desde el día anterior, pero no tenía una sola moneda. Pasé por delante de los puestos con la mirada vidriosa y anhelante y las piernas temblorosas.

»El puerto estaba lleno de gente. Una multitud de curiosos de todas las edades en espera del gran acontecimiento. Su llegada se esperaba para el día siguiente, oí decir a uno. Todo acabaría al día siguiente, pensé yo. Desde lejos escuché la voz de Geniez que me llamaba a gritos. No hice el menor caso y seguí caminando, absorta y mareada, sintiendo cómo mi cuerpo se abría paso entre la muchedumbre que avanzaba en sentido contrario, golpeándome en su brusca marcha, como si tuviera la urgencia de llegar a alguna parte. Pero, al propio tiempo, sentía como si ellos mismos me empujaran a algún lugar opuesto a su destino. Sólo tenía que dejarme llevar para no seguir su camino. Deacon caminaba pegado a mí, atemorizado por el gentío. Me desvié hacia el menos concurrido malecón para evitar que pudieran hacerle daño. Allí me senté, embaída, a disfrutar del silencio y la soledad, a meditar.

»Desde que era una niña, siempre había tenido el doloroso conocimiento de la soledad en que mis diferencias me recluían. Siempre fui demasiado inteligente, demasiado pensativa, y, ahora, además, demasiado bella. Nada de eso me granjeaba unas amistades que, por otra parte, tampoco buscaba. La gente me parecía falsa y ruin, mediocre e ignorante, zafia y egoísta. No entendía las guerras, la incapacidad para la convivencia, la imposición de los principios, el sometimiento de los unos a los otros, la obediencia ciega, la esclavitud, la pobreza, las envidias, los odios, los crímenes... Nunca tuve un afecto excesivo por mi propia especie, excluyendo a mi más íntima familia y a los Saint-Ange. Ahora mi soledad era algo más que moral. Geniez era el único ser humano que aún me quedaba, y necesitaba aferrarme a él para soportar la existencia.

»El vacío de mi estómago me provocaba unas sensaciones internas que nunca antes había experimentado: ruidos, ardores, malestar, flojera... Estaba mareada, casi ida, como víctima de una embriaguez que me hubiese privado de las emociones. Nada tenía importancia; ni el hoy, ni el mañana. Ni siquiera el hambre que padecía me urgía a actuar o a pensar. El malecón me pareció un bonito lugar para sepultarse y morir. Pero morir no es tan fácil, por más pura y constante que sea el ansia. Y yo no iba a morir. Lo sabía, y esa certidumbre me llenaba de angustia.

»Súbitamente, reparé en que Deacon no estaba a mi lado, que hacía bastante rato, de hecho, que no le veía. En mí estado de nervios me sentí aterrada. Me levanté precipitadamente y miré por todas partes llamándole a voces. Enseguida vi que corría hacia mí agitando su largo rabo. Suspiré aliviada y sentí las lágrimas nublando mi vista. Cuando llegó a mi lado me abracé a él. Parecía muy feliz. Entonces, levanté la vista hacia el extremo del malecón, el lugar del que Deacon venía.

»Fue entonces cuando le vi por primera vez.

»Me quedé paralizada, muda de asombro y fascinación. Su imagen invadió mi mente expulsando todo otro pensamiento. El mundo entero había desaparecido. No había miserias, orfandad, dolor. No estaba sola. Ya no.

»Tenía su mirada fija en mí. Desde la lejanía, vi sus hermosos cabellos oscuros, largos hasta un poco por debajo del hombro, agitándose levemente movidos por la

suave y húmeda brisa; sus facciones, masculinas y delicadas. Era alto, muy alto en comparación con los hombres de la época, y vestía ropas de caballero, pero sencillas: una camisa blanca de tela fina, cubierta por un amplio y largo fustán que caía por encima de los calzones con perfiladuras de seda verde que cubrían sus rodillas y de las mallas de hilo gris que se ajustaban a sus perfectas pantorrillas. Pero no fue su apostura la que instantáneamente me cautivó tras el súbito impacto de su visión. Fue algo diferente. Algo profundo, abstracto, metafísico. Una lectura espiritual que, de alguna forma, comprendí de inmediato.

»Ambos permanecíamos inmóviles, uno frente al otro. Podía ver claramente su extraña expresión. Adusta, circunspecta, pero, a la vez, hondamente dolorida. Como si sufriera un continuo enfado consigo mismo del que no pudiera escapar. Sentí una profunda tristeza. Ansié acercarme a él, decirle que le conocía, que le amaba, que le necesitaba. Pero aquellos fueron mis últimos pensamientos antes de, rendida de hambre y agotamiento, caer desmayada bajo el sol ardiente del Mediterráneo.

FIN DE LA MUESTRA DE “LA CONCUBINA DEL DIABLO”

¿Te gustaría leer un poco más de este libro, leer comentario de otros lectores o adquirirlo? Mira en [Amazon](#)

# LOS HIJOS DEL ÁNGEL

## Capítulo 1

### ...Y yo, yo tomé de los dos el menos trillado

—¡En este colegio tenemos unas normas, señor Suarez! —bramó el profesor.

Espatarrado en su pupitre de la última fila del aula, el señor Suarez paseó una mirada de asqueado hartazgo entre los alumnos, que fue finalmente a fijarse, desafiante, en el rostro adusto del profesor.

—¿Quiere hacer el favor de sentarse como es debido, o he de enviarle de nuevo al despacho del director?

El señor Suarez, a quien su madre y algunas chicas llamaban Rick, se mordió los labios en un gesto de resignación y se incorporó en su silla.

El alto y robusto profesor permaneció erguido frente a él, contemplando con notorio disgusto la franja morada que, desde la frente a la nuca, atravesaba el cabello rubio oscuro del chico. Rick le devolvió una mirada adornada por una sonrisa insolente.

—No sólo es usted un alumno mediocre, sino también sucio y maleducado. A menos que se corrija desde ahora, le auguro un pésimo futuro. Y si vuelve a presentarse en mi clase con aspecto de payaso le expulsaré de inmediato. Queda advertido.

La rígida faz de ojos oscuros apenas se alteraba ya ante ninguna provocación. El insólito bigote, cuyos largos extremos se curvaban hacia arriba, estaba encanecido, al igual que el escaso cabello, y en ello estaba convencido de que no tenían poco que ver estúpidos jovencuelos como aquél, cuya misión en la vida no parecía ser otra que hacer perder el tiempo a los demás, entorpeciendo el ritmo académico. Otros profesores se achantaban ante ellos y perecían víctimas de un sistema que prima los derechos de los gamberros sobre los de quienes dedican su vida a la educación, pero él no, y los chicos como ése lo sabrían. Dio la vuelta y cruzó el aula hasta el estrado, seguido por la mirada amarga, dolida y levemente iracunda del aludido.

Los compañeros, que habían encontrado en la escena unos momentos de relax y escape ante la amenaza de ser llamados a la pizarra, fueron volviéndose perezosamente y Rick dejó de sentir el peso de todas las miradas sobre él.

—No le hagas caso —susurró Ruth, la muchacha que se sentaba a su lado—. Es un imbécil. La tiene tomada contigo.

Él se encogió de hombros.

—Que le den —musitó.

La joven inclinó la cabeza sobre los apuntes y se acarició el cabello. Buscaba las palabras.

Él la miró de reojo por un instante. Era maja. Hasta la encontraba mona, aunque como muchas otras. Nada especial.

En la clase reinaba un silencio absoluto. En lo alto de la tarima, de pie junto a una inacabable ecuación que había escrito en la pizarra, la vista aguda del profesor sobrevolaba el aula en busca de una víctima. Las cabezas de todos se agachaban como avestruces, fingiéndose inmersas en los libros, conteniendo la respiración a fin de no hacerse notar, mientras rezaban por no ser los escogidos.

Ruth también se hallaba nerviosa, pero no era debido a la ecuación. Rick le gustaba

y, consciente de que él no estaba lo bastante interesado como para dar el primer paso, planeaba la forma de proponerle una cita.

El desdichado fue finalmente elegido y las cabezas se elevaron, los músculos se relajaron y los pulmones se llenaron de nuevo.

—¿Vienes luego a los billares? —Ruth lo soltó lo más rápido y desenfadadamente que pudo—. Vamos todos.

Él la contempló con algo de sorpresa. “Todos” no era nadie que a él pudiese interesarle.

—No me gusta jugar al billar —le respondió.

—Ah —murmuró ella, dirigiendo la mirada hacia sus apuntes. Llevó la mano a su nuca y, con un gesto rápido, impulsó hacia delante su larga trenza dorada.

—¿Y al cine? —volvió a preguntar, mientras calmaba los nervios jugueteando con ella.

Él hizo un mohín que implicaba que la desaprobación no era absoluta.

—¿Quiénes vais? —preguntó.

—No... —musitó ella ruborizándose—. Me refiero a... tú y yo...

Rick la miró y la encontró nerviosa, casi asustada. Sonrió sin poder evitarlo. No es que la considerase tan inadmisibile como a las demás. Era inteligente, buena amiga, audaz y resuelta, pero sin ese dinamismo hiperactivo de las tontas, y probablemente capaz de pasar unas horas a solas con otra persona sin caer en embarazosos momentos de aburrimiento.

—Pues... —empezó a contestar.

—¡Señor Suarez! —el rugido del profesor hizo saltar en sus asientos a varios alumnos y, desde luego, a Rick—. ¿Considera que no ha tenido suficiente protagonismo por hoy, que no ha robado suficiente tiempo a los alumnos de esta clase que aún tiene que continuar privando del derecho a la educación a su compañera de pupitre?

Ruth, de inmediato, inició la defensa de su compañero.

—Ha sido culpa mía, señor Tejerina. Últimamente no veo bien de lejos y no entendía lo que ha escrito usted en la pizarra.

El profesor observó atentamente a Ruth con indisimulado recelo y una respuesta insultante lamiéndole los labios. Indudablemente los atractivos del chico la estaban induciendo a mentir, pero no había forma de asegurarse, y Ruth era una de sus más brillantes alumnas.

—Una sola palabra más y los expulsaré a ambos —se contentó con amenazar.

En aquel momento, unos golpes en la puerta dieron paso a un joven de un curso superior.

—Buenas tardes, señor Tejerina. El director quiere ver a Ricardo Suarez en su despacho

—¿Ahora?

—Sí, señor.

El profesor se volvió a Rick traspasándole con una mirada sardónica.

—¿Qué ha hecho esta vez, Suarez? —le preguntó sin disimular su satisfacción ante la nueva humillación que afrontaba su alumno—. Ya lo ha oído. Al despacho del director, de inmediato.

Rick permaneció inmóvil un instante, sorprendido, por primera vez en su ajetreada trayectoria académica, de verse llamado a presencia del director. No había hecho nada que lo justificase, ni siquiera a ojos de aquellos dictadores. Abandonó su pupitre y recorrió el estrecho pasillo, nuevamente observado por todos.

El profesor le dirigió una última mirada, descaradamente burlona.

—¡No tenga prisa! —le dijo, mientras la puerta se cerraba tras él.

Ruth, que había visto brutalmente interrumpido su escaqueo amoroso justo en el

momento en que Rick la estaba contestando, lanzó un descorazonado suspiro. ¡Con el esfuerzo que le había costado y lo cerca que había estado! No podía volver a pedirselo. Si él no retomaba la conversación, sería, obviamente, porque no estaba interesado en la oferta.

En su pupitre, Rick había dejado abierto el libro de matemáticas y un cuaderno sobre el que había garabateado un montón de signos geométricos en torno al problema de la pizarra. Ruth los apartó sigilosamente hasta dejar visible el texto que su amigo había grabado sobre la madera con el punzón de trabajar estaño. Le gustaba leerlo, pues delataba la auténtica forma de ser de Rick y lo mucho que tenían en común. Se basaba en un poema de Frost, y decía: *“Dos caminos se bifurcaron en un bosque amarillo, y yo, yo tomé de los dos el menos trillado.”*

Rick recorrió el largo trayecto hasta la otra ala del edificio, hastiado de su vida de colegial. Nada de lo que el director fuese a decirle le inquietaba lo más mínimo. Al fin y al cabo, ¿de qué podía quejarse esta vez? ¿De su pelo? ¿De su disidencia en la clase de religión? ¿De sus ausencias y su falta de atención? ¿De su desinterés por las actividades en grupo? Nada nuevo.

Llamó a la puerta, sorprendido por la voz femenina que surgía del interior. Por lo visto, el director no estaba solo. Al abrir apareció el familiar despacho ante él, pequeño, austero. Todo él líneas rectas y colores neutros que a Rick le producían una impresión fría y desagradable. Miró al director inquisitivamente desde el umbral.

–Adelante, Suarez.

La mujer era joven e iba bien arreglada. Vestía un traje de chaqueta de color rosa y se adornaba con una profusión de oro. A Rick le saltó a la vista un exceso de maquillaje que incluso podía olerse. No le gustaban tales máscaras. Ella se puso en pie, mirándole sonriente y complacida, y le ofreció su mano.

–Hola, Rick. Soy la doctora Suances. Amelia Suances –se presentó. Tenía una voz suave y amable.

–Suarez, tome asiento, por favor. La doctora Suances ha venido expresamente a verle a usted. ¿Adivina porqué?

El director le contempló serenamente, sentado al otro lado de la mesa. Era de baja estatura, regordete, de carácter generalmente templado.

–No tengo ni idea –le contestó Rick con un mohín irónico. ¿Sería posible que le hubiesen mandado una psicóloga de ésas que se ocupan de los chicos “especiales”, de los casos perdidos?

–¿Recuerda los tests de inteligencia que les realizaron hace un par de meses? Yo sí. Eran optativos, fuera del horario escolar, y usted dio la nota, como acostumbra, negándose a hacerlos. Pero, por suerte para usted, los autocares se retrasaron a causa de la nevada y finalmente accedió a realizar el test para matar el tiempo.

–Lo recuerdo. No como usted lo ha explicado, pero lo recuerdo.

–Muy bien, pues parece que sus resultados fueron dignos de un genio, Suarez, completamente fuera de lo normal.

Rick le escrutó atentamente y después a la mujer, que continuaba observándole sin dejar de sonreír.

–No puede estar hablando en serio –dijo el joven, dirigiéndose a la doctora–. Sólo eran unos pasatiempos sencillos.

–¿De verdad te lo pareció así? –preguntó ella maravillada–. Obtuviste sesenta puntos más que el compañero que quedó en segundo lugar, y aun así su puntuación ya fue espectacular, Rick.

Él la contempló durante unos momentos y luego lanzó una breve risotada irónica.

–Supongo que ya estará al tanto de que mi sensacional coeficiente intelectual me



consiguió tres suspensos la evaluación pasada.

La doctora agitó la cabeza.

–Es algo común entre los jóvenes superdotados el bajo rendimiento escolar, debido a la falta de estímulos adecuados a su talento. Las explicaciones mil veces repetidas, los parones y retrasos producidos por la lentitud de los otros alumnos hacen que te aburras, que pierdas la concentración y el interés por las clases. Probablemente te entretengas durante ese tiempo con tu propia imaginación, creando historias, aislándote en mundos inventados. También es probable que las aptitudes sociales no sean tu fuerte. No encuentras mucho en común con tus compañeros, no te divierte lo mismo que a ellos, ni siquiera son capaces de comunicarse a tu mismo nivel. Cuando estás en su compañía debes esforzarte por ceñirte a su argot y al mínimo léxico de que hacen uso. Nada a tu alrededor es precisamente una fuente de estímulos, y es por eso por lo que estoy aquí, Rick, para ayudarte a llegar al límite de tu potencial, poniendo a tu alcance los medios adecuados.

Era difícil saber lo que pasaba por la cabeza de Rick en aquel momento. La miraba sin manifestar asentimiento ni negación, confusión o sorpresa.

El director decidió romper el silencio.

–¿La rebeldía y el gamberrismo también forman parte del cuadro, doctora? –ironizó.

–¡Yo no soy ningún gamberro! –le increpó el chico al instante.

La furiosa queja desconcertó al director por unos segundos.

–Suarez, no le consiento que emplee conmigo ese tono. Discúlpese de inmediato.

–No tengo porqué; es usted quien me ha insultado. Puede llamarme insolente, puede decirme que respondo a los profesores y que no soy fácil de conducir por su maldito carril de borregos, pero no soy ningún gamberro y no pienso quedarme callado como si lo admitiese.

En deferencia a la doctora, que comenzaba a manifestar cierto embarazo, el director se impuso templanza. Después de todo, no tenía pruebas en contra de lo que el chico decía.

La doctora decidió intervenir.

–Disculpe, señor director. Me gustaría mantener una pequeña charla informal con Rick, y creo que no es necesario que le importunemos más. Lo cierto es que ya tengo muy poco tiempo, y, aprovechando el día soleado y el bonito jardín de su colegio, estaba pensando que podríamos dar un paseo, si a Rick y a usted les parece bien.

Al director le pareció inteligente por parte de la doctora, pues en medio de la tensión que se había creado le sería imposible sacar nada en claro del chico. Por su parte, él estaría encantado de perderle de vista cuanto antes. Si la intención de la doctora era sacarlo de su colegio para siempre, no sería él quien le pusiese dificultades.

Pocos minutos después, Rick y la mujer caminaban sobre el césped bajo el cálido sol de mayo.

–Ahora que estamos solos puedes ser franco conmigo, Rick. ¿Qué te parece la idea de recibir educación junto a otras personas a tu nivel? Se acabaría el disimular tu inteligencia, el sentirte al margen de todo y de todos. Serías tratado como un adulto. Encontraríamos tus áreas de mayor talento y nos enfocaríamos en ellas. Vivirías en un entorno que se adapta a ti, y no al contrario, como hasta ahora.

Rick se rió.

–Una forma distinta de marginación. Un gueto para genios.

– Cuando salieras de eso que tú llamas gueto te esperarían un mundo de infinitas posibilidades. Mi oferta es lo mejor que puedes esperar de una sociedad enfocada a la producción de peones, que margina y pisotea a quienes podrían convertirse en líderes que cambiasen el estado de cosas. Quieren que seas un inadaptable durante el resto de tu

vida. Que vivas asustado, solo, silencioso, conforme con tus dosis de pan y circo. ¿Es eso lo que tú quieres? ¿Conformismo, pan y circo, como todos ellos?

Rick cruzó los brazos sobre su pecho mientras andaban con lentitud.

–Mi único deseo es pasar inadvertido –reveló–. Eso es lo único que he querido siempre.

Ella le sonrió, dirigiendo una breve mirada a la franja morada de su cabello. Comprendiendo, él se encogió de hombros y declaró:

–No puedo evitar estas cosas. No deberían tener importancia.

–¿Has conseguido alguna vez pasar tan inadvertido como deseas?

–No –declaró él.

–Nunca lo conseguirás, Rick, y lo sabes. –Abandonaron la explanada de hierba y tomaron el camino que conducía a la salida de la escuela–. Necesitas más información. Acompañame a mi coche, lo aparqué cerca. Te daré un montón de documentos para que puedas considerar la oferta detenidamente, junto a tus padres.

Tras pasaron la verja. Al otro lado había un gran aparcamiento donde se estacionaban los numerosos autocares que trasladaban a los alumnos desde sus hogares en la ciudad hasta el distante colegio. A aquellas horas estaba vacío. Doblaron a la izquierda, donde sólo podía verse una furgoneta negra.

–Dejé el coche un poco más allá, bajo un árbol con sombra.

Rick se introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y la siguió por inercia.

Entonces, al llegar junto a la furgoneta negra, sus puertas se abrieron con un súbito estruendo y de ella salieron dos hombres que se abalanzaron sobre la espalda de Rick. El muchacho percibió la humedad de un pañuelo impregnado de cloroformo aplastado contra su nariz y su boca. Trató de contener la respiración, pero era imposible cuando necesitaba luchar con todas sus fuerzas para desasirse. Los hombres le habían arrojado una especie de enorme manta cuyo interior era plateado, al igual que los materiales ignífugos que se emplean en los guantes de cocina y los trajes de los bomberos, e intentaban enrollársela alrededor del cuerpo.

–¡Cuidado! –gritó uno de los hombres–. ¡No dejéis que os toque!

–Tranquilos –dijo ella–. No es de primera generación.

Rick había logrado zafarse del pañuelo, que ahora yacía en el suelo pisoteado y cubierto de tierra, pero las involuntarias inhalaciones parecían haberle hecho algo de efecto. Sentía un cierto mareo y los hombres se le antojaban cada vez más fuertes. Se creía constreñido por docenas de brazos. Mientras seguía luchando, tratando vanamente de escapar, vio, aterrado, cómo la mujer abría su bolso y sacaba de él un enorme cuchillo.

–¡Sujetadlo! –ordenó ella a los hombres–. ¡Sujetadlo!

Y un instante después el cuchillo atravesaba su cuerpo.

Rick profirió un grito sordo que era a la vez de pánico y de dolor, y en seguida sintió quebrarse sus piernas, faltas de fuerzas para sostenerle. Amelia Suances extrajo el cuchillo de su carne con un tirón seco y el dolor se agudizó, pero la sangre comenzó a escapar tan rápidamente que pronto todo dejó de importar. Se dejó sostener por los hombres, mientras su conciencia desaparecía, y poco después percibió, envuelto en una bruma, cómo introducían su cuerpo desmayado en la furgoneta.

Las puertas de la furgoneta se cerraron tras el cadáver de Rick. Quedaban el silencio y un inmenso charco de sangre a los pies de sus asesinos.

–Era fuerte –dijo uno de los hombres–, pero, ¿estás segura de que era uno de ellos?

–Completamente –aseguró ella. Su voz era ahora diferente, firme, áspera–. Debía de ser de cuarta o quinta generación, puede que más, pero aun así un grave peligro.

–Podíamos haberle reducido. Teníamos que haberle sometido a más pruebas. Sólo

porque un chico sea inteligente no significa que sea uno de ellos.

–Le sometí a un test para adultos superdotados ante el que el resto del colegio quedó en ridículo, Carl –respondió ella, molesta–, pero ese chico superó de forma impresionante la mayor puntuación jamás conseguida. A sus catorce años su coeficiente intelectual era muy superior al de Einstein. Cumplía todo el perfil: rebelde, independiente, asocial...

–Sigo diciendo que eso no prueba nada –mantuvo Carl.

–¿Hubieras preferido esperar hasta verlo liderar el siguiente genocidio? –exclamó ella, incapaz de contener la creciente irritación.

–Lo que digo es que no pienso volver a participar en el asesinato de niños que podrían ser normales.

–¡Eh! Discutid eso más tarde –exigió el otro hombre–. Tenemos que largarnos.

Con sus zapatos, enviaron algo de tierra endurecida sobre la mancha de sangre, que apenas quedó disimulada.

Al poco, la furgoneta se alejaba del colegio.

–Vayamos a por el siguiente –dijo ella–. Esta vez nos esforzaremos por encontrar uno de primera o segunda generación. Uno que no ofrezca dudas a Carl.

En el asiento de atrás, Carl aún podía ver el inmenso charco de sangre extendiéndose bajo sus pies. Lo seguiría viendo durante mucho tiempo.

## Capítulo 2

### Un ángel caído en la melancolía

En lo alto de la colina, en la villa rodeada de mar y buganvillas de la pequeña isla mediterránea, un ángel llevaba una vida retirada y discreta.

No había nada entre las blancas paredes que delatase su naturaleza, ningún exterior ostentoso que llamase la atención sobre su presencia, y sólo ante los ojos más expertos habrían destacado las inequívocas señales.

El hogar era cálido, pero no austero, múltiples detalles delataban sus gustos hedonistas. Carecía de derroches sentimentales: una foto o retrato que le recordase a Juliette, a quién meses antes finalmente había dejado partir; una pieza de ropa o anillo que hubiese pertenecido a su hermano, cualquier evocación de lo compartido... Él no era humano: Ninguna reliquia le era necesaria. La villa probablemente quedase abandonada en breve tiempo. No se imaginaba a sí mismo volcando sus afectos en objetos inertes. Cuando se marchase, ningún rastro de su presencia permanecería en la casa. Todo ardería. Era su norma. Y sucedería pronto. Estaba cansado del lugar, y ya había sido visto por demasiados ojos. Ojos infantiles que ahora eran adultos sin que él hubiese envejecido un instante. Ojos que le hacían consciente del paso del tiempo. Aunque poco pudiera importarle a él tal concepto. Tenía ante sí la eternidad. Pero ninguna motivación para enfrentarse a ella.

En su terraza, excavada en la propia colina, había una pequeña piscina, una lágrima azul donde bebía la inusual cantidad de aves que abundaba en el exuberante jardín. Hasta el horizonte, antiguas y eternas como él mismo, intensamente azules como la mirada que perdía en ellas, las aguas, que solían ser tranquilas, hoy se agitaban furiosamente contra la costa. Contemplar su batir, rompiéndose en blanca espuma, probablemente iba a ser la mayor animación que conociese aquel día. Suspiró, consciente de que tampoco ésa sería la mañana en que diese el paso para cambiar su ánimo de los últimos meses, aunque apenas fuese capaz de reconocerse en el ente apático que se arrojaba, otra jornada más, sobre la tumbona.

Echaba de menos a Juliette. Lo reconocía. Ella había constituido un consuelo aceptable tras la marcha de Shallem, considerando que no cabía demasiado consuelo. La había llevado a lugares aún no hollados por el ser humano, le había descubierto rincones de ensueño, le había desvelado los pocos secretos que aún no conocía, todo con el fin de acallar sus quejas y llantos cuando le suplicaba la muerte. Finalmente hubo de atenderlas, siendo esto un sacrificio mayor para él que para ella misma, exactamente como sucede cuando un humano sacrifica a una amada mascota que sufre.

Llevaba apenas unos minutos tumbado cuando oyó sonar el timbre de la cancela. No tenía intención de abrir; nunca lo hacía. Solían ser las molestas crías humanas vendiendo lotería o cualquier surtido de baratijas absurdas. El timbre insistió, pero Cannat trató de abstraerse y pensar en otra cosa. Como le hicieran levantarse, no sabía si sería capaz de dejarlos con vida. No estaba de humor para tonterías.

Por desgracia, quien llamase no se daba por vencido. El timbre se había convertido en una eterna ráfaga desesperante, y, antes de transcurridos dos minutos, Cannat perdió la paciencia y saltó de su tumbona, encolerizado.

Se detuvo junto a la puerta de entrada y observó a través de una ventana adyacente. Junto a la verja de acceso al jardín, una figura miraba hacia la casa, imperativa y exigente, segura de ser observada. La sorpresa primero y la duda después, le

mantuvieron con la vista fija en la imagen durante unos segundos. Frunció ligeramente el ceño y dejó que sus labios se entreabrieran. Su visitante no le era desconocida. La había visto en más de una ocasión en compañía de alguno de sus hermanos. Siempre encontraba a alguien dispuesto a pagar el alto precio que requería por sus servicios, incluso por simple entretenimiento. Cannat había hablado escasamente con ella. Nunca hubiera solicitado los favores que ofrecía, ni se sentía inclinado a entablar relación con seres de su naturaleza. Aun así, y pese a que no acostumbraba recibir ni tolerar visitas, la curiosidad por saber que la habría llevado hasta allí le venció esta vez, y decidió abrir la cancela. Quitó los seguros de la puerta principal también y esperó, pensativo, a que su visita llegase, abriendo la puerta tan pronto se oyeron los pasos al otro lado. Cruzando las piernas y apoyando en el quicio un brazo extendido, se plantó en el umbral, observándola con atención.

Ella le miró de arriba a abajo, pues estaba desnudo.

–Disculpa mi aspecto –fingió excusarse él–, pero estaba tomando el sol.

Ella le sonrió con muy leve ironía. Conocía de sobra lo vanidoso de su naturaleza y su ausencia de pudor como para sentirlo ella.

–¿Para qué? –preguntó en un tono de voz suave y cálido–. Tú no puedes broncearte.

Él chistó y elevó los hombros, simulando sentirse contrariado por ese hecho.

–Sí, es el problema de ser inmutable y eterno.

La ironía en la sonrisa de ella se acentuó al contestar:

–No el único problema, ni tampoco parece que seas tan inmutable, cuando la marcha de los seres queridos te ha convertido en un alma en pena, y hasta tu mirada se ha vuelto melancólica.

La sonrisa de él se disipó casi por completo, para crecer de nuevo, fría y sardónica. Se cruzó de brazos. Ésa era la razón de la curiosa atracción y repulsión que sentía por ella: poseía el don de la sabiduría.

–¿Sabes que si hiciera lo que estoy pensando mi mayor problema consistiría en ir a buscar la escoba para recoger tus cenizas?

Ella dejó escapar una suave risilla sarcástica.

–Los dos sabemos que ni si te pasa por la cabeza destruir tan pronto tu única posibilidad de distracción del día –observó con su voz femenina y muy joven–. Estás deseando averiguar la razón de que me haya molestado en remover cielo y tierra para descubrir dónde estabas y venir hasta ti. Así que, por favor, déjame pasar. –Sus ojos negros, brillantes, le contemplaban sin temor, incluso con un cierto desaffo–. Encontrarte no ha sido fácil. Ya no tenemos demasiado tiempo.

–¡Oh! ¿Por qué lo dirá? Me muero de la intriga –ironizó él, pero en seguida se apartó del umbral, e hizo un gesto para permitirle el paso.

Cerró la puerta mientras la observaba adentrarse en la casa. La melena oscura le caía en ondas hasta algunos centímetros por debajo de los hombros. Era menuda, extremadamente frágil a los ojos de un ángel, aunque la seguridad que expresaba con su cuerpo y su rostro tratase de desmentirlo. No era del todo humana, pero sí mortal.

La siguió por el pasillo que conducía al luminoso salón, abierto hacia la terraza. Ella se detuvo en el centro y se giró para mirarle. No sabía exactamente cuántos años tendría, pero conservaba una expresión adolescente, casi infantil. La ligereza de sus ropas acentuaba esa sensación: una floreada camiseta, unos finos pantalones de algodón beis y un bolso de tela vaquera. El aspecto de una joven común.

Él volvió a cruzarse de brazos, a cierta distancia de ella, esperando que comenzase a hablar. Ella lo hizo sin rodeos.

–Una bomba está a punto de estallar en una embajada. Morirán cientos de personas, entre ellas un niño, un nefilim.

Él lanzó un esbozo de risa y echó a andar hacia la terraza, como si ya nada de lo que fuese a escuchar pudiese interesarle. Un nefilim, es decir, el hijo habido entre un humano (habitualmente una mujer), y un dios, conocido en algunas religiones como “ángel”. Concretamente, en los tiempos actuales, un ángel caído, pues eran mayoría absoluta en la Tierra entre los de su especie. No era de su incumbencia.

–No es mío –afirmó–, eso es seguro. Yo no creo nefilims. Busca a su padre o deja que muera. Me es indiferente.

Le había dado la espalda y se alejaba, y ella alzó la voz para preguntar:

–¿El único descendiente vivo de Shallem te es indiferente?

Cannat se detuvo para volverse a ella con una acre expresión. Su hermano Shallem, el ángel caído que había logrado el perdón de su Padre y regresado a Su Lado, mucho tiempo atrás había tenido hijos con Juliette.

–Sus hijos dejaron de existir cuando él regresó con nuestro padre.

–Es cierto, pero su hija Eve había tenido su propia descendencia con Kazbeel, y ésta le dio hijos y nietos y bisnietos, y así durante generaciones hasta llegar a ese niño, el único superviviente. En su aura aún resplandece la luz de Shallem. Y aún podrás verla. Si te das prisa.

–¿Por qué acudes a mí y no a alguno de ellos?

–Porque tú eres el único capaz de pagar mi precio. Porque eres el único de ellos en quien puedo confiar. Y porque sé que, tras una inicial reticencia, finalmente aceptarás, y, cuando llegue el momento, cumplirás tu palabra.

–¿Y tu precio es...?

–Un hijo. Un hijo tuyo, a quien harás inmortal.

Cannat lanzó una carcajada sincera.

–Ni hablar –se negó sin asomo de duda.

–Hoy lo engendrarás, y cuando nazca vendrás a mí y lo harás inmortal. Después no necesitarás preocuparte. Ni tan siquiera volver a verle. No robará un minuto de tu eternidad.

–Te lo he dicho, y todos lo saben: Yo no creo nefilims. Y menos de esa clase.

–Sí lo harás. Ese bebé está indefenso, sólo te tiene a ti. La bomba habrá explotado cuando tú llegues, pero, aunque a escasos minutos de la asfixia y del total derrumbe del edificio, lograrás sacarlo de allí con vida.

La forma en que la descripción brotó de sus labios logró que a Cannat le recorriese un escalofrío. No a causa de la visión del indefenso niño a punto de perecer, sino por la segura frialdad con que la profetisa había expuesto unos hechos que sabía seguros.

La observó con una expresión mezcla de lástima y temor.

–¿Cómo puede un ser casi humano soportar la existencia con un don como el tuyo?

–le preguntó. Ella no contestó, ni él lo esperaba. En un tono de voz bajo, exento de burla, añadió–: Si estuviera obligado a escoger a alguien con quien engendrar para salvar mi propia vida, escogería incluso a una vulgar mujer antes que a ti, y ese don es la razón. No quiero ser el responsable de cargar a alguien con la existencia y ¿crees que le cargaría con eso? Lo siento.

Ella se acercó presurosa a él, situándose a su lado y asiéndose a su brazo izquierdo. Inmediatamente una sensación de calidez la sacudió, y, de golpe, se sintió consciente de la desnudez de él. Conocía a muchos ángeles, y no era el primero a quien veía desnudo, pero aquella hermosura, creada para ser contemplada por Dios, nunca podría dejarla fría o indiferente. No era ese el momento adecuado para deleitarse, ni tampoco el de apartarse de él, como alguna asustada zona de su ser le recomendaba. Su cabeza llegaba apenas al hombro del ángel, quien la miraba con una seriedad poco usual en él.

–Él no tendrá el don, te doy mi palabra de que Sé que no lo tendrá. Por favor,

créeme. Lo único que quiero es un hijo a quien no tema perder. Sé que no sabes, aunque probablemente tampoco te importa, que existe una caterva de fanáticos humanos que lleva masacrando a los nefilims desde hace más de sesenta años. Ninguno de los tuyos hace nada para exterminarlos, aunque es a sus propios hijos a quienes están aniquilando. Dame un hijo que pueda defenderse y defender, si llegara el caso, también a los suyos.

–Podría ayudarte a buscar un padre mucho más apto que yo...

–¡No! Una de las razones por las que quiero que tú seas el padre es la misma por la que te niegas a serlo. ¿Qué humano hace esas consideraciones cuando decide crear un juguete que entretenga su tiempo o asegure su vejez? De alguien divino cabría esperarlas pero, ¿cómo exigiros las cuando ni siquiera tu padre las hace? Pero tú careces de egoísmo. El temor a su sufrimiento habla de ti como del mejor padre posible. Sé que estás aterrado de ser como Él, y eso evitará que lo seas.

–Dijiste que no robaría un minuto de mi eternidad.

Ella meditó, algo aturdida, mientras se miraban con fijeza. Dudaba de cuánta información sería él capaz de aceptar. Pero debía confiar en su visión, y por tanto debía confiar en él.

–Te mentí –confesó tras decidir sincerarse–. Cuidarás de él porque así lo escogerás libremente.

El ángel meneó la cabeza y se desasíó de ella.

–Te estás equivocando esta vez...

Ella no quiso insistir sobre aquello, decirle: “Tú sabes quién soy. Sabes que no puedo equivocarme”.

–Dale la vida ahora. No importa lo que hagas después. Tienes tiempo para decidirlo.

–¿Quién es su padre?

Ella pareció observarle como si la pregunta la sorprendiese. Tras unos instantes, le contestó:

–No logré averiguarlo.

El rostro de él se crispó de golpe.

–¿Me tomas por idiota? –vociferó. La cogió por los hombros y la sacudió. Ella gritó, con el semblante transmutado por la sorpresa y el miedo–. ¿Realmente eres consciente de quién soy yo?

Cannat la miraba con el ceño fruncido por el enojo, procurando controlarse a fin de no destrozarle los hombros. Ella estaba asustada por primera vez. El dolor que padecía era intenso y el azul de los ojos del ángel parecía haberse oscurecido como un mar enfurecido. Pese a todo, ella logró reponerse para contestar:

–Sí, sé quién eres tú. Tú eres el que estará a mi lado en mi último aliento. El único que defenderá mi vida.

Él agitó la cabeza, incrédulo, y la dejó libre.

–Ahora sé que estás loca...

–El tiempo lo dirá. Pero ahora debes comprobar si el niño de quien te hablo es quien afirmo. Sólo trasládame allí y compruébalo. Si no puedes ver brillar el aura de Shallem surgiendo de él, regresa y acaba conmigo. Pero primero dame lo que te pido. Después te diré dónde está.

Cannat se dio la vuelta perdiendo la mirada en el fragoroso mar. Aquel niño no hubiera tenido la menor importancia para él unos meses atrás. Era sólo un lejano descendiente de la semilla corpórea de Shallem. Tan sólo eso. Pero ahora era lo más cercano a él a lo que podía aspirar. Un recuerdo vivo en el que tal vez pudiese hallar un consuelo.

–No puedo pagar tu precio –insistió, sin embargo–. Esa criatura estaría aquí por mi causa. Yo sería el responsable de cada segundo de su existencia. Si sufre, si es infeliz...

Todo sería culpa mía.

–Shallem tuvo hijos. Y todo salió bien.

Cannat se volvió hacia ella con disgusto.

–¿Mintiendo otra vez? Pasaron su vida preguntándose por qué estaban aquí. Eran dos fieras enjauladas, solitarias. No se entendían con Shallem pese a ser partes de su propio espíritu, o quizá debido a ello. Y Shallem siempre tuvo sus prioridades. Dejaron de existir poco después de que él se largara ahí arriba. No podía hacerlo con su espíritu dividido. Debía recuperar lo que les había dado. No había opción, y ninguno pensamos mucho en ello. Y aún menos en quienes dejasen aquí.

–Será distinto con él.

–¿Él? Siempre él... ¿Y si yo no quisiera un *él*?

–Sé que será *él*. Pero debes darte prisa. Decide ahora, o será demasiado tarde. Apenas queda tiempo antes de que estalle la bomba –Cannat continuaba mirándola incapaz de darle la respuesta que deseaba. Ella trató de buscar más argumentos con los que convencerle. Tan sólo añadió–: Sólo tiene dos meses...

–¿Quién es su padre? –volvió a insistir él, con voz tranquila.

Ella desvió la mirada. Sabía que debía ofrecerle una respuesta.

–Alguien que no es digno de él. Te daré su nombre tan pronto cumplas la segunda parte de nuestro acuerdo. Lo juro. Sólo pretendo mantener tu curiosidad, para que recuerdes tu promesa.

Cannat la observó mostrando en su expresión claros síntomas de comprender que no era ése el motivo de que intentase ocultárselo. Pero, después de todo, fuese quien fuese quien le había concebido, no afectaba a la única razón por la que el niño le interesaba.

Cannat exhaló pesadamente, y después declaró:

–Si nuestro hijo tiene tu don, lo eliminaré. Si me encuentro incómodo con la situación, lo eliminaré. Si me causa molestias de cualquier género, lo eliminaré. En resumen y para no repetirme: queda a mi voluntad eliminarlo en cualquier momento y por cualquier razón. Luego, no pienses que es inmortal y que por ello puedes dormir tranquila. Su vida estará a mi merced, como la mía lo está a la de mi padre.

–Estoy de acuerdo con tus condiciones –se apresuró ella a contestar, dando unos pasos hacia él.

Él extendió su brazo señalando al interior de la vivienda, y le pidió:

–Entra.

FIN DE LA MUESTRA DE “LOS HIJOS DEL ÁNGEL”

¿Te ha gustado? Puedes adquirirlo en versión electrónica y también en papel en [Amazon](#)



## Herencia Maldita

*La segunda verdad es que el dolor no proviene más que del deseo. El hombre se aferra perdidamente a las sombras. Se entusiasma con sueños, se sitúa en medio de un falso yo, y establece a su alrededor un mundo imaginario. Cuando su alma le abandone, partirá con el ardiente deseo de beber otra vez.*

*Buda.*

~ 1 ~

Era un atardecer corriente en la ciudad de Londres. Quince grados en el exterior y una cortina de humedad y lluvia que apenas permitía vislumbrar el edificio de enfrente.

Fija en la nada, la mirada de James Lorton atravesaba los oscuros ventanales de su despacho, por los cuales gruesos goterones trazaban surcos sobre el vaho. A su espalda, una máquina de escribir yacía adormecida sobre una gran mesa de madera noble. Lo acompañaban docenas de folios repletos de apuntes tomados con letra presurosa, caracteres ahilados, a medio camino de la taquigrafía, sólo interpretables por su creador. Sobre esta mesa y sobre otra más pequeña con la que formaba ángulo, doctos volúmenes aguardaban pacientes dispuestos a impartir la sabiduría de hombres santos que en ellos se perpetuaba. Cientos de libros de espiritualidad, religiones, economía, leyes y variopintas materias se organizaban sobre las estanterías que recorrían la habitación, salpicadas de pequeñas esculturas de dioses e iluminados orientales.

Sir James suspiró con su mirada perdida entre las gotas de lluvia que caían silenciosas. Se ahogaba en su interior, víctima de un aburrimiento existencial que ninguna frase sabia podía curar. Al fin y al cabo, las conocía de memoria todas, y, a fuerza de meditar sobre ellas, habían perdido su magia y su poder.

Hacía mucho, mucho tiempo que no sentía orgullo de sí mismo. No ejecutaba un solo acto en su vida que pudiese reportárselo. Se había convertido en una simple pieza más del engranaje económico mundial y su única misión era la multiplicación del capital. A eso dedicaba ahora su existencia. Sólo a eso. Hora tras hora. Día tras día. ¿De qué podía sentir orgullo?

En el cristal oscuro se reflejaba su imagen. La delgada silueta, la faz de mejillas y cuencas algo hundidas, la barbilla afilada y el perfil algo prominente. Se diría por su descripción que no era nada hermoso, sin embargo, su atractivo radicaba en sus bellos ojos y su expresión segura y resuelta, y con estos atributos le bastaba para ser considerado uno de los hombres más atrayentes que cualquiera hubiese conocido. Sus cuarenta y cinco años le habían obsequiado las evidencias de miles de sonrisas y veladas felices, de una juventud crápula quemada por el sol y rehidratada con vino, pero todo esto no hacía sino atraer una atención fascinada por esos ojos grises, rasgados y vivaces. Una de sus desiguales y anchas cejas, partida en el extremo, delataba una pelea habida en los años en que aún se sentía libre, cuando su vida era aventura y no un devenir de idénticas rutinas. Tan aburrida como para que pronunciar una conferencia ante un

público universitario resultase un pasatiempo aceptable. Desplazarse a Aberdeen, conocer nueva gente... Supondría un cambio. Pasajero e insignificante.

La comisura de sus labios se ladeó en una mueca. Ni valía la pena tomarse la molestia de escribir algo nuevo. ¿Por qué se le había antojado impropio volver a utilizar la misma conferencia que había pronunciado en la Sorbona? Se giró, abandonando la visión del desahogado exterior hacia la calidez de su despacho. Observó con desagrado los libros y apuntes desparramados sobre las mesas. Un follón de papeles que ahora tendría que recoger. Rezongó. Definitivamente, reciclaría la de la Sorbona.

Pero se le escapó un suspiro.

–Para una cosa que no hago por dinero...

El timbre del teléfono vino a romper el inicio de unas reflexiones que no contribuirían a elevar su ánimo. Era una llamada interior, de su secretaria. Miró su reloj de muñeca y vio que eran más de las cinco. Sin duda, Martha le llamaba para recordarle su cita.

–¿Sí, Martha? –contestó.

Su voz era muy grave, segura y confiada. Producía una impresión chocante la primera vez que se la oía salir de tan delgada figura, pero en seguida se hacía familiar e inolvidable, y uno se daba cuenta de que un hombre como él no podía tener otra clase de voz. Era, al igual que su rostro, sumamente expresiva, y sabía modularla y afinarla bien como resultado de sus escauceos juveniles en un grupo teatral universitario.

–Sir James, son las 17,15. Recuerde que se citó en el restaurante con Mr. Waller a las 18,30.

–Sí, no me olvido. Gracias, Martha.

¿Cómo olvidarlo? A Robert Waller no se le olvidaba fácilmente. Mantenía relaciones comerciales con él desde hacía años, si bien en los últimos tiempos había evitado su contacto y se relacionaba con él sólo a través de terceros interpuestos. No obstante, Waller se había negado esta vez a hablar con otro que no fuese él mismo, y, haciéndole llegar intrigantes mensajes acerca de un negocio extraordinario, había logrado convencerle para cenar juntos, y a solas, aquella noche.

Lorton rezongó una vez más. Para culminar el día le tocaba soportar a aquel mal encorado y excéntrico de Waller. ¿Por qué habría aceptado?

Procuró ver los lados positivos: Era el hombre de negocios más inteligente y astuto que había conocido nunca y sus relaciones comerciales con él habían dado siempre frutos fabulosos; por otro lado, estaba la pasión de Waller por el budismo, el nexo común que en el pasado casi había logrado establecer un cierto vínculo entre ellos.

En un tiempo, el interés de Waller por su persona incluso le había resultado halagador. El hombre claramente le admiraba como el gran experto en espiritualidad oriental que el mundo le había reconocido ser, pero también por su cultura y modales.

Sir James Lorton descendía de una antigua familia británica lejanamente emparentada con la Corona y dueña de numerosas propiedades en Gran Bretaña. En ella había médicos notables, prestigiosos abogados y también militares. Su padre había ejercido como embajador en Nueva Delhi durante nueve años y el joven James había crecido y recibido educación allí entre los seis y los quince años. La India le había fascinado en cada uno de sus aspectos, fue un verdadero hogar y, con cariño, se había empapado de su cultura y conocimientos. Leyó a temprana edad los *Pantchatantra*, o cinco libros, la colección más famosa de la literatura clásica india, el *Bhagavad Gita*, libro sagrado del hinduismo, las *Jatacas* o libro de los nacimientos que narran más de quinientas historias sobre las existencias de Buda, los relatos contenidos en los dos grandes poemas épicos, el *Mahabarata* y el *Ramayana*, y las vidas de los maestros de la religión sij. Comprendió lo que significaba para el pueblo un *karmayogui* o guía

espiritual.

Todos estos conocimientos no se perdieron a su regreso a Londres, por el contrario, se acrecentaron con el estudio de la mística hindú y sus principios, en especial el llamado *satyagraha* o búsqueda de la verdad como camino de rectitud, y se fortalecieron a través de decenas de retornos a la amada India.

Pero Lorton no sentía su espíritu lo bastante elevado en aquellos días como para saber aplicar en su beneficio las santas enseñanzas. De haberse sentido libre, libre incluso de sí mismo, se hallaría meditando en una cumbre arrollado en una manta como toda posesión. Pero alguien incapaz de imaginarse a sí mismo desprendido de su riqueza ¿qué rito no practicaré de forma hipócrita? ¿Para qué intentar siquiera consolarse con preceptos que se sabe no se podrán cumplir? Se había apartado mucho de toda religión, era cierto, y aunque quisiera disculparse fingiéndose víctima de sus circunstancias, heredero forzoso y temprano de un imperio, se reconocía pelele de la inercia y la apatía.

Descendió al garaje mientras hacía estas deprimentes consideraciones, pero la crisis estaba olvidada antes de introducirse en su espléndido Mercedes azul metalizado. Una cañería, cerca de su plaza, había estado a punto de reventar, y el polvo de la obra, mezclado con las gotas de lluvia que empezaba a arreciar a su llegada, había embarrado la carrocería. Al salir del garaje las gotas de lluvia cayeron con furia sobre ella y sobre los cristales y hubo de poner al máximo la velocidad del limpiaparabrisas. En seguida se vio inmerso en el consabido atasco, y sus pensamientos se volvieron al intrigante negocio que le sería propuesto. Esperaba que tanto secretismo estuviese bien justificado. Waller nunca había decepcionado a nadie en lo que a negocios se refería. Apretó el botoncillo sobre el volante y el vehículo se inundó con una suave melodía de Mozart. ¿Qué cenaría? ¿Lenguado Menière? ¿Solomillo Wellington? Quizá ensalada de langosta...

Llegó incluso con algo de antelación. El guardacoches le saludó efusivamente; su visita le aseguraba como mínimo veinte libras de propina. Atravesó la entrada al restaurante y enseguida una corte acudió a recibirle. Dirigió la vista a su mesa habitual, mientras se desprendía de su gabardina y paraguas para entregarlos en custodia al guardarropa, y vio que Waller ya estaba allí, observándole y mostrando en su expresión adusta los signos de la impaciencia.

La visión del amargado rostro produjo en Sir James el efecto habitual: una fuerte repulsión que le hacía insufrible la idea de compartir con él la mesa, pero que su espíritu de ambicioso hombre de negocios iba a ser capaz de contrarrestar en suficiente medida.

Waller se levantó en cuanto se aproximó a la mesa y le ofreció su mano, clavándole su oscura y ansiosa mirada.

—Temía que algo le impidiese venir, Sir James —dijo, con una indisimulada mezcla de alivio y excitación.

Su rostro se había iluminado, haciéndole parecer casi agradable, pero algo extraño impactó a Sir James al fijar en él su mirada. Algo que la oscuridad, por el momento, le impidió concretar.

—Pocas cosas podrían haberme obligado a postergar una cuarta vez la ocasión de volver a verle, Mr. Waller —le respondió, con la afectada y distante educación a la que, ante sus ojos, sabía que su título le obligaba. Waller a veces le parecía llegado de una época pasada. A su lado no podía ser él mismo; debía situarse al nivel de sus ilustres antepasados. Pero lo peor de estar con él, era soportar su retórica anticuada.

Robert Waller le observó fijamente con aquella acerada mirada y adusto gesto que ninguna buena voluntad por su parte hubiera podido borrar. Sir James le escrutó de reojo mientras tomaba asiento, en tanto su visión se acostumbraba lentamente a la penumbra del local.

–Le encuentro en un magnífico estado de salud –comentó Mr. Waller–. Ese color en su rostro, la vitalidad con que se ha desprendido de la gabardina y caminado hacia aquí... –Torció la boca, desfigurando su gesto amargo pero sin lograr convertirlo en la sonrisa que imaginaba en su mente, y añadió–: ¡Cómo le envidio, amigo mío!

Pese a que hacía ya más de diez años que se conocían, aquella era la primera vez que Waller le sorprendía con semejante preámbulo a sus conversaciones, de ordinario puramente comerciales. Siempre se había distinguido, además de por su inconveniente manera de ir al grano del asunto no bien le tenía delante, por su manifiesto desinterés ante las convenciones sociales, y Sir James sabía que su salud le era tan indiferente como la del camarero que en aquel momento se acercaba a tomarles nota. Y mientras éste se ocupaba de anotar la comanda de Waller, superada la sorpresa inicial Sir James le observó con detenimiento en busca de algún comentario agradable que hacer sobre su persona. Se percató entonces, sorprendido, de lo que había llamado su atención nada más verlo, y esto era que mostraba visiblemente los signos de un envejecimiento exagerado y prematuro. Había perdido gran cantidad de cabello, y el que todavía le quedaba era débil y canoso, pese a que la última vez que le había visto, poco menos de un año antes, se conservaba aún negro y espeso. Multitud de profundas arrugas surcaban en todas direcciones su rostro pálido y enjuto, como si se hubiese visto expuesto durante días y días al desecante sol del desierto.

Al encontrarse sus ojos con los de Waller, Sir James se percató de que su expresión debía translucir la estupefacción que sentía, y su vista huyó de la oscura mirada, yendo a caer sobre las huesudas manos. Escapó de nuevo de aquella inquietante visión y volvió a mirarle a los ojos. Había en ellos un brillo perturbador, cierta ironía perversa y una inquebrantable resolución. Los delgados labios mostraban su sinuosa línea claramente alterada en la peculiar y desagradable sonrisa característica en él. Lorton se sentía sumamente incómodo.

–¿Qué tomará usted, Sir James?

Éste apenas había sido consciente de que Waller encargaba la comanda mientras él le estudiaba.

–Tráigame un consomé de verduras y..., ¿cuál era ese pescado que nos recomendaba? –preguntó al camarero, no sin cierto nerviosismo.

–Cocochas de merluza, Sir James. Hoy son excelentes.

–Está bien, cocochas de merluza entonces.

–¿Me permite escoger el vino, Sir James? –preguntó Waller.

–Por supuesto, Mr. Waller.

Como poseedor de viñedos y una gran bodega en California, Waller era un gran entendido y amante del vino a quien valía la pena confiar tal pedido.

Mientras Waller repasaba la carta de vinos, Sir James se esforzaba por todos los medios en evitar volver a posar la vista en cualquier zona de la decrepita anatomía. Era cierto que Waller no era la persona que más estimaba en el mundo, pero viéndole en aquel estado no era posible quedarse indiferente. Sentía tanta lástima como repugnancia. Tan pronto el camarero se alejó, buscó desesperadamente algo que decir, pero no se le ocurrió nada sino:

–Y bien, Mr. Waller, ¿cuál es el negocio que nos ha reunido esta vez?

Durante un instante, Waller juntó las manos bajo su barbilla y sonrió de un modo que Lorton encontró desesperante, pero en seguida las posó, entrelazadas, al borde de la mesa e, inexpresivamente, respondió:

–Me quedan seis meses de vida, Sir James.

Éste le clavó ahora una mirada atónita, sutilmente conmovida. Waller era la única persona que conocía capaz de dar la noticia con aquella seca y distante frialdad y sin

preocuparse por la reacción que en el otro ser humano produciría. A cualquier otro, Lorton hubiera tratado de ofrecerle una inmediata y cálida reacción, pero con Waller no eran necesarias falsas convenciones: Sir James simplemente estaba sin palabras y no lo disimuló. Detestaba la decadencia y la muerte. Desencadenaban en él una insufrible impotencia, al punto de haberse sentido incapaz de tolerar la visión de la vejez en las personas que amaba. Una sensibilidad extraordinaria se ocultaba bajo su fachada de hombre duro. Una combinación que había encontrado útil en sus relaciones cuando por azar la dejaba aflorar.

El magnate decidió poner fin al dramático silencio y continuó hablando.

—Por supuesto, no tema, no viene al caso molestarle con la causa de mi muerte, poco frecuente, por otra parte, y cuya explicación, por tanto, nos ocuparía un tiempo precioso que debemos emplear de mejor manera. De forma que permítame le aclare directamente el motivo de que le haya solicitado esta entrevista.

»Yo, Sir James, nunca he sido una persona sociable, ni tan siquiera agradable. De hecho, no tengo, ni jamás he tenido, un solo amigo. Ni falta que me han hecho. Hasta ahora. Porque, llegado este momento, el más importante de mi vida, el momento de mi muerte, necesito inaplazablemente alguien en quien confiar, alguien que se ocupe de mis asuntos mientras yo no pueda hacerlo.

»No he tenido una vida fácil, como sabe. No nací de noble cuna ni en una familia burguesa. Mi madre estaba sola y era más pobre que una rata. Todo cuanto tengo me ha supuesto sudor y más sudor. He colocado cada piedra de mi “imperio” con mis propias manos, hasta verlas despellejadas, hasta caer extenuado. ¿Sabía que empecé a trabajar a los cinco años? No le aburriré con la interminable lista de trabajos, a menudo denigrantes, que me vi obligado a aceptar durante muchos años de mi vida. Trabajé duro, muy duro, hasta que logré reunir el suficiente capital capaz de reproducirse por sí mismo y convertirme en lo que ahora soy. No tuve infancia, desconozco los gozos de la juventud, era un hombre amargado y moralmente anciano antes de cumplir los treinta años. Me he visto continuamente explotado y humillado por la vida, hasta que ésta un día se cansó de sus tranquilas burlas y se sentó a maquinar un escarnio infinitamente mayor y más doloroso. Ahora, cuando apenas hace unos años que puedo reposar en la quietud de mi hogar con el convencimiento absoluto de que aquel día, y al otro, y al otro, y al otro, podré satisfacer cada una de mis necesidades y deseos cualesquiera que éstos sean, ahora, Sir James, el destino ha tramado contra mí su más cruel jugada. Voy a perderlo todo. Todo lo que he tardado una vida de sufrimientos en conseguir va a serme arrebatado. ¿Es justo, Sir James? ¿Cree que es justo?

Éste, perturbado, vacilante, respondió con voz apenas audible:

—No, no lo es.

El rostro de Waller se mostraba ahora amargado y ensombrecido.

—El problema es que dentro de seis meses habré de empezar de nuevo. ¡Desde cero otra vez! —Sus ojos se abrieron llenos de pánico y su voz se alteró al pronunciar tales palabras. Después, tras aproximar su rostro al de su vecino cuanto pudo, agregó, casi en un susurro—: Y con la vida que he vivido, Sir James, empezar de nuevo me causa terror. Usted me comprende, ¿verdad? Sabe a lo que me refiero. Por eso le he elegido a usted, entre otros motivos.

—En realidad... —murmuró Sir James—... supongo que alude a la posibilidad de una reencarnación. Imagino.

—Exactamente. ¿A qué, si no? ¿Acaso no es usted uno de los mayores expertos del mundo en religiones orientales?

Sir James empezaba a sumirse en un indescriptible estado de asombro y perplejidad.

—Bueno, no puedo negar que..., en cierto modo..., es así —balbuceó.

—No sea modesto, Sir James. Usted está imbuido del espíritu de la India; vivió en ella durante años y no ha podido evitar regresar innumerables veces. Ha impartido conferencias sobre budismo y filosofía hindú en las más importantes universidades del mundo, ¿a qué mejor persona podría recurrir?

—¿Recurrir para qué? ¿Qué es lo que desea de mí?

—Voy a morir, y ni siquiera tengo un hijo a quien legar mi fortuna. ¿Sabe a quién le correspondería legalmente mi herencia si yo muriese sin testar? Al hijo de un primo lejano a quien no he visto en mi vida. La fortuna que me ha costado sangre, sudor y lágrimas conseguir... ¡a mí, y no a otro! ¿Por qué habría de dejársela a él o a otra persona? ¡Es mía por derecho! —exclamó, esforzándose por contener el tono de su voz—. ¡Sólo mía! Si a mí nadie me ha regalado nada jamás, ¿por qué habría de hacerlo yo? ¿Le parece justo que esa persona disfrute sin esfuerzo de lo que yo, una vez más, habré de luchar para ganar al mismo tiempo que él lo despilfarra; que, quien quiera que sea, persona o institución, haga libre uso de mi dinero, mientras yo quizá haya renacido y vuelva a verme mendigando y trabajando hasta la extenuación, o muriéndome de hambre en cualquier esquina? ¿Por qué ha de ser así? ¿Por qué no puedo ser yo mismo quien disfrute de lo que es mío, quien herede lo que me pertenece?

Le miraba ahora con la expresión casi enloquecida, y sólo el hecho de que se encontraran en un lugar público, con el camarero a poco más de un metro de distancia de ellos, le impelía a mantener el control sobre sí mismo.

¿Qué podía decir Sir James? Para él Waller era un hombre indudablemente enfermo; traumatizado ante la idea de una muerte inesperada e inminente ante la que se hallaba indefenso como nunca lo hubiera estado ante ningún otro horror de la vida. Él, el luchador nato e invicto ante todas las crueldades de la existencia, no podía soportar la idea de esperar la muerte impasiblemente, sin presentar batalla.

—Usted tampoco tiene herederos, Sir James —continuó, recuperada la compostura—. Discúlpeme, pero me he visto en la necesidad de investigar ciertos detalles de su vida —Lorton se irguió, visiblemente enojado, al tiempo que la indignación fruncía su ceño—. Por favor, no se enfade. Le ruego me perdone. Cuando acabe de explicarme comprenderá mis motivos, pero puede estar seguro de que no he buscado ni obtenido dato alguno del que pudiera avergonzarse, y, en cualquier caso, nunca lo hubiera empleado en su contra de haberlo hallado. No me movió nunca tal propósito.

»Además del detalle de su falta de herederos, he averiguado otros, aún más importantes para mí, como que su fortuna dobla la mía, lo cual, una vez más, le convierte en mi candidato perfecto.

—¿Candidato perfecto para qué?

—Yo voy a morir en un plazo máximo de seis meses, Sir James, mientras que usted, así lo confirman sus informes médicos... Sí, sí..., comprendo su indignación, discúlpeme una vez más, era vital que accediese a ellos... Usted, digo, vivirá largo tiempo rebosante de salud. Me alegra ver que sigue una dieta sana y que no fuma. Esto sería terrible para su corazón, con el agotamiento al que se ve sometido. Por tanto, considero que es la persona adecuada para cuidar de mis intereses mientras yo falte. Eso es lo que he venido a pedirle, Sir James. Le ruego que acepte ser mi testamentario.

—¿Su testamentario? —preguntó atónito—. ¿No cree que sería mejor que designara a un notario de su confianza?

—No tengo a nadie de mi confianza, Sir James —le interrumpió—, salvo a usted, espero. Cualquier otro me tomaría inmediatamente por loco, pero sus conocimientos lo sitúan a usted en un plano intelectual y espiritualmente distinto. Superior...

Sir James quedó en silencio, evaluando las implicaciones que se desprendían de tales palabras. ¿Hasta dónde llegaría la locura de aquel hombre?

–No estoy seguro de haberle entendido –manifestó.

–Oh, sí lo ha hecho; pero con gusto lo expondré con el número de palabras que usted desee. Ésta es la situación: en seis meses estaré muerto, y a partir de ese instante, del instante de mi muerte, en un lugar indeterminado y en un tiempo que no puedo concretar, quizá un minuto después, quizá unos años, volveré a renacer en un cuerpo mortal, o, si lo prefiere en un término más popular en occidente aunque menos estricto para un budista, me reencarnaré. La misión fundamental de mi albacea testamentario consistirá en otorgar mi herencia a la persona en quien haya renacido. A mí mismo, en definitiva.

Lorton se rió vivamente.

–¿Cómo ha podido ocurrírsele semejante disparate? Escúcheme un momento, Waller –le pidió, no viendo cómo disuadirle de aquel despropósito–. ¿Cree que es tan fácil? ¿Cree que otros no lo habrían intentado ya, si fuese tan sencillo? Aun en el caso de que llegase a renacer o a reencarnarse...

–¿Acaso no es para usted un artículo de fe? –le interrumpió en voz alta y enojada–. Usted cree en la reencarnación, ¿no es así? Cree en ella. Usted la predica.

–No, no es cierto. No la predico. Únicamente expongo unos hechos.

–Hechos en los que cree –casi le gritó, aproximando al suyo cuanto pudo su rostro enrojecido, irguiéndose por encima de la mesa–. Hechos concluyentes. Como los que expuso en el último curso que impartió en Oxford.

–Nada es concluyente en un campo metafísico, Mr. Waller.

–También he leído sus obras. Todas. Usted manifiesta en ellas su convicción; entre líneas, quizá, pero la manifiesta. Vamos, Sir James, contésteme con una sola palabra: cuando usted muera, usted y no otro, ¿cree que volverá a la vida en un cuerpo mortal?

Lorton vacilaba en dar la contestación que tan claramente accedía a sus labios, mientras la aguda mirada de Waller le traspasaba.

–¿Se reencarnará usted, Sir James? –insistió éste.

Sir James aspiró aire y lo exhaló entrecortadamente.

–Eso es lo que creo, sí –murmuró finalmente.

Waller le miró con una expresión triunfal, con un brillo astuto en la mirada.

–Pero es un desafuero el creer que por ello cualquiera de nosotros puede tener la posibilidad de recuperar su vida pasada –agregó Lorton–. Usted se propone desafiar las leyes universales, intentar burlar al destino generado por su karma. Riqueza, longevidad, belleza, salud o sabiduría no existen por casualidad, sino por el karma. Lo que pretende es innatural.

–Karma no significa destino ni predeterminación, pero si así fuese, el mío no es muy bueno, se lo aseguro, y estoy lejos de alcanzar el *despertar*. Mi próxima vida no será mejor de lo que lo fue ésta, a no ser que usted me ayude.

–Por otro lado, ¿qué le indicaría que usted ha nacido a la persona designada como testamentario? ¿Una estrella en el cielo? Supongamos que, en el mejor de los casos, nace usted a sólo unos kilómetros de esa persona, supongamos, incluso, que ella tiene noticias de su nacimiento, ¿cómo sabrá a ciencia cierta, sin asomo de dudas, que usted es usted? ¿Será como la búsqueda de un nuevo buda? ¿Es eso lo que ha imaginado, que escogerá los correctos de entre todos los objetos que se le presenten y eso bastará?

–Me habla como quien intenta disuadir a un niño incapaz de un gran cometido –dijo, con total calma–. No me menosprecie, Sir James. Cuando he llegado hasta usted es porque ya tengo un método bien definido para solventar tales problemas, e, incluso, experimentado.

–¿Experimentado?

–Exacto. Experimentado.

Con una leve mueca de incrédula burla, vagamente interesado, Sir James insistió:

–¿Y exactamente qué quiere decir experimentado?

El ajado rostro de Waller se contrajo y de él escapó una breve risotada sardónica que por un momento lo transformó en una máscara espantosa.

–Supuse que eso le interesaría –musitó, inclinando su cuerpo sobre la mesa y estirando el cuello para aproximarse a él–. Es asombroso que un erudito como usted no haya tenido acceso al conocimiento que ahora obra en mi poder. Sin embargo, debe saber que no soy el primer occidental que accede a él. Otros lo han disfrutado antes que yo.

Dicho esto, quedó en dramático silencio durante largo tiempo, con sus ojos punzando los de Lorton, en espera de que la curiosidad creciese en su interior, como sabía que ocurriría. Sir James apenas podía soportar la visión espantosa de su fisonomía, su aliento surgiendo a sólo unos centímetros de su propio rostro.

–¿Acaso es usted un mimo? –explotó, en un acceso de nerviosa curiosidad mezclada con enormes ganas de salir huyendo–. ¿Quiere que le eche unas moneditas para animarle a continuar su historia?

Waller se rió de nuevo. Luego volvió a su posición, y, abandonando el tono iniciático que había empleado en su revelación, con voz segura, prosiguió:

–Dejemos el cómo por ahora y supongamos que ya he logrado convencerle de que conozco el modo de encontrarme a mí mismo y de, una vez reencarnado, demostrarle a mi testamentario, sin ningún género de dudas, que yo soy yo. Quizá aún se pregunte usted por qué le he elegido con absoluta convicción. Al fin y al cabo, hay millones de budistas convencidos. Pero son muchos los argumentos que pesan a su favor. Cuando comencé a pensar en la persona a quien debería escoger, lo vi claro desde el primer momento. Me dije: «¡Si pudiese encontrar a alguien que estuviese tan interesado como yo en saber si realmente puedo conseguirlo, porque, tras su muerte, él mismo desearía recuperar su vida pasada... !» En ese mismo instante su imagen acudió a mi cerebro como una inspiración. Pensé y pensé... y cuanto más pensaba, más perfecto me parecía usted. Cualquier otro candidato me ofrecería múltiples problemas difíciles de resolver.

»Necesitaba una persona para quien mi fortuna no supusiese un bombón demasiado dulce como para traicionarme una vez muerto, lo cual le sería inmensamente fácil; sólo tendría que buscar un cómplice adecuado a quien nombraría mi heredero y con quien se repartiría mi dinero. También podría suceder que el hijo de mi lejanísimo primo recurriera mi “extraño” testamento y mi última voluntad quedase invalidada en virtud de la locura que me asolaba en mis últimos días, corroborada por mi albacea testamentario gracias a un tácito y beneficioso acuerdo entre ambos. Usted es, además de una de las personas más ricas que conozco, sin duda la más íntegra moralmente. Naturalmente, mi cuantiosa herencia sería capaz de corromper al más honrado de los caballeros, sin importar que ya poseyese más del doble de lo que iba a percibir. Usted sabe eso tan bien como yo. Por tanto, la persona que eligiese debía tener un algo más que me garantizase en la mayor medida posible que difícilmente caería en la tentación. Lo cual, nuevamente me llevaba a usted como mejor candidato. Un estudioso de la materia, involucrado en ella desde su niñez y con inagotables ansias de saber, con un legado millonario esperándole en su próxima vida, sería la persona perfecta, mi perfecto testamentario. Usted, Sir James.

Lorton permaneció con la vista fija en él, mudo de asombro.

–Mire, Waller–consiguió articular después–, sinceramente, considero imposible el que ni usted ni nadie consiga jamás un propósito semejante. Es la idea más descabellada que he oído en mi vida, y..., y..., si fuese posible, le repito que iría contra todas las leyes humanas y divinas, sería algo..., absolutamente innatural..., atroz.



–Guárdese esas absurdas consideraciones éticas de hombre joven y sano a decenas de años del día de su muerte –pidió Waller con tranquilidad, y añadió–: Contésteme simplemente: ¿aceptará mi petición?

–Por supuesto que no –negó Lorton contundentemente–. ¡Es ridículo!

–Lógicamente, esperaba una negativa inicial. Es la reacción instintiva. Sin embargo, piense que está actuando en contra de sus principios, revelándose contra sus creencias más íntimas a causa de falsas teorías heredadas; se comporta, en suma, de modo irracional.

–Escuche, Waller, creo que debería dejar de atormentarse –le instó compasivamente–. El ciclo ha de compensarse a sí mismo, sin duda se autoequilibra. Es decir, que si su vida presente ha sido tan mala como usted dice, con la próxima la balanza habrá de nivelarse. Estoy convencido de ello. De no ser así, todo sucedería de modo arbitrario y vano.

–En tal caso, Sir James Lorton, hijo de lord Anthony Lorton y lady Margaret Windsor, doctor Honoris Causa por cinco universidades de todo el mundo y brillante hombre de negocios, debería ir pensando en su futuro.

FIN DE LA MUESTRA DE “HERENCIA MALDITA”

¿Te interesa comprarlo o leer reseñas de otros lectores? Mira en [Amazon](#)